

A woman with long dark hair is shown in a dark, blue-toned room. She is looking towards the camera with a hand near her face, appearing to be in a state of fear or suspense. In the background, a doorway is illuminated from within, casting a warm, yellow glow that contrasts with the overall dark atmosphere. The scene is set in what appears to be a rustic or old building with stone walls.

EN LA TERCERA HABITACION

Donde las sombras son más grandes de lo que
puedas imaginar.

VECCA PREETZ

En la tercera habitación
Vecca Preetz

Licencia de uso para esta edición

La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal.
Por lo tanto, no puedes revenderlo a otras personas.

Copyright 2019© Vecca Preetz

Todos los derechos reservados

“A diferencia de los ángeles, los demonios tienen una historia que contar”

Agradecimientos:

Mi mayor agradecimiento es para mi hija, Ornella D’Aiuto, que ha sabido tenerme paciencia y leer una y otra vez la historia para que no resultara una tortura para mis futuros lectores. También es quien me ayudó a construir la persona que soy en este momento de mi vida y me ha enseñado el valor que tienen las palabras y el compromiso. Amo al maravilloso ser en que te has convertido.

Agradezco también a mi hija menor Melina, que amorosamente ha cedido momentos compartidos para liberar tiempo y así permitir que pudiera terminar esta historia.

Va mi agradecimiento también a Gustavo, mi gran compañero de vida, por creer en mi sueño y ayudarme con los horarios y las actividades de Melina para que no interrumpiera mis momentos de inspiración.

Y, por último, voy a agradecer a mis mascotas, Gitana y Pompón que seguramente se encuentran en algún lugar del universo. Sin ellas, esta historia no habría sido la misma. Mil disculpas por no haberlas encontrado a tiempo.

Vecca Preetz

INDICE

Capítulo I - Lo menos esperado

Capitulo II - Buscando pistas

Capitulo III - Perdida

Capitulo IV- Iván Romano

Capítulo V - El funeral

Capítulo VI - La decisión del diablo

Capitulo VII - Huellas

Capitulo VIII - Desglosando capacidades.

Capitulo IX - Desangrados

Capitulo X - Las apariencias engañan

Capitulo XI - El reencuentro

Capitulo XII - La salida inesperada.

Capitulo XIII - ¿Quién se llevó la mochila?

Capitulo XIV - ¿Culpar o encubrir?

Epilogo

Capítulo I - Lo menos esperado

Las hojas crujían debajo de las ruedas de la bicicleta. La brisa otoñal barría el sendero y recordaba que el verano había quedado atrás en San Lorenzo. Una villa turística al norte de Argentina. El paseo por la Quebrada era obligatorio para los amantes de la naturaleza. También de Zillah Roth. Pedaleaba todos los domingos hasta allí acompañada por Yaco, su ovejero alemán. A Zillah le encantaba contemplar las aguas del río desde el final del puente. Ver el agua correr entre las piedras, hipnotizaba su melancolía. La frescura que transmitían las gotas salpicando las rocas, captaban su atención. Cada una de ellas se desprendía de aquella masa de agua incansable sufriendo el desgarró inevitable del olvido. El final de su existencia. No entendía muy bien porque los enamorados se paraban a observar el río.

«¿Creerán que el amor nunca termina? El río muere hoy, se transforma en mar...», pensaba mientras retomaba su pedaleo tranquilo.

Siempre iba durante la apacible hora de la siesta, cuando todos, en la casa, dormían. A veces la acompañaba su amigo Iván, pero éste último domingo no quiso hacerlo. Era un domingo distinto en San Lorenzo. A pesar del aire fresco, las moscas se acercaban pesadas, como en los días de mucho calor. De repente, un presentimiento extraño se apoderó de sus vísceras. Como una soga que conectaba su garganta y la boca del estómago. Percibía cierta tensión en el aire. Parecía como si un ser extraño rondara la Quebrada, pero no caminando. Por el aire. Un ser oscuro e impredecible. Volteó su cabeza pretendiendo que alguien la seguía, pero estaba sola por el sendero. Recordó que su hermana le decía que no se dejara manejar por el miedo. El miedo se disfraza de siluetas negras que luego nos persiguen como sombras. Por todas partes. De día y de noche.

Una mosca se posó en su oreja y regresó de su pensamiento para quitársela con una palmada que le dejó un zumbido agudo dentro de la cabeza. Podía ver que una sensación asfixiante sobrevolaba a los insectos. De pronto Yaco comenzó a correr con una urgencia inusual, delante de ella. Siempre la seguía a su lado o detrás. Raras veces se adelantaba y menos, corriendo. Ella lo siguió tan rápido como sus cortas piernas le permitían pedalear. Pero el camino se hacía cada vez más empinado. Dejó la bicicleta a un costado de la calle y comenzó a correr detrás de Yaco. No quería perderlo, pero el perro no obedecía a su llamado. En el último sendero marcado, se desvió sin voltear, ingresando a la selva tupida y solitaria. La niña seguía corriendo sin dejar de mirar donde su perro iba abriendo camino. Sus piernas sufrían latigazos provocados por los arbustos que pretendían impedir su paso. Como si negaran el ingreso a ese lugar de la Quebrada. Gritaba su nombre para que no fuera demasiado lejos, pero el perro parecía no escuchar. La paz del lugar iba a caer en pedazos en un breve lapso de tiempo. De pronto, Yaco se detuvo. Inmóvil mirando a un punto fijo. Como si fuera un perro de caza. La brisa tímida también se detuvo, suspendida en la atmósfera silenciosa, augurando un mal momento. Parecía que todo el mundo había dejado de girar en ese instante. Todos, excepto las ruedas de la bicicleta, que, recostada sobre la calle, seguían girando ruidosamente. Las bicicletas no conocen el silencio. Chillan como criaturas caprichosas.

Zillah estaba a pocos metros detrás del perro.

—¿Qué contraste, Yaco? —dijo mientras le daba palmadas en la cabeza. Siguió con los ojos la dirección de su mirada inamovible. Y se quedó sin aliento. Un pequeño grito se ahogó detrás de su garganta. Los pulmones de Zillah dejaron de inhalar por unos segundos. Su mandíbula quedó atascada, como si hubiera ingerido de golpe un par de piedras. El sudor se apoderó de sus pequeñas manos. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo dejándole los pelos crispados. Luego

respiró fuerte y entrecortado sin saber qué hacer. Inesperadamente el hallazgo había oscurecido su paseo, por no decir que había echado sombra a toda su vida. Nadie imagina encontrar a alguien sin vida en medio de un paseo. Menos aún alguien conocido sin vida. Entre dos troncos grandes como horquetas, descansaba un palo atravesado, y en él un hombre colgaba muerto. Atado de pies y manos de espalda al suelo. La cabeza volteaba hacia un costado dejando ver una gran herida en su cuello. La sangre no caía ya, parecía que se había vaciado y estaba derramada sobre la tierra seca, justo debajo de él. Un hombre que no era cualquier hombre. Era su padre.

No gritó. Le faltaba el aire. Le faltaba la voz. Dio unos pasos hacia adelante y lo tocó con el dedo índice, para cerciorarse que no tenía vida. Yaco empujaba la cabeza con su hocico mientras dejaba salir un sonido extraño. Parecía un lamento. Volteó asustada buscando alguien que pudiera sacarla del espanto. Pero solo las sombras se asomaban en el camino. Estaba aterrada. Respiraba fuerte ahora. Respiraba con pánico. Los latidos de su corazón aceleraron de tal modo que el bombeo de sangre la impulsó a huir. Corrió hasta donde había dejado su bicicleta, la levantó y pedaleó con la mayor rapidez que sus pequeñas piernas le permitían. Yaco no la seguía. Tampoco volteaba a comprobarlo.

«¿Y si el loco rondaba la Quebrada, todavía?», pensaba mientras sus piernas giraban cada vez más rápido.

Como en un túnel de tiempo las imágenes vividas con su padre tropezaban unas contra otras en su cabeza. Trece cuadras hasta llegar a su casa. Pero nunca el camino de regreso había sido tan largo. A pesar de que las calles de regreso eran todas en bajada.

El miedo y la culpa se mezclaban. El miedo y la culpa de haber hecho algo equivocado la última vez que lo vio con vida. No recordaba nada específico. Sólo tenía un amotinamiento de recuerdos confusos y sudorosos. Tiró la bicicleta de lado y entró corriendo por el jardín, volteando para cerciorarse que nadie la seguía. Su madre, que estaba recostada en una hamaca tejida, leyendo un libro, la escuchó llegar agitada. Se sentó y la miró acercarse con un estado de angustia inigualable.

—¡Zillah!, ¿qué pasó?

La pequeña estaba en estado de shock. Sus ojos claros, paralizados en la mirada de su madre, ni siquiera parpadeaban. Respiraba entrecortado, con la boca cerrada, sin poder emitir ningún sonido con su voz. Comenzó a sacudir las manos, como queriendo deshacerse de algo pegajoso, de algo sucio mientras movía las piernas en un trote nervioso.

—¿Le ocurrió algo a Yaco? —le decía Emma apretando con sus manos los hombros de la pequeña.

Zillah movía la cabeza hacia ambos lados, dando pasos hacia atrás, pretendiendo alejarse de su madre.

—¿Por qué tienes esa cara? Me estás asustando, por favor, ¡dí algo!

En ese momento apareció su hermana mayor Erika, que estaba dentro de la casa.

—¿Por qué tienen esas caras? ¿pasó algo? —preguntó mirando a su madre que respondió haciendo un gesto con los hombros y llevando la mirada nuevamente a la pequeña— Zil que pasó? ¿alguien te hizo algo?

La pequeña negaba nuevamente.

—Está muy asustada. —mientras decía esto, Emma entraba a la casa.

Regresó con un vaso de agua y un cuaderno con una lapicera.

—Toma un poco de agua, te va a hacer bien. Intenta escribir lo que pasó. Vamos linda, por favor, me estás poniendo nerviosa.

La pequeña tomó la lapicera con su mano izquierda. Temblaba. Sostenía la mano para

poder escribir y que se entendiera lo que intentaba decir. Tras varios intentos, escribió: “papá”.

—¿Qué pasa con papá? Regresa esta noche de su viaje. —se adelantó Emma.

Zillah movió la cabeza negando las palabras de su madre y siguió escribiendo: “está... en la Quebrada”

Emma frunció el ceño. Por unos instantes, inmersa en su inseguridad imaginaria, pensó que su hija había visto a su padre con otra mujer.

—Seguramente lo confundiste. —le dijo intentando tranquilizar a su hija y tomando el celular para llamarlo. Pero faltaba escribir una palabra que cambiaría todo.

“*roto. Todo roto*”. Terminó de escribir Zillah.

—¿Qué intentas decir con eso, Zil? ¡cómo que papá está roto! —dijo Erika mientras una sensación de frío estanco se apoderaba de la boca de su estómago— ¿Puedes hablar y dejar esa estúpida lapicera? —gritó nerviosa dando un manotazo a la mano de su hermana y haciendo que la tirara al suelo.

—¡Erika! —gritó Emma— ¡deja en paz a tu hermana! ¿no te das cuenta que está en shock?

Mientras ambas se gritaban, como siempre, la pequeña levantó la lapicera y, con sus cortos diez años, siguió buscando dentro de su mente la palabra adecuada, hasta que por fin la encontró y escribió, al final de la hoja del cuaderno:

“*Muerto. Papá está muerto*”

Un silencio sepulcral envolvió el momento. Las dos se quedaron pasmadas, mirando las últimas palabras como si una fuerza imantada hubiera atrapado sus ojos sin poder quitarlos de allí. Una respiración extraña salió de la boca de Emma y una fuerza interna empujó sus manos hacia la mesa, buscando apoyo, abriendo los dedos para sostenerse y tirando el celular al suelo. Erika manoteó la lapicera nuevamente y arrojándola directamente a la cara de su hermana, gritó otra vez:

—¿Qué estupideces son esas Zillah! Si estas jugando, no es un juego que nos guste.

Zillah negaba aturdida con la cabeza. Tenía los ojos cerrados y sus manos apretando las sienes. Abría la boca como si emitiera un grito desgarrador totalmente silencioso. Era una escena sofocante. Emma dio dos pasos inestables hacia atrás y se aferró a uno de los pilares de la galería. Sus ojos parecían estar huecos, profundos. Una lluvia de sensaciones viscerales cayó sobre Erika que llevó sus manos a la boca tapando el asombro que le provocaba haber leído esa palabra. Su padre no podía estar muerto. No debía estarlo.

—No puede ser. Es imposible, papá regresa hoy. —dijo Emma Se agachó y levantó las tres partes en que se había separado el celular. Colocó la batería y luego la tapa. Lo encendió y temerosa realizó la llamada. El celular de Blas devolvía la llamada con la voz de la grabadora:

“*El número al que llama está apagado o fuera del área de cobertura*”

Emma soltó el móvil sobre la mesa, como si le quemara. Sentía cómo sus entrañas se retorcián dentro del estómago. Las paredes se volvían negras, opresoras. La hermosa tarde de sol se había transformado en un cuadro gótico donde la actuación era primordial. Entonces reaccionó:

—¿Dónde está?, quiero verlo, ¡vamos, llévame con él! ¿puedes llevarme al lugar donde lo viste? —pedía Emma acelerando la voz.

—¡Mamá, no puedes ir allí, hay que llamar a la policía! —gritó Erika en su lógica cordura.

—Si, tienes razón, primero hay que llamar a la policía. —perturbada no dejaba de mirar a Zillah y la pequeña, a su vez, no quitaba la mirada de los ojos de su madre.

Marcó el 911. Luego de tres tonos apareció una voz masculina.

—No sé cómo decir esto... mi hija menor dice que vio a su papá ... en la quebrada de San

Lorenzo... mi hija está en shock, ¿pueden ir a ver? ¿alguien puede decirme si es mi esposo? ¿o qué le pasó? No mejor voy yo, no sé quién haría algo así, ¡Puede ayudarme o no! —gritaba aturdida, llorando, mezclando palabras, sin escuchar al operador que le pedía datos primarios. Luego calló. Escucho demasiadas preguntas que no supo contestar por la conmoción y cortó la llamada.

Emma reaccionaba como si no supiera la secuencia de movimientos que debía realizar. Los primeros minutos, tras recibir una mala noticia, están cargados de desconcierto y caos, es difícil poder ver claro los pasos a seguir. Estaba confundida y se sentía fatigada. Tomaba la lapicera y luego la soltaba, miraba la pantalla del celular y lo apoyaba hacia abajo sobre la mesa. Caminó a la cocina por un vaso de agua que dejó sin tomar sobre el mármol. Regresó a la galería. Sus hijas la miraban desconcertadas. Levanto de nuevo el celular y comenzó a buscar nerviosa entre los contactos de su móvil:

—Llamemos al papá de Caro. El sabrá con quien tenemos que hablar.

Sonaba extraña, ilógica como si la razón la hubiera abandonado. O los nervios le hicieran una mala jugada. Sentía demasiadas emociones y todas estaba atrapadas en un callejón sin salida. Nadie piensa en la muerte como una posibilidad de separación. Erika tomó su teléfono y llamó a su amiga:

—¡Eri! ¿qué pasó? —preguntó Carolina.

Erika se quedó sorprendida que su amiga le dijera esas palabras.

—¿Ya lo sabes?

—¿Saber qué?

—Me preguntas si pasó algo. —respondió perseguida con su noticia.

—Te pregunté porque nunca me llamas, siempre nos enviamos mensajes. Solo por eso.

—Necesito hablar con tu papá... en realidad mi mamá es la que quiere hablar, ¿está por ahí?

En ese momento Emma encontró el número de Alfonso Grew entre sus contactos:

—Acá está hija, cuelga, ya lo llamo.

Erika cortó la comunicación sin decir más. Estaba perturbada.

El papá de Caro era detective de la policía local desde hacía varios años. Excelente en su trabajo y conocido de los Roth por la amistad que unía a las hijas de ambas familias. En el momento en que su hija Caro le comentaba acerca de la extraña llamada que acababa de recibir de Erika, entraba otra en su móvil. Alfonso Grew frunció el ceño y dijo:

—¡Qué justo, es Emma! —señalando su teléfono y mirando extrañado a su hija—Hola Emma, ¿ocurre algo?

—Alfonso, qué suerte que te encuentro. Es extraño. No sé cómo decirlo... no lo sé, dice Zillah que vio a Blas en el sendero de la Quebrada... —respondió confundida.

—¿Blas? Creí que estaba de viaje.

—... dice que lo vio... —y rompió en llanto.

—Tranquilízate, Emma, ¿qué ocurre?

—Dice que lo vio muerto.

Alfonso hizo silencio unos segundos y arremetió eufórico:

—¿Qué? ¡cómo...! ¿qué dices? —confundido— Creí que estaba en Buenos Aires. Al menos, es lo que Eri contó ayer en casa.

—Si... también pensé eso. Es decir, tenía que regresar hoy. Yo... no entiendo qué pasa ¿puedes venir?

—Claro, salgo para allí. Estas en tu casa ¿verdad?

—Sí, sí, estoy en casa, aunque me gustaría que me acompañes a la Quebrada, quiero ver si realmente es él.

—Espérame ahí, por favor, no vayas a ninguna parte, estoy saliendo.

Alfonso tomó rápidamente el último sorbo de café frío que quedaba en su taza, le dio un beso en los labios a su esposa Maia, con esa mirada sabia de años de convivencia y entendimiento por estas ausencias repentinas, descolgó las llaves de su coche, y salió rápidamente.

En el trayecto se comunicó por radio con la central de policía. Pidió que registraran el paseo de la Quebrada de San Lorenzo por un presunto cadáver encontrado allí hace algunos minutos, luego marcó el número de Pablo Reyes, su asistente y confiable compañero de trabajo, y le pidió que se acercara al puente y lo esperara allí.

Estaba estacionando, cuando vio a la pequeña Zillah parada en la galería de la casa, con sus manos tomadas entre sí, mirando al suelo.

«Me pregunto qué pasará por su cabeza», pensó.

Mientras se aproximaba, la pequeña daba pasos hacia atrás. Podía percibir el temor que la invadía. Al acercarse notó que sus manos estaban lastimadas, parecía como si hubiera mascado algo más que sus uñas. Alfonso ralentizaba el paso a medida que se aproximaba a la niña. Justo en ese momento apareció Emma. Hermosa como siempre, con su cabello ensortijado hasta la mitad de la espalda, y sus ojos celestes parecían transparentes por las lágrimas que los abrazaban. Tragó un suspiro y aguardó nervioso el ineludible encuentro.

—¡Gracias a dios que estas aquí! —dijo tomando sus manos y apretándolas con la fuerza de la desesperación. Lo desconocido nos hace temerosos y nos instala una fuerza poderosa, capaz de quebrantar nuestro propio cuerpo.

—Me estás... lastimando —dijo Alfonso mirando sus manos.

—¡Discúlpame, no me di cuenta!

—Está bien, ¿qué fue lo que ocurrió? Puedes...

—Zillah lo encontró —interrumpió Emma en un ataque de verborragia— Fue a andar en bicicleta como siempre y regresó asustada. No pudo decir nada desde que llegó, sólo escribió esto —levantó el cuaderno y le mostró el mensaje— Estoy desesperada porque no sé qué pasó, si es él realmente, no me contesta el teléfono, en realidad no sé si está apagado o si se quedó sin baterías o capaz está en el avión y por eso no atiende la llamada. No creo que sea él. Estoy segura que Zillah lo confundió por la impresión de haber visto algo así.

—Emma —dijo Alfonso tratando de ser escuchado en medio del ataque nervioso.

—Es pequeña para tener esa imagen en su cabecita, —continuó sin escucharlo— Tendría que haber sido otro lugar ¿Cierto? Yaco no regresó lo que indica que está corriendo por ahí, tengo que ir a buscarlo...

—¡Emma! —gritó nuevamente Alfonso tomándola por los hombros, zamarreándola suavemente y mirando fijo a sus ojos para hacerla reaccionar— debes tranquilizarte. Voy al lugar ahora, a corroborar lo que vio Zillah. ¿Está bien? No nos apresuremos, quizás algo la asustó y vio otra cosa. —Tomó el cuaderno para leer la frase— Roto. —dijo para sí— ¿Podrías indicarme en qué lugar lo encontraste? —le preguntó a la pequeña que se escondía detrás de su madre— Sólo necesito saber si está cerca del río o...

La niña negó y haciendo un garabato en el cuaderno, se podía leer “Por el camino al Mirador, está con Yaco”.

—¿Yaco lo encontró?

Asintió lentamente con la cabeza y su boca tensionada como queriendo decir algo.

Alfonso miró cada rincón de la habitación donde estaban las tres. Erika sollozaba en el

sillón, abrazando sus rodillas.

—Voy a la Quebrada.

—¿Puedo acompañarte? Necesito saber si es él realmente.

—Es mejor que te quedes con las niñas. Te mantengo informada.

En el sendero de La Quebrada, se había previsto una entrada para los móviles policiales o ambulancias en casos de emergencias, ya que es un camino con bastante pendiente y muy concurrido. El auto ingresó hasta el centro donde se ubicaba una playa de estacionamientos. Los policías que arribaron primero estaban desalojando el lugar plagado de turistas y de jóvenes lugareños. Colocaron cintas para cerrar el perímetro y evitar el paso de curiosos. Otro auto oficial había arribado al lugar minutos antes. Era Pablo Reyes.

—Tienes que ver esto —dijo Pablo saludándolo con un apretón de manos— Nunca había visto algo parecido.

Caminaron hasta el lugar del crimen. Alcanzó a ver al perro. Estaba parado, en posición de guardia, delante del cadáver. Protegiéndolo. A medida que Alfonso se acercaba, Yaco embriavecía temeroso.

—¡Santos cielos! —dijo Alfonso al ver el cuerpo colgado en ese estado— ¿Quién haría algo así? ¡Qué enfermo! —colocó en su nariz un pañuelo perfumado que siempre llevaba en el bolsillo trasero del pantalón para evitar las náuseas. A pesar de los años de servicio en criminalística, no lograba acostumbrarse al olor de la sangre putrefacta. Todo el lugar era un espanto. El cuerpo estaba atado de pies y manos, primero con precintos y luego con una soga. Lo habían colgado como se cuelga a un animal que se va a carnear. Tenía un corte pequeño en la mejilla y uno más profundo en la yugular.

—Parece que murió desangrado. —dijo Pablo señalando la mancha oscura sobre la tierra seca debajo de él.

—Por el olor y las moscas lleva varias horas aquí. Pablo comienza a redactar la inspección ocular, voy a llamar a los peritos y que traigan un forense.

Mientras Alfonso llamaba a la central, Yaco seguía olfateando detrás del tronco donde colgaban los pies. El detective lo siguió, pero no pudo encontrar nada. Al menos nada a simple vista. Yaco gruñía enojado por tantos desconocidos rondando a su amo. Cuando logró relajarse un poco, se sentó y comenzó a emitir un sonido extraño. Tiraba de la cuerda intentando sacarla. Alfonso se dio cuenta de lo que pretendía hacer.

—En un momento lo bajaremos, tranquilo. —Las palmadas en el lomo del perro pretendían apaciguarlo.

—Tienen que haber sido al menos dos personas, —analizaba Pablo— es muy complicado trasladar un cuerpo hasta aquí.

—Esto parece una venganza. Nadie mata así a otra persona a no ser que sea un asunto personal. Un ajuste de cuentas.

—O que esté loco. Más allá del modo de matarlo, tomarse el trabajo de traerlo hasta acá y colgarlo de ese modo... sin dudas todo estaba planeado. Hay que buscar su celular, seguramente tiene alguna llamada que pueda orientarnos.

La sirena de la camioneta oficial se escuchaba cada vez más cerca. Todo el cuerpo de investigación se hacía presente en la Quebrada. Alfonso pudo ver que era el grupo que dirigía Gerardo Ocampo.

«El mejor grupo para este crimen», pensó Alfonso.

Gerardo Ocampo era un militar retirado que se había cansado de la impunidad de la justicia, y había decidido terminar sus días investigando casos como éste hasta llegar al

esclarecimiento total, sin sobornos ni poderes políticos que quisieran alterar los resultados. Recto y amante de los detalles, jamás se le escapaba nada y menos en el lugar del crimen. Algunos decían que era un sabueso: encontraba pistas donde nadie había logrado hacerlo.

—¿Cómo estas, Alfonso?

—He tenido días mejores, sin dudas. —dijo caminado a su lado hacia donde estaba el cuerpo.

—Dime que tienes algo.

—Ojalá pudiera. Lo encontró su hija menor. Una pequeña de diez años. Andaba en bicicleta por aquí con su perro —dijo señalando a Yaco— y al parecer el animal lo olfateó y ella lo siguió para no perderlo. Terrible, pobre niña.

—¿Y dónde está ahora?

—En la casa, con su madre. De hecho, tengo que ir a confirmar que es el cuerpo de su esposo.

—¿Lo conocías?

—Es Blas Roth, papá de una amiga de Carolina.

—Roth... ¿el de la fábrica de plástico? —dijo Ocampo aproximándose al cadáver. El tinte azulado de la piel más la sangre seca en su rostro no le había permitido reconocerlo.

—El mismo.

—Ese hombre era una excelente persona, muy amable, al menos me pareció eso en las pocas veces que crucé palabras. ¿Quién haría algo así? —razonaba Gerardo mientras hurgaba en su mente posibles respuestas— ¿Algún empleado? Hay que buscar si tenía alguna demanda laboral o algún juicio. ¿Seguros?

—Aún no sé nada. Es muy reciente el hallazgo. Reyes está buscando las llamadas del móvil y se encargará de toda esa información. Lo único que sé es que esta semana viajó a Buenos Aires y tenía que regresar hoy. Por eso a la esposa no le extrañó su ausencia —en ese momento quedó pensativo y decidió salir del lugar— Regreso en un momento, debo ir a su casa para confirmarle.

—Estamos en contacto —respondió Gerardo volteando para seguir buscando pistas.

Al estacionar el móvil, se quedó unos instantes elaborando el modo en que confirmaría la noticia.

«La mierda de lo inevitable», pensó Alfonso y bajó del auto.

Emma lo estaba esperando en la puerta. En su mente tenía la confirmación de los hechos, pero necesitaba que alguien lo ratificara. Quizás con esa última esperanza que uno tiene de que la noticia sea equivocada. Entonces encontró los ojos del detective. Sólo una mirada y ella supo que se trataba de Blas. Un grito desgarrante surgió de sus entrañas y cayó arrodillada. Alfonso corrió para levantarla. Las palabras silenciosas lograron derribarla. El dolor traza una línea imborrable entre lo que fue y lo que será. En ese instante salió Erika y al ver la escena surgió el mismo grito que había dado su madre segundos antes.

Pisar las mismas baldosas de la muerte era el trabajo que Alfonso había elegido. Y era imposible negociar con ella.

La pequeña Zillah se asomó a la puerta. Inmutable. Sus grandes ojos contemplaban el horror representado en el dolor de su madre y de su hermana. Quizás el aturdimiento de la imagen que aun perduraba en su mente, le había quitado el sonido de sus emociones. No podía expresar nada. No recordaba cómo hacerlo.

—Ven vamos adentro —dijo Alfonso ayudando a Emma a ponerse de pie.

Capítulo II - Buscando pistas

En la escena del crimen los peritos estaban bajando el cuerpo para llevarlo con el forense y realizar la autopsia. Una llamada entró al móvil de Pablo Reyes.

—¿Encontraron algo? —preguntó Alfonso que aún estaba acompañando a Emma.

—Hasta el momento nada importante. La lluvia de ayer se encargó de borrar toda clase de huellas dactilares y de pisadas.

—¡Maldita tormenta! —dijo Alfonso molesto al recordar el temporal del sábado—
¿Consiguieron la lista de contactos y las llamadas que realizó en el último mes?

—Estamos en eso. —respondió Reyes.

—Hay que revisar su oficina y la computadora. Consigan una orden del juez —dijo y cortó la llamada. Marcó el número de su esposa Maia y le pidió que se acercara con Caro a la casa de Emma. No estaba seguro si ayudaría, pero sentía que era lo correcto.

—Cuando estés por llegar, llámame por favor.

El detective Grew regresó a la escena del crimen.

Detrás de la cinta que limitaba el paso, estaban los curiosos de siempre preguntando y sacando conjeturas baratas. A las personas les encanta el morbo. Aman fanfarronear con haber visto “algo” aunque no sea cierto, o compiten a ver quien estuvo más cerca del muerto.

«¿Porque no se van todos a sus casas?, definitivamente es lo que yo haría de no ser detective», pensó sintiendo que un poco de mal humor comenzaba a adueñarse de sí.

—Estaba por llamarte, ven quiero mostrarte algo —dijo Gerardo al verlo nuevamente en el lugar.

Habían encontrado una bolsa de plástico negro semienterrada. La lluvia torrencial del día anterior había dejado al descubierto el intento de ocultarla. Los guantes entorpecían la maniobra que intentaba hacer Ocampo para sacar el contenido.

—Cortaron la primera falange de todos los dedos, utilizaron sus propias huellas dactilares. Las ahuecaron y usaron como funda para no dejar huellas. —decía mientras le mostraba los restos de la mano de Blas— Esto me recuerda un caso similar, hace dos años.

Alfonso Grew hizo un gesto nauseabundo.

—¿El crimen del abogado?

—Exacto.

—¿Fue en 2017? Pensé que había pasado más tiempo. —se sorprendió Alfonso.

—En aquel caso cortaron la epidermis para enfundarse los dedos. Esto no tiene nombre.

—Es enfermizo. Ojalá encontremos a este hijo de puta.

Blas Roth era un hombre trabajador y quizás el último en la lista de un asesino, a juzgar por todo San Lorenzo. El modo en que trataron al cuerpo tenía más de venganza que de otra cosa.

—Tal vez tenía una amante...

—O no era tan bueno como se mostraba. —concluyó Pablo Reyes.

—Encontramos esto, señor, estaba enganchado en la corteza del árbol. —dijo un oficial acercándole una muestra a Ocampo. Dentro de una bolsa protectora de pruebas había un mechón de cabello largo y castaño.

—¿Una mujer? —dijo Gerardo.

Alfonso se quedó callado. No podía ser Emma quien estuviera involucrada en esto. Imposible. En ese momento un mensaje entró a su celular. Era Maia, avisándole que estaba llegando a la casa de los Roth. Alfonso la llamó:

—Querida, no te lo dije al salir porque quería comprobarlo. Mataron brutalmente a Blas Roth. Necesito que, junto a Caro, acompañes a Emma y las niñas.

—¡Oh, por dios, ¡qué tremendo! ¿Quién haría algo así?

—Aún no sabemos nada, es muy reciente todo. La pequeña Zillah lo encontró. Desde entonces no ha vuelto a hablar. El estupor la dejó muda. Por eso quiero que las acompañes, nadie mejor que tú para estar en este momento allí. Voy camino a la oficina y luego paso por la casa.

—Está bien, no te preocupes, me quedo con ellas. ¿Sabes a qué hora lo encontró muerto la pequeña?

—15, 15:30 horas aproximadamente. Si puedes hacerla hablar, quizás aporte algo que sirva.

—¿Lo crees?

—No, pero nunca se sabe. Nos vemos luego —dijo Alfonso.

—Cuídate.

Emma abrió la puerta y se abrazó a Maia llorando desconsolada. Era uno de esos momentos en que las palabras están demás. Solo juegan las miradas y el silencio. Caro preguntó por Erika. Emma señaló hacia la habitación. Fue caminando despacio, como si cada movimiento pidiera permiso al silencio. Tocó apenas y abrió la puerta. Su amiga estaba desconcertada, con los ojos hinchados de tanto llorar. Se abrazaron fuerte.

Zillah se asomó al living y observaba todo con un mutismo que asustaba. De las tres, la pequeña era la más tranquila, a simple vista. Quizás el impacto del encuentro le plantó una quietud superficial. Observaba con cuidado, cada movimiento de Maia y de su madre. Parecía estar programada secuencialmente. Maia se arrodilló para mirarla frente a frente y la pequeña salió corriendo a su cuarto.

—No ha dicho una sola palabra desde que regresó de la quebrada.

—Fue un momento muy traumático para ella. Ya podrá decirnos todo lo que vio, hay que darle tiempo. —dijo Maia tranquilizando a Emma.

Maia era psicopedagoga. Trabajaba en criminalística el mismo tiempo que Alfonso llevaba allí. Era encargada del departamento “Cuidados y protección de víctimas” y se especializaba en menores. Tenía una dulzura particular y sabía llegar a los niños mejor que ninguno en su sector. Muchos le decían que era un ángel.

—¿Quieres que te prepare una taza de té? —preguntó Maia.

—No, gracias. Tengo cerrado el estómago. —respondió Emma— Además no puedo dejar de pensar quien pudo hacerle algo así a mi Blas.

—¿Hablaron durante la semana? ¿Lo notaste nervioso o algo?

—Hablamos poco, estábamos distanciados a pesar de vivir bajo el mismo techo.

—Ah, no sabía nada.

—Cosas del matrimonio, pero nada para preocuparse, al menos no de mi parte. No entiendo quien haría algo semejante. —repetía desgarrada.

—Alfonso encontrará al culpable, ya verás. ¿Me permites? —dijo Maia señalando hacia el cuarto de Zillah.

—Por supuesto, su habitación es la segunda puerta a la derecha.

Maia dio dos golpes suaves y esperó. La puerta se abrió despacio.

—Gracias por permitirme entrar —le dijo mirando alrededor del cuarto de la pequeña.

Zillah seguía cada movimiento con sus grandes ojos. Como un escáner. Las paredes estaban repletas de dibujos. Le llamó la atención que ninguno tenía color. En un rincón llegó a leer “la tercera habitación” y había algo escrito más abajo, se acercó disimuladamente, pero la

pequeña se apresuró y se paró en frente impidiendo que lo leyera. Maia se dio cuenta y no dijo nada. Siguió mirando los dibujos. Uno atrajo su atención. Parecía una oveja y al lado se leía *Alma* con el único color utilizado en todos ellos: el rojo. Lo extraño era que no había sido escrito con ninguna lapicera de ese color. *Alma* estaba escrito con lo que parecía ser sangre. Giró y miró a la pequeña. Ahora estaba sentada en la cama, con los pies colgando y un peluche entre sus brazos.

—¿Tienes una oveja?

La niña negó. Una expresión en su cara dio pie a la siguiente pregunta.

—¿Ocurrió algo con ella?

Luego de unos segundos, asintió.

—Lo lamento, Zillah. ¿Su nombre era Alma? —preguntaba en un intento de hacerla hablar, pero el shock había sido excesivo. —Es un hermoso nombre. ¿quieres que hablemos de lo que le pasó?

La niña bajó la mirada. Maia anotaba cada reacción en su cabeza, había muchas cosas que molestaban en el interior de la pequeña.

—¿Quién es? —dijo cambiando el tema y señalando una figura masculina detalladamente dibujada.

La pequeña escribió: “Iván” y señaló en dirección sur de la casa.

—¿Iván Romano?

La niña se sorprendió que lo conociera y asintió con una sonrisa.

—Son amigos desde hace tiempo. Él me lo dijo. Suele hablar bastante de ti en las sesiones. Te quiere mucho ¿sabías?

La pequeña sonrió confirmando con la cabeza. Bajó de la cama y buscó algo debajo. Una mochila pequeña, de tela, con un estampado de nubes turquesas. Sacó un diario íntimo, quitó el candado y buscó entre las hojas. Parecía que algo no estaba en el lugar correcto. Su rostro se ruborizó de enojo. Y salió a toda prisa de la habitación. Maia la siguió. Caminó directo a la habitación lindante y entró furiosa. Jaló el cabello de su hermana para obligarla a mirar dentro de su mochila.

—¡Ay! ¿eres estúpida o qué? ¿por qué me tiras del pelo? —gritó dolorida Erika.

Zillah señalaba dentro de su mochila insistentemente.

—¡No sé lo que quieres! ¿Podrías dejar de hacerte la asustada y hablar de una vez? ¡Me enferma verte así! —dijo Erika totalmente irritable.

—A ver —intercedió Maia— ¿qué es lo que buscas, Zillah?

—Seguramente la foto de su cordero. Siempre la tiene allí.

Zillah afirmaba las palabras de su hermana.

—¿Y quién la pudo haber sacado? ¿podrías ayudarla a encontrar su foto, Eri?

—No tengo idea y ahora, ni me interesa quien fue. ¡Estúpida, me dejaste doliendo la cabeza!

La pequeña salió enfurecida y regresó a su habitación. El dolor de los recuerdos olvidados llenó su corazón. Ella no entendía por qué algo que apenas podía recordar, le punzaba tanto.

En ese momento sonó el timbre. Era Alfonso Grew. Otra vez. Lo había visto más veces ese día que toda su vida.

—Emma, lamento decirte que voy a tener que pedir una orden judicial para revisar la casa. Es un protocolo obligatorio en estos casos y tendremos que interrogar a las tres, necesitamos encontrar algo que nos lleve al asesino.

Afirmaba con la cabeza mientras cerraba la puerta detrás del detective. Hizo una seña extraña con los ojos. Luego caminó hasta la mesa de bebidas que tenía en un rincón y se sirvió una

medida de whisky.

—¿Quieres?

—En otro momento. Emma, ¿cómo estaba la relación con Blas?

—No puedo creer que intentes inculparme.

—No es eso, créeme. Te pregunto porque las hipótesis que se comienzan a manejar primero, son pasionales. ¿Cabe la posibilidad que exista una amante?

—Por como estábamos últimamente, sí. Pero Blas no era del tipo de buscar aventuras. No le daban los tiempos. Salía de la fábrica y venía a casa. Pasaba mucho tiempo con las niñas. Era un hombre de familia. Blas podía ser muchas cosas, pero nada tan malo como para que le hicieran esto.

—Disculpa la pregunta justo en este momento, pero necesitaba hacerla.

—Está bien, pero la próxima vez fijate bien lo que preguntas.

Alfonso tenía la suficiente confianza con Emma como para hacer una pregunta de ese tipo. Un par de años atrás, una pequeña historia los había mantenido unidos en secreto y el fuego de entonces permanecía encendido.

—¿Dónde está Zillah?

—Con mamá en su habitación —respondió Caro que caminaba hacia la cocina junto a Erika.

—¿Puedo...?

—Sí, Alfonso, puedes pasar a verla. —respondió Emma con calma.

Cuando Zillah lo vio entrar se puso tensa. Sentada al lado de su esposa miró fijamente al detective.

—No temas, él vino para ayudarte. —trataba de tranquilizarla Maia.

La pequeña se puso de pie y entrelazó sus brazos a la altura del estómago, fijó los ojos en los de Alfonso. Estaban vidriosos, a punto de estallar en lágrimas. Inspiraba profundo y seguía conteniendo el dolor. Temblaban sus labios, Maia le tomó la mano para darle contención, pero la niña la quitó bruscamente y salió corriendo.

—¿Pudiste hablar con ella?

—No dijo una sola palabra aún. Espero que el susto no le haya quitado el habla. Mira —le dijo señalando el dibujo con la palabra Alma.

—Eso es... ¿sangre?

—Así parece.

—Qué extraño. ¿Porque escribiría con sangre?

—No lo sé. Pero la pequeña oculta cosas. De eso estoy segura. Los niños no saben disimular bien.

—¿Crees que sabe algo y no se atreve a decirnos?

—Creo que esconde algo.

En ese momento entró un mensaje a su móvil, era Pablo pidiéndole que se acercara a la oficina, tenía el listado de llamadas entrantes y salientes del móvil de Blas y la orden judicial.

—¿Encontraron algo?

—Nada. Sólo llamadas a la familia y agentes de negocio, pero nada raro. Nos comunicamos con algunos de ellos y no tenía deudas grandes y las deudas pequeñas ni siquiera están vencidas. Todos tienen buena referencia de Blas y quedaron sorprendidos con la noticia.

—Averigua entonces si hay algún seguro de vida o alguna herencia. Tiene que haber sido del círculo familiar.

—Ya lo hice y no tenía ningún seguro. Prácticamente vivían al día, sin nada que implicare

erogaciones grandes. No le sobraba, pero tampoco le hacía faltar nada a su familia. La mujer, Emma, sí paga un seguro de vida por lo que la hipótesis del asesinato para cobrar algún dinero también se cae. Nos queda esperar el informe del forense y las interrogaciones a la familia.

—Nadie mata de ese modo por nada. Busca si tenía una amante. Quiero todos los nombres y apellidos de sus contactos, un listado de los mensajes de los últimos tres meses y de las llamadas recibidas y realizadas.

—Está bien. No olvides retirar la orden de allanamiento, ya está en manos del juez.

—Gracias Pablo, te veo luego.

Alfonso tenía que ser impecable en el pedido de pruebas. Tenía tras sus pasos a Gerardo Ocampo que no permitiría que nada se le escapara. Miró a su esposa. Estaba agobiado. Nada peor que no hallar pistas, una huella, algo que le permita dar un paso adelante. De todos modos, era muy reciente. Había que darle tiempo.

En ese momento apareció Emma y al verlos tan interesados en los dibujos de su hija preguntó:

—¿Ves algo de lo que me tenga que preocupar?

Esa pregunta le pareció extraña a Maia, pero se limitó a observar.

—¿Qué pasó con la oveja, Emma? —preguntó Alfonso.

—Murió hace unos meses. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me pareció extraño que esté escrito con sangre el nombre del animal.

Emma tragó saliva. Miró a su hija que estaba parada en la puerta de su habitación, atenta a la respuesta de su madre.

—Era su mascota. Supongo que le dolió demasiado perderla y se le ocurrió dramatizarlo de ese modo.

—¿De qué murió?

—Enfermó y no pudimos salvarla.

Zillah reaccionó enojada. Frunció el ceño mirando fijamente a su madre, dio un golpe de puño en la pared y se encerró en el baño.

—Creo que no va a perdonarme nunca. Tuvimos que hacerla dormir.

—Si lo hará —respondió Maia acercándose con ternura— los niños tienen la capacidad de perdonar, algo que los adultos olvidamos tempranamente.

Alfonso anotó las reacciones en su mente.

—Mañana hablamos. —dijo, miró a su esposa y le hizo una seña para marcharse.

—Llámame si necesitas algo, no te preocupes por la hora. ¿está bien? —le dijo Maia a Emma mientras se despedían.

Zillah se quedó mirándolos por la ventana. Una sensación de alivio sembraba Maia dentro suyo. Como si fuera una salvadora. Nunca hubiera imaginado que los papás de Caro ayudarían en algo tan complejo. La realidad era que no sabía bien a qué se dedicaban. Maia volteó y sonrió al verla.

Al día siguiente, a primera hora entraron a revisar la casa. Se llevaron la laptop que usaba frecuentemente Blas y un cuaderno de notas que había dejado antes de viajar.

—¿Nada aún? —preguntó Ocampo.

—Aparentemente no. El lunes pasado viajó solo a Buenos Aires para concretar la compra de una máquina para la fábrica. Tomó el vuelo de ida y vuelta. Las cámaras del aeropuerto lo captaron en su regreso, caminando hacia el estacionamiento, lo que indica que llegó bien. Allí había dejado la camioneta para regresar a casa. Lo hacía cada vez que tomaba un vuelo para no molestar a Emma en ir a buscarlo. El aeropuerto de Salta queda a 20 kilómetros de aquí. En

veinte, veinticinco minutos debía haber llegado a su casa. Supongamos treinta minutos, entre recoger equipaje, distraerse comprando algo y manejar hasta aquí. Pero nunca llegó. Y esto fue el jueves. Hoy es lunes. Tiene que haber sido alguien que lo estaba esperando en el aeropuerto. Su esposa supuso que estaba de viaje por eso no le pareció extraña su ausencia y no hizo ninguna denuncia. Lo extraño es que le mintió a Emma. Ella estaba convencida que el regreso era ayer domingo, pero arribó el jueves. —respondió Alfonso Grew.

—¿El jueves?

—Tenían una relación distante. No hay llamadas en ninguno de sus teléfonos durante esa semana. Sólo un mensaje de Blas el lunes por la noche que informaba que había llegado bien a Buenos Aires y un pedido de ella para que le comprara una lámpara. Luego silencio entre ambos. Tiene que haber otra mujer. —comentó Pablo Reyes.

Alfonso meditaba con su mano en la barbilla.

—Hay que ubicar las cámaras de tránsito de todas las avenidas hasta llegar a San Lorenzo así sabremos si realmente ingresó al pueblo.

—La última cámara que toma la camioneta es en la Avenida Perón. No tenemos más datos. En la Quebrada no hay cámaras. —respondió Gerardo Ocampo. — En definitiva, no tenemos nada.

Grew hizo un gesto de impotencia y continuó:

—¿Hallaron la camioneta?

—Aun no. —respondió Reyes. Su mente no paraba de elaborar el modo en que el cuerpo había sido llevado allí sin ser visto y sin dejar rastros. Además, ¿porque abrían de colgarlo de ese modo?

Alfonso tomó las llaves de su coche, estaba molesto y cansado. Partió a ver al forense.

Al verlo entrar, el médico le llamó la atención:

—Alfonso, debes descansar un poco más, tus ojeras te delatan.

—Dime que tienes algo.

El informe forense arrojaba los primeros datos:

—El cuerpo llevaba colgado veinte horas.

—¿Veinte horas? Espera, entonces. Porque de ser así lo llevaron al lugar el sábado entre las 16 y 18 hs, aproximadamente. El horario y el día que más gente concurre al circuito de la Quebrada. ¡No puede ser que nadie lo haya visto!

—El sábado hubo una lluvia torrencial ¿recuerdas? El camino hacia el Mirador se cierra cuando hay temporal.

Alfonso hizo una señal como que lo había olvidado.

—Sigo entonces. El tinte azulado es por la ingesta de cianuro.

—¿Lo envenenaron?

—Al parecer, así fue. Se hallaron cristales de cianuro en sangre y jugos gástricos. El corte del cuello fue realizado con un cuchillo de carnicero, de mucho filo porque es un corte perfecto. Llegaron a la yugular y se desangró rápidamente. De todos modos, la muerte la provocó el cianuro, puede ser que el corte haya sido realizado como distracción para nosotros. Presenta cortes en el pecho, poco profundos y en la pelvis también. Los cortes en las muñecas son por el traslado. Precintaron sus manos y sus pies y, con el peso, el plástico laceró la dermis. Es todo. El cianuro es de los más fáciles de adquirir.

—¿Y las falanges?

—Al utilizar las falanges como funda de los dedos, no pudimos extraer huellas ya que el enfermo que lo hizo se las colocó ensangrentadas, lo cual barre todo rastro. Va a ser difícil buscar

por el lado dactilar, despistaron perfectamente. Ese tipo sabe bien lo que hace.

—En algo se tiene que haber equivocado ese hijo de puta. Ya encontraremos la falla.

—El cuerpo fue arrastrado en un lugar pedregoso. —continuó Esteban con el informe— Obtuve estratos de piedras pequeñas en su espalda, tierra y algunos fragmentos de vidrios. Es probable que lo hicieran en la orilla del río por la composición del sedimento.

El informe del perito dactilar decía:

“Las únicas huellas dactilares halladas en el vidrio del reloj pulsera que llevaba Blas pertenecían a su hija menor Zillah, que, suponemos, lo habría tocado cuando lo encontró. El cabello en el árbol también pertenece a la niña, aunque un dato extraño llamó la atención en el laboratorio: un extremo estaba cortado con tijeras, como si lo hubieran plantado allí.”

—¿Quién querría acusar a una pequeña de diez años de semejante crimen? Es inviable— comentó Esteban.

—No lo sé —dijo Pablo Reyes que acababa de llegar— es ilógico pensar que alguien querría hacer algo así. Pero las huellas de la niña están en todas partes.

—Gracias Esteban. Llamame si encuentras algo más.

—Mis saludos a Maia y trata de dormir un poco.

Los nervios sumados a la incertidumbre hicieron que frenara en un kiosco y comprara un paquete de cigarros. Había intentado dejar el vicio más de una vez, pero era imposible deshacerse de un compañero tan grande, letal y silencioso. La impotencia que le dejaba no hallar pistas, liberaba impulsos negativos para sí.

No había coartada. No tenían sospechosos. La lista de contactos y mensajes estaba limpia. No tenía seguros que su esposa quisiera reclamar. No tenía nada. «A un día del crimen y no tenemos nada. Sólo la pequeña Zillah», pensó. En ese momento una llamada de Ocampo lo interrumpió:

—Alfonso necesito que le pidas a tu mujer que arme una entrevista a solas con la niña. Quizás vio algo más y no se atreve a decirnos.

—Perfecto. ¿Para cuándo la quieres?

—Para ayer.

—Ya te lo confirmo.

Llamó a su mujer y le pidió si podían entrevistar a solas a la pequeña. Maia confirmó:

—Sólo tengan en cuenta que sigue en estado de shock, por lo que van a tener que formular preguntas de modo que ella pueda responder si o no con la cabeza.

Alfonso aceptó, confirmó a Ocampo y comenzó a escribir una serie de preguntas que le parecían necesarias para sacar algo útil al caso.

—Zillah, disculpa que tengamos que molestarte nuevamente, pero es necesario para saber quién le hizo eso a tu padre, ¿está bien? —preguntó con ternura y guiñándole un ojo el detective Ocampo.

La niña asintió. Su mirada dulce y tierna frenaba la crudeza de las preguntas.

—No tienes que responder si no quieres, pero me gustaría que al menos, con tu cabecita, pudieras decirme si o no para entendernos mejor.

Con el pulgar hacia arriba, aceptó la propuesta, sin quitar los ojos de Alfonso Grew, que inexplicablemente alteraba su tranquilidad.

—¿Viste alguna persona cerca del lugar donde encontraste a tu padre?

La respuesta fue un no.

—¿Yaco siempre te acompaña?

Asintió.

—¿Tenías miedo cuando Yaco se desvió del camino?

La niña negó con la cabeza.

—Cuando viste a tu papá ¿te acercaste para tocarlo?

Se quedó quieta un momento, miró con dudas a Maia y a Alfonso y luego respondió positivamente.

—¿Recuerdas haberte enganchado el cabello en la corteza del árbol?

Pensó unos segundos y movió de lado la cabeza.

Cuando Ocampo estaba por formular la siguiente pregunta, la pequeña se puso de pie, colocó su pequeña mochila en los hombros y salió corriendo de la habitación, como si huyera de algo. El detective trató de alcanzarla, pero la niña fue más rápida. Salió por la puerta principal sin decir nada siquiera a su madre que estaba parada allí.

—¿Qué pasó? —preguntó Emma.

—No lo sabemos, puedes leer las preguntas que le estábamos formulando. Antes de la sexta salió corriendo asustada.

—¿Qué extraño! Voy a buscarla, seguro que se siente presionada y cansada por todo esto.

—Aguarda Emma, voy contigo. —dijo Alfonso.

—¿Por qué no nos dejas tranquilas? —gritó en un arranque de histeria Emma— Es demasiado todo esto para que además pretendas que respondamos las preguntas como si no estuviéramos sangrando por dentro! ¡Quiero que se vayan ya mismo de mi casa, todos ustedes y me dejen tranquila con mis hijas! ¿No se dan cuenta que su presencia aquí nos lastima? ¡Fuera! ¡Fuera de mi casa!

Emma estaba muy nerviosa y era lógica y totalmente comprensible su reacción. La policía, invade tanto las primeras horas a los familiares de las víctimas que a veces no se dan cuenta el daño que siguen haciendo. Es comprensible la importancia de las primeras horas para descubrir al culpable, pero también es real que el muerto no va a volver y preservar la integridad de los que quedan es algo que nadie se plantea y que, sin dudas, ayudaría bastante. El respeto por los sentimientos también cuenta. Vaya si cuenta...

Ocampo le dio la orden a Alfonso para que evacuaran la casa, hizo una seña a todo el personal y dejaron el lugar.

Por un momento la casa respiró tranquila. Los ojos de Erika se encontraron con los de Emma y se abrazaron llorando.

Emma secó sus lágrimas y salió tras de Zillah. El vacío es un lugar extraño, que no se puede definir, como la nada que succiona inútil un sentimiento que ya no es.

Capítulo III - Perdida

Negro es el color de cualquier día incomprensible, sobre todo cuando el dolor abarca lugares de la mente donde antes no había nada. Abrir portales dentro de la cabeza es tan peligroso como mantenerlos cerrados, llenos de sentimientos extraños, desconocidos.

Zillah caminaba por la avenida Dávalos, hacia la Quebrada, nuevamente. Iba escondiéndose de los autos y de las personas. No quería que nadie la descubriera, que nadie le hablara. Necesitaba esconder su dolor, la confusión de las últimas horas, de todo lo que había pasado. Antes de llegar al hotel del Castillo cruzó y bajó para ir por debajo del puente. Arriba estaba lleno de policías que habían cercado el paso. Se metió por entre los árboles. Buscaba un refugio. Un lugar donde soltar toda esa sensación extraña que se había apoderado de ella desde el domingo. Necesitaba un hogar nuevo, donde refugiarse de las preguntas fastidiosas que no sabía responder. Su voz no salía como antes cuando ni siquiera pensaba en cómo se modulaba una letra. Jamás había prestado atención a algo tan obvio como la voz. Algo que le parecía tan simple, tan sencillo y de repente no lo podía manejar más. La garganta había decidido no emitir sonidos y ella no podía forzarla. Aunque quisiera. La noche anterior había dormido poco y tenía ganas de cerrar los ojos. Solo cerrar los ojos.

Escuchó unos perros al otro lado del río. Era la policía. Algún documental le recordaba que los perros siguen un rastro hasta el agua. Allí se pierde. Y ella había cruzado el río. Se internaba cada vez más adentro de la selva, sin pensar en nada, sólo encontrar su lugar. Y llegó. El tronco hueco de un roble viejo dejaba un espacio suficiente para su pequeño cuerpo. Sacó las telarañas con la ayuda de un palo y se recostó agobiada.

En la casa, Erika lloraba desconsolada. Tal vez por la muerte de su padre. Quizás porque se acercaba la noche y no podían encontrar a su hermana. Jamás había dormido fuera de su casa. Blas no permitía que ninguna de sus dos hijas se quedara a pasar la noche ni siquiera en la casa de sus abuelos. Pensar que su hermana estaba sola y desamparada, sembraba temor e incertidumbre en su cabeza. Su madre había dado parte a la policía tras sacarlos a gritos, varias horas antes, al no poder encontrarla.

—Zillah no llevó el celular. Sólo salió con su mochila. No sé qué le dijiste, pero tú eres responsable que mi niña haya escapado así—le dijo a Gerardo Ocampo.

Desde el momento que la pequeña salió corriendo de la casa, la policía había comenzado a buscar. Tanto Alfonso como Gerardo sentían culpa y debían remediarlo. Pero buscaron en el lado equivocado.

La casa de su amigo Iván.

—¿Qué tal, Gastón? —saludó el detective Grew— Estamos buscando a la hija menor de Blas Roth. Escapó hace unas horas y como sabemos que es amiga de tu hijo, pensamos que probablemente se haya refugiado aquí.

—Ojalá fuera cierto, Alfonso, pero no vino por acá. Cuando recibimos la noticia, Iván se puso tenso y se encerró en su habitación. Lo quería mucho. ¿Sabes cuándo es el velatorio?

—Aún no, el cuerpo está en la morgue, hay que hacer una autopsia y demás.

—Claro... qué torpe. Ciertamente que debe seguir el proceso judicial. Espérame un momento, le pregunto a Iván si Zillah se comunicó con él.

La respuesta fue negativa. Desde el domingo, Iván no sabía nada de ella.

El sol estaba escondiéndose detrás de los cerros. Pronto la Quebrada quedaría a oscuras y tal vez la niña decidiera regresar a su casa.

Maia se comunicó con la maestra de la escuela para que informara a sus compañeros de clase al día siguiente, por si Zillah decidía ir a la casa de alguno de ellos. Y nada más. En un pueblo pequeño los recursos para la búsqueda son limitados. Emma estaba alterada. ¿Y si el asesino se topaba con Zillah? Parecía que a nadie le importaba la pequeña. Estaban todos ensimismados en encontrar huellas en el cuerpo de Blas. Minimizar maximiza el riesgo.

Al ponerse el sol, la temperatura comenzó a bajar considerablemente en la selva de montaña. Zillah se había quedado dormida. Un cosquilleo en la nuca la hizo estremecer y despertó sobresaltada. Caminó sigilosa y sin miedo, procurando no ser vista, hasta el lugar donde había encontrado a su papá. Llamaba su atención la tierra negra. El lugar que había succionado sin piedad, la sangre de su padre. Una voz familiar la distrajo. Era Alfonso Grew hablando con un guardia. Se escondió para que no descubriera que estaba allí. Cuando el detective se fue, el policía de guardia caminó por el sendero que baja hacia el puente, y el lugar del crimen quedó para ella sola. Se acercó en puntas de pie, se arrodilló y tocó la tierra oscura como si quisiera recuperar algo de la esencia de su padre. Luego se llevó la mano a la nariz. Ya no podía olerlo. Un ruido detrás la alertó pensando que era algún policía, se escondió nuevamente. Pendiente de quien podía venir por el sendero, se perdió por los caminos de la mente, distraída con lo que pasaba alrededor. De pronto escuchó una voz grave detrás:

—¡Tremendo! ¿Quién haría algo así?

Volteó para ver quién era. Un hombre alto. Nariz puntiaguda y cuello largo. Podía verlo entre sombras. Se aferró a su mochila y se puso lentamente de pie. Sin mirarlo. Podía escuchar su extraña respiración.

—Sé que el susto te dejó sin hablar. No temas. Hay que conocer el espanto para entender algo así. Yo conocí a tu padre, no te haré daño. Solo te vi parada aquí y me acerqué a protegerte. Las niñas como tú no deben andar solas.

Zillah lo miró de reojo y sonrió apenas. Jamás lo había visto con su padre. Alguien así no se puede olvidar. Estaba tensa, entonces recordó las palabras que su hermana siempre le decía: “El miedo se disfraza de siluetas negras y largas, que luego nos persiguen como sombras. Por todas partes. De día y de noche”, entonces giró rápidamente con su mano extendida para espantar a la sombra y chocó contra un cuerpo. El hombre de la voz gruesa no era una sombra.

—¿Por qué me pegas? —preguntó desconcertado.

Zillah subió lento la cabeza para mirarlo a los ojos, con los hombros contraídos por el miedo.

—Ven, tienes que relajarte un poco. ¿Te llevo a tu casa o quieres ir a otro lugar? —le dijo amablemente, abrazando la nuca con su mano.

Pero Zillah no podía responder. Y el silencio otorga respuestas equivocadas. A veces.

Llevándola de la nuca, comenzaron a caminar cuesta arriba hasta llegar al roble donde se había dormido un rato antes. Se arrodilló sobre su pierna izquierda y metió la mano en la tierra, como si fuera un zombi. Extrañamente sacó unos lápices de colores.

—Quiero que dibujes lo que sientes ahora. —le dijo firme— En el cuaderno que tienes en la mochila.

«¿Cómo sabe que tengo un cuaderno?, pensó. Lo miraba tratando de descubrir sus facciones en la oscuridad. Buscaba entre sus recuerdos algo que indicara que era alguien conocido. Sacó el cuaderno, tomó el lápiz que el hombre tenía en las manos y escribió:

“Nombre”

—¿Quieres saber mi nombre?

Ella asintió temerosa.

—Yo te pedí que dibujes. Primero tú.

Entonces Zillah dibujó una oveja.

—Esa imagen duele dentro tuyo. Dibújame otra cosa.

La pequeña se quedó sorprendida. ¿Cómo podía saberlo? Entonces dibujó una familia con cuatro miembros. Tres mujeres y un hombre, creyendo que era lo que le pedía.

—Es la imagen de una familia que no tienes. Dibújame tu realidad.

Zillah comenzaba a ponerse nerviosa. No podía hacer lo que su hermana le decía con las sombras. El miedo se había apoderado de ella y lo único que podía hacer era obedecer las peticiones de aquel extraño. Pensó durante algunos segundos cuál era su realidad y dibujó ojos. Muchos ojos por todas partes en la hoja, de diferentes tamaños y colores. Estaba tan concentrada que, cuando terminó, extendió su mano para entregárselo, pero el hombre ya no estaba. No se había dado cuenta en el momento en que se fue. Una extraña sensación de alivio se apoderó de ella y comenzó a correr. Sin mirar hacia atrás, con la mochila y el cuaderno en una mano, y el dibujo y los lápices en otra. Corrió ciegamente hasta que llegó a una calle de tierra. Tenía frío y su estómago rezongaba de hambre. Luego de caminar bastante, reconoció la torre de la iglesia y pudo llegar a la Avenida San Martín. A partir de allí se ubicaba para regresar a casa. En la esquina, y sin saber cómo había llegado, el hombre alto la esperaba. No lo miró. Se quedó parada y en dudas de entrar o no, pero finalmente lo hizo.

—¿Tú eres Zillah? —le preguntó un policía apostado en la puerta de su casa. — ¡Gracias a dios! Todos te buscan, tu madre, tus amigos, la psicóloga. ¿Dónde fuiste?

Zillah lo miraba seria y caminó directo a la puerta principal. En el living, su hermana se refugiaba mirando estúpidos programas de televisión cuando la vio llegar.

—¿Zillah! ¿Adónde te habías metido? ¡Todo el mundo está buscándote! Eres una tonta, siempre haciéndote la misteriosa. ¡No sé qué quieres conseguir, pero teniendo a todos pendientes de ti no indica que dejaran de buscar quien le hizo eso a papá! —gritaba enojada y a la vez contenta de verla mientras llamaba desesperada a su madre.

—¿Ma? Zillah está aquí, en casa.

—¿Esta allí? —respondió con un alivio que inundaba sus gestos— ¿Está bien? ¿llegó sola? ¿Te dijo donde estuvo?

—¡No mamá! Recién llegó y te llamé. Además, no olvides que no puede decir nada. Todavía no escribió ni me hizo ninguna seña.

—¡No seas irónica con ella! Por favor, no la dejes salir, estoy yendo para la casa.

—Está bien. ¡Apúrate, porque no tengo todo el día para vigilarla!

Zillah estaba en su cuarto, escondiendo el dibujo y la mochila debajo de su cama. Preparó su ropa y entró a bañarse.

—¿Necesitas algo, Zil? —preguntó Erika en la puerta del baño. Aunque quisiera hacer ver que su hermana no le interesaba, su corazón sentía todo lo contrario.

La miró a los ojos y un impulso de hermanas las llevó a abrazarse fuerte.

—No vuelvas a salir sola ¿entendiste? —le pidió Erika llorando, relajándose por ver a su hermanita bien— Todo lo que pasó con papá está mal. Aun no encontraron al asesino y es probable que ande rondando la Quebrada. Entiendes, ¿verdad? No es seguro caminar sola. Me asustaste mucho.

Zillah asentía con los ojos llenos de lágrimas.

Emma caminaba nerviosa de un lado al otro afuera del baño. Cuando al fin salió su hija, la abrazó y desordenadamente le preguntaba cosas que no supo responder.

—Mamá, creo que debes tranquilizarte un poco. Así no va a responder nada simplemente

porque no tiene idea qué responder primero.

Maia observaba los movimientos de ambas. Zillah quería huir y su madre la atrapaba.

—Emma, ven un momento hasta que Zillah termine de ordenar el baño y ponerse el pijama. Vamos a prepararle algo caliente para que pueda comer.

Zillah le agradeció con una sonrisa.

—Comprendo lo difícil de la situación. Estar en tu lugar en un momento como este es inimaginable para mí, pero una cosa puedo aportar, si me permites: cada persona siente el dolor de diferente forma y lo exterioriza distinto ante una misma situación. Zillah necesita el silencio y la tranquilidad. Lo acaba de demostrar. Entonces, sería bueno para ambas, que no la atosigues con preguntas. Está aquí, a salvo y nada extraño ha ocurrido con ella. —eran las palabras de Maia en un intento de tranquilizar a Emma.

—No lo sabemos. Además, ella tiene que decirme adonde fue tantas horas. ¿Y si se topó con algún tipo malintencionado?

—Mamá, de ser así ¿crees que la habría dejado regresar? Deja de hablar estupideces y hazle caso por una vez en tu vida. Maia siempre ha tenido razón.

Esa frase, saliendo de la boca de su propia hija, era un puñal en el centro del pecho. Emma sentía celos de Maia. Una aventura con Alfonso la había colocado en una situación peligrosa un par de años atrás. Pero lo sobrellevaba bien, a pesar que para ella la aventura le había dejado sentimientos más intensos que Alfonso supo frenar a tiempo. El problema es que existen sentimientos desenfrenados y en mentes equivocadas, pueden hacer estragos.

Capítulo IV- Iván Romano

Zillah no recordaba cómo sonaban los sentimientos o cómo se expresaban. Deambulaba por la casa sigilosa, observando cada movimiento de su madre y su hermana. Los peritos que entraban y salían se habían vuelto un escenario cotidiano esa semana, como si siempre hubieran estado allí. Eran hormigas macabras que hurgaban cuanto cosa se les interponía, sin pensar siquiera, cuanto molestaban. Maia y Alfonso Grew, también, aunque ella parecía una mariposa.

Demasiada gente para observar y demasiada gente que la observaban. Habían pasado tres días ya y sentía cómo lentamente se convertía en una sombra innecesaria dentro del laberinto de personajes y situaciones que rondaban la misteriosa muerte de su padre. A pesar que ella tenía más información que la mayoría en esa casa. Pero todos decidieron protegerla con el silencio. El silencio se vuelve indiferencia y es ahí donde hay que prestar más atención. Se encerró en su cuarto llevando consigo todo su mundo.

Su mundo cabía en su mochila de tela blanca con nubes turquesas. Como las mochilas pequeñas de los niños de jardín de infantes. Lo que guardaba dentro, solo ella lo sabía. Jamás la soltaba. Era como una extensión de sí misma.

—Siento curiosidad por saber qué lleva Zillah en esa mochila. —comentó Maia a Emma, cuando comenzó con las terapias de contención por la muerte de Blas.

—Cosas de niña, nada más. Tiene un cuaderno de dibujos y algunas cosas que considera tesoros: la he visto guardar monedas viejas, un reloj de arena, trapos y un cortapapeles. Lo que más cuida es el cuaderno, nunca deja que nadie vea sus dibujos.

—¿A ti tampoco te los muestra?

—No.

—¿Y eso no te inquieta? Digo, porque como madre soy sumamente curiosa de lo que hace Caro y trato de tener un seguimiento de sus cosas, sobre todo porque son chicas aún y el entorno tecnológico es una amenaza constante, más en esa edad en que su mente forma y define quienes serán el día de mañana. Son como esponjas que absorben sin filtro y eso las vuelve vulnerables al entorno.

—Sí, puede ser, pero no me gusta invadir sus cosas. Soy de las madres que respetan la privacidad de sus hijas.

A Maia no le agradaba el modo frío con el que se manejaba Emma, era distante y jamás se involucraba en nada de la vida de las niñas. Eso lo podía ver más en relación a Erika, que, al pasar mucho tiempo con su hija, lo había observado. De todos modos, nada le hacía cambiar de opinión.

En el cuarto de Zillah los demonios comenzaban a rondar. Su cabeza era un cúmulo de ideas absurdas, imposibles de compartir. Extrañaba a Iván. Era el único que podía entenderla. Quería verlo. Desde el fin de semana no sabía nada de él y no solían dejar pasar tanto tiempo. Salió camuflada, entre las plantas del jardín, escondiéndose de su madre que seguramente no la dejaría ir. Tocó dos veces a la puerta y abrió Gastón:

—¡Zillah, qué linda sorpresa! Estaba pensando ir a visitarte, te extrañamos mucho por aquí. Ven, pasa, ya le aviso a Iván que viniste.

Gastón estaba al tanto de todo, pero simulaba ante la pequeña. La falta de habla le preocupaba mucho, porque era sumamente ruidosa. Sus visitas llenaban la casa. Siempre ponía el toque femenino, aunque tan solo fuera una niña. Cuando Iván la oía llegar, trotaba por las escaleras con tanta emoción que parecía que era la última vez que saldría a jugar. Si venía en un

día lluvioso, preparaba leche con cereales para los tres y se sentaban a mirar una película. Ella activaba a ambos y los obligaba, inconscientemente a permanecer tiempo juntos. Pero ese día Iván no bajó. La demora hizo que Zillah comenzara a inquietarse. Caminó en círculos un rato y luego se detuvo a mirar los portarretratos apoyados en la mesa ratona entre los sillones. Captó su atención el portarretrato donde estaba la foto de ella con Alma, su oveja. Estaba tumbado, con la foto hacia abajo. Al levantarlo vio que no era la foto original sino una copia barata, con poca tinta, donde todo se veía borroso. Le pareció extraño y la dejó en su lugar. Minutos después apareció Gastón:

—Está dormido y no logro despertarlo. Le digo que viniste así luego pasa a buscarte por casa ¿Te parece bien?

La pequeña asintió, miró hacia las escaleras dudando en ir corriendo a verlo, pero no lo hizo. Le dio un beso a Gastón y se fue triste. Sabía que mentía, pero no hizo nada. Algunas personas se asustan con el dolor extremo de otras y en vez de acompañar salen corriendo. Así se sentía Zillah: vacía y sola. Regresó abrazando su mochila y mordiendo entre dientes, pero antes de entrar decidió regresar al árbol donde el día anterior había visto al hombre sombra. Era de día, el temor se esfuma cuando hay luces. Buscó el pozo donde el señor había sacado los lápices, pero la tierra estaba compacta. No podía encontrar el pozo donde los había escondido. Un olor particular se acercó a su nariz. Como una mezcla de humedad y hojas quemándose. Un olor pegajoso, relajante. Venía desde el interior del tronco y la atrapaba. Inspiraba cada vez más profundo, llenando cada espacio de su cuerpo por dentro. Se quedó allí, había descubierto un escondite favorito y no le diría a nadie de él. Sentía como si las paredes del tronco abrazaran su tristeza. Se recostó en posición fetal y quedó dormida.

Una sola persona la vio salir de la casa: Maia. Como encargada de víctimas afectadas, en su trabajo en criminalística, tenía que pasar más tiempo con Zillah para estudiar su comportamiento, sus acciones y reacciones, tras el traumático hallazgo, por eso pasaba horas en la casa de Emma.

Algo no estaba bien. Lo sabía. Ninguna niña de esa edad guarda tan celosamente un secreto. A no ser que el secreto descubra un hecho muy grande. Y ese cuaderno lo sabía. Maia puso especial empeño en averiguarlo para poder ayudar a Zillah en lo que sombríamente estaba inmersa.

Llevó su pensamiento a su único amigo y decidió ir a visitarlo. Maia era su psicóloga también. Iván había nacido con un desorden mental producto de una madre alcohólica y drogadicta. Primero le diagnosticaron discapacidad intelectual (DI), pero a medida que iba creciendo, los síntomas se complicaban. Era desordenado en su pensamiento, incoherente y sólo sentía empatía ante la presencia de Zillah. Solía sentir voces que perturbaban su tranquilidad, cada vez con más frecuencia, hasta que los últimos resultados neurológicos y psiquiátricos arrojaron Esquizofrenia. Con diecinueve años de edad, se mantenía estable gracias a los medicamentos y a la atención incomparable de su padre Gastón. Vivía a tres casas de los Roth. Su madre se había suicidado en una clínica de recuperación con un vidrio que rompió de una ventana. Emma había colaborado mucho en su crianza. Gastón vivía agradecido por ello y era muy amigo de Blas.

Llamó a la puerta.

—¿Qué tal Gastón!

—¡Maia, no te esperaba por aquí!

—Lo sé y me disculpo por venir sin avisar, pero estoy preocupada por Zillah, se fue de la casa sin avisar nada y estamos preocupados. ¿Vino por aquí?

—Si. Hace un rato vino a buscar a Iván. Algo no está bien entre ambos porque no la quiso

atender.

Maia suspiró aliviada.

—¿Qué extraño...! ¿Podré hablar con él un momento?

—Si pasa, por favor. Estas situaciones son difíciles para ambos, supongo. Ha estado aislado desde la noticia de Blas. ¿Se supo quién fue?

—Aun no encontraron nada y lo peor es que no hay pistas.

Mientras esperaba, hizo el mismo recorrido de Zillah mirando las fotografías.

—Iván no quiere bajar de su habitación. Si quieres puedes subir a verlo.

—¡Oh, no! No quiero molestarlo.

—No lo haces. Quiere hablar, pero en su cuarto. Es la puerta de la izquierda.

Era la primera vez que Maia visitaba a Iván en su casa. Siempre se encontraban en el consultorio para las sesiones. Era una casa ordenada y luminosa. En planta alta se podían ver cuatro puertas cerradas. Golpeó suavemente en la de la izquierda. Pero nadie abrió. Insistió y abrió despacio. Iván estaba parado frente a la ventana, mirando hacia la calle.

—Permiso, Iván, tu padre me dijo que podía pasar.

Asintió con la cabeza sin voltear.

—Hola, doc.

—¿Cómo estás?

—No lo sé.

—Quería saber porque no quieres ver a Zillah desde la muerte de su padre.

Tras unos segundos de silencio, negó con movimientos de cabeza. Un cierto dejo de movimientos autistas permitía que Maia moderara sus preguntas. Estaba nervioso.

—Ella está muy triste por eso.

Al escuchar esa afirmación reaccionó violentamente. Manoteó la lámpara sobre la mesa de noche y cayó haciéndose añicos. Caminó enojado hacia el extremo opuesto de su habitación y se sentó en el piso con las manos sosteniendo su cabeza. Al escuchar el ruido; Gastón subió rápidamente para ver qué había sucedido, pero Maia le hizo una seña de que todo estaba bien.

—Ella sabe que yo no quería. No quería, pero él no me dejó ir. —dijo enojado señalando a Gastón que entornaba la puerta.

—No debes culparlo, tu padre hace lo que cree que es mejor para tí.

—¡Pero tenía que estar con ella y no pude! —gritó con impotencia.

—Ella va a estar bien. Tienes que ir a visitarla cuando te sientas con fuerzas.

Se levantó y comenzó a caminar de un lado al otro de la habitación.

—¿Sabes algo que yo no? —preguntó Maia. La miró con el ceño fruncido. —Lo único que quiero es ayudarla y creo que tú también lo deseas. Me gustaría saber si alguna vez te mostró lo que lleva en su mochila de nubes turquesas.

Dudó unos segundos antes de responder. Hacía gestos extraños con la boca, como si tuviera una pelea interna entre responder o no aquella pregunta. Miraba hacia arriba refunfuñando y luego respondió firme:

—Es la tercera habitación.

Maia, confundida con la respuesta, preguntó:

—¿La qué?

—La tercera habitación. Hay otros mundos detrás. Con reglas diferentes a estas, donde ella se esconde. Pero no debes decirle que yo te dije.

—No entiendo lo que intentas decir.

—Alguien lastimó sus emociones. Cuando no vemos... Es el infierno sobre el que

escuchaste historias. Zillah lo sabe. Zillah sabe todo. Hay muchos ojos mirando todo el tiempo.

—¿A quién lastimaron? ¿Qué es todo lo que sabe Zillah?

Iván la miró fijamente. Sus ojos tenían lágrimas sostenidas en el borde, como un vaso a punto de rebalsar.

—Dime, por favor, sabes que sólo quiero ayudarlos. —pidió Maia desesperada.

Caminó hacia la ventana en silencio.

—A veces, doc., es mejor no decir nada. Todos morimos ¿por qué preocuparnos tanto por alguien que ya no está? Los que subsisten tienen más dolor. Se quedaron vacíos de emociones y el vacío es un lugar extraño. Me sentí vacío una vez y no puedo recordarlo correctamente, por eso no pude atender a Zillah hace un rato. No sé qué decir o qué hacer. Ella está en el vacío ahora. ¿Usted sintió el vacío alguna vez?

—Alguna vez sentí el vacío en mi corazón o en mi alma, no sé bien donde se aloja, pero me sirvió para entender que el sentimiento “vacío” es la soledad que pide ayuda. —Maia lo miraba sin comprender el razonamiento de sus emociones, tan ciertas como complejas, con su “deficiencia intelectual”.

«Es más inteligente que muchas personas a las que llamamos normales», pensó.

—... es la soledad que pide ayuda... —repitió las últimas palabras de Maia— Es posible, llámelo como quiera, pero... Vacío no es algo que puede ser retratado, tampoco es algo que se deba comprender porque no hay nada que comprender. Sentirse vacío significa que algo falta, algo no alguien, y sería lo mejor encontrarlo a menos que prefieras la muerte, por supuesto, ya que ése sería el único otro escape de tal vacío.

—¿Me quieres decir porque no eres mi terapeuta? —preguntó bromeando Maia. Iván sonrió— Tienes un razonamiento tan exacto de las cosas, que a veces me asustas.

—Quizás lo aprendí de todas las sesiones que tuvimos. Usted me ayudó a salir de un pozo demasiado profundo. Es algo que jamás olvidaré, doc.

No importa lo duro que tratemos de ser, nuestros demonios siempre lograran salir a la superficie. Sin embargo, la incógnita de Maia era lo que Iván sabía de la pequeña Zillah y no se atrevía a confesar.

—Regresando a la tercera habitación, ¿Alguna vez lograste entrar?

—Sólo cuando ella lo permite.

—¿Y qué hay allí?

—Depende del grado de oscuridad, a veces hay tonos más profundos, más grises, que producen una sensación de sombra insuperable, paredes de luz, que rodean el brillo más alto, más claro, el tono más sutil. —respondía haciendo mímicas con las manos como si tocara paredes invisibles— A veces, sólo a veces, es linda.

—¿Sabes quién es Alma? —preguntó sacándolo del delirio.

—Su cordero. Pero no está más. Alma se fue de la habitación.

—¿Escapo?

—Algo así. Las personas temen lo que no conocen igual que los animales.

—Iván me gustaría que fueras más claro. Los acertijos me encantan, pero en otro momento y cuando estamos jugando. Ahora necesito saber realmente que sucedió con Zillah.

—Zillah es mi única amiga y sabe que siempre la voy a proteger. Cuando la puerta se abrió había demasiados monstruos allí. Tuve que ayudarla a quitar algunos.

Esa afirmación dejó helada a Maia. Una nube de preguntas se posó en su cabeza, pero arremetió lo más tranquila posible.

—¿Alma era un monstruo? — preguntó para lograr irritarlo fingiendo incomprensión.

—¡No! Alma era su salvación. Fue arrojada a las fauces de los demonios, para alimentarlos.

—A ver si entiendo: ¿Alguien mató a Alma para comerla?

Asintió con la mirada al suelo.

—¿Blas?

Encogió los hombros dudando.

—Entonces ¿Blas es un monstruo? —dijo tratando de poner palabras más claras en su boca.

—¡No! —gritó— ¡Blas es un maldito demonio! Y también es su padre. Era —corrigió en el momento— Aunque algunos demonios trataron de mantenerla a salvo.

—¿A salvo de quién?

—De ellos mismos. No comprende ¿verdad doc.?

Maia se quedó pensativa. No sabía si era culpable o si sólo eran delirios de su mente. Cada sesión con Iván era un rompecabezas y solía terminar con jaquecas. Tenía una inteligencia única con la que lograba ubicar palabras en los rincones de la mente deductiva de las personas. No todos lo podían interpretar. Pero Maia conocía sus atajos mejor que nadie.

—Tú sabes quién mató a Blas Roth ¿verdad? —le preguntó temerosa de conocer la respuesta.

Iván caminó de nuevo hacia la ventana.

—No. No lo sé. Cuando usted lo sepa ¿va a decírmelo? —respondió desafiante.

—Seguro. Pero necesito que confíes en mí.

Giró y se abalanzó dándole un fuerte abrazo.

Maia había grabado la conversación. Regresó a su consultorio y reprodujo una y otra vez las palabras de Iván. Por momentos le parecía como si él fuera el asesino, pero su perfil no daba para que sostuviera tan bien una mentira ni tenía índices de violencia en su proceder. Además, Gastón no notó ningún cambio en la rutina de su hijo durante los días en que Blas estuvo desaparecido hasta su muerte. Y lo más importante: no había huellas de él en la escena del crimen.

Alfonso, junto a su esposa, sacaban conjeturas tratando de desglosar el razonamiento de Iván. ¿Dónde había estado el jueves, cuando llegó Blas? ¿Qué hizo el fin de semana? y ¿por qué no quiso acompañar a Zillah el último domingo, cuando la pequeña fue a buscarlo para andar en bicicleta? Había demasiadas dudas que caían sobre su único amigo. Entonces citó a Gastón y a su hijo para dar declaraciones.

Iván se reusaba ir, no quería seguir hablando de Blas. Gastón no logró convencerlo de salir de la casa, entonces Alfonso pidió una orden al juez para entrevistarle en el domicilio. Dado el caso de asesinato, donde las primeras horas son cruciales para desenmascarar al culpable, no le quedaba más remedio que aceptar. El diagnóstico de Iván le permitió al detective hacer el interrogatorio en su casa.

Cuando algo le molestaba o lo sobrepasaba, Iván se sentaba de brazos cruzados, balanceando su cuerpo rítmicamente hacia adelante y atrás como un vaivén. No le gustaba la noticia de Blas y cada vez que escuchaba su nombre, se tapaba las orejas y emitía un sonido agudo con la garganta.

—Hola Iván, ¿cómo has estado? —saludó Alfonso mientras se acomodaba en el sillón pequeño del living.

Iván se encogió de hombros, sin mirarlo ni responder nada.

—¿Cómo sigue la investigación? Me comentó Maia que no encontraron nada aún. —preguntó Gastón.

—Nada comprobable. Es increíble lo bien pensado que estuvo el crimen. Lo cuidadoso que fueron los asesinos. En fin, ¿ustedes se conocían de hace varios años, ¿verdad?

—Sí, de hecho, cuando ellos se mudaron, eran tan amables que solíamos reunirnos con bastante frecuencia. Luego de su nacimiento —señaló a Iván— Emma nos ayudó mucho, más cuando mi esposa falleció. El encontró una familia en los Roth.

En ese momento, Iván se levantó nervioso y caminó directo a la cocina. Gastón se disculpó con Alfonso y fue tras él.

Era imposible escuchar algo de lo que padre e hijo susurraban, aun con el oído entrenado de Alfonso. Entonces se limitó a esperar. Caminó en torno a la mesa del living y la fotografía de Zillah y el cordero captó su atención. «Qué copia de mierda», pensó por la falta de definición de la imagen. Levantó el portarretrato y lo giró buscando algo indefinido en realidad, pero un manotazo repentino lo golpeó y el portarretrato cayó al suelo estallando en pedazos.

—¡Iván! —gritó Gastón— ¿por qué hiciste eso?

El chico miró a su padre, luego al detective Grew y asustado, salió corriendo hacia la calle. Gastón lo siguió y Alfonso volvió la cabeza hacia la fotografía que estaba dada vueltas. En ese momento regresaba Gastón. No había logrado alcanzar a su hijo.

—Disculpa nuevamente. Esa fotografía se la regaló Zillah y no deja que nadie la toque, dijo levantando los vidrios más grandes para llevarlos a la basura.

—Entiendo. —respondió pensativo.

—No le gusta hablar del tema y cuando algo lo supera no sabe manejarlo. Salían todos los días a pasear en bicicleta. El domingo la pequeña vino a buscarlo y él no quiso ir. Supongo que es una de las cosas que debe tener mal a Iván. Creo que siente culpa por haberla dejado sola.

—La culpa... siempre nos hace dar pasos en falso. Deberías hablarle, así regresa con su amiga. ¿Puedo saber por qué no quiso acompañarla justo el domingo?

A Gastón no le agradó demasiado la pregunta. Había cierta intención de inculparlo y no lo permitiría.

—Alfonso, entiendo que tu deber es identificar al monstruo que hizo semejante atrocidad, pero dejame decirte que no es este chico. Hay demasiada bondad en su corazón y, según mis vivencias diarias con él, tiene más caridad e inteligencia que muchos de nosotros.

—Entiendo totalmente tu malestar, pero es mi obligación evacuar todas las dudas y lograr que las piezas del rompecabezas por fin encajen. Espero que mi siguiente pregunta no te moleste, pero tengo obligación de hacerla. ¿Iván entiende absolutamente todo?

—Absolutamente. Pero lo procesa diferente. Iván sufrió la negligencia de su madre adicta a las drogas y luego al alcohol. Tuvo que atravesar, desde pequeño, grandes cambios de humor producto de su adicción pasiva mientras estaba en el vientre. Al cumplir el año de vida, el pediatra me dijo que tenía retraso madurativo. Se agudizó al ir socializando hasta que los análisis de discapacidad intelectual quedaron atrás y apareció una esquizofrenia que controlamos con pastillas.

—¿Y su madre cómo reaccionó a todo eso?

—Ella no lo supo porque nunca lo pudo cuidar. Luego del parto, el médico me aconsejó internarla en un centro de rehabilitación. Llevé al bebé los primeros meses para que estuvieran juntos, pero ella no quería verlo. Nada la motivaba a seguir. No toleró la abstinencia y terminó con su vida un año más tarde. Él no pregunta por su madre. Emma suplantó su lugar y Zillah es como su hermana menor. Se siente su protector.

—¿Qué tipo de sustancias consumía?

—Cocaína y heroína. Fueron días de infierno. La droga lacera todas las emociones. Y el

alcohol fue como la cereza del postre. Terminó con todos los sentimientos amorosos que había en ella. Nunca supe porque tomó el camino más fácil. Ahora cuido de su hijo.

—¿Su hijo?

—Iván no lleva mi sangre. Me lo confesó días antes de suicidarse. Lógicamente es algo que no puedo decirle. —Respondió con una naturalidad que denotaba el amor que sentía por la madre de Iván.

—Eres un gran hombre. No cualquiera hace lo que tú por un hijo que no es suyo.

—Hice lo que tenía que hacer. ¿Tomas un café?

—Gracias, pero debo regresar a la oficina. —salió y cuando estaba por subir a la camioneta, giró y le preguntó— ¿Qué hizo Iván el fin de semana?

—Estuvo encerrado en su cuarto. A veces le dan ataques de soledad y se encierra varios días.

—Nos vemos luego. Avísame si no regresa para enviar un móvil a buscarlo. —miró todas las ventanas de la casa. Ninguna tenía rejas.

Capítulo V - El funeral

Cuatro días después liberaron el cuerpo para ser inhumado. Los peritos estaban confundidos. El asesino había logrado despistar de tal modo que los únicos culpables de semejante carnicería parecían ser Zillah Roth y el mismísimo Blas. No había más huellas que las de ellos dos en toda la escena del crimen. Y esto era imposible. Su coartada era perfecta, hasta ahora. Lo que el asesino omitió fue que Gerardo Ocampo jamás se rinde, jamás da por hecho algo que le sirven en bandeja.

El funeral se llevaría a cabo en la sala velatoria de la calle Castellanos, en San Lorenzo. Emma había renegado bastante con Zillah por el vestido que debía ponerse. Un jumper negro, medias blancas y zapatos negros, para la ocasión. Pero ella quería ir con un vestido floreado que amaba más que a nada. Tras varios minutos de discusión, Erika hizo entrar en razones a su madre para que la dejara tranquila:

—Quizás para ella, papá sea eso, no una sombra negra como quieres llevarla. Es pequeña para comprender tanto.

—Tienes razón, Eri, no sé porque me empeño en vestirla de negro.

Zillah estaba en su cuarto. Sin voz desde el domingo. Su vestido con flores rococó rosadas iluminaba su inocencia. Se paró frente al espejo. Quitó el lazo verde seco y lo reemplazó por uno negro que pertenecía a otro vestido. Pasó sus dedos a modo de peine por su cabello y se sentó a dibujar hasta que su madre le dijera que debían irse.

Faltaba una hora para el funeral. Zillah no quería ir. A decir verdad, nadie quiere ir a los funerales. Desde el momento en que la noticia de alguien que ha muerto llega, una predisposición absurda de sentimientos encontrados se hace presente en las personas. La mayoría de los hombres no quieren ir a los funerales. A las mujeres les apetece más. A las viejas, sobre todo. Pero las viejas chusmas. Esas que jamás estuvieron presentes en la vida del difunto, éstas son las más interesadas en hacerse ver. ¿Para qué? Quién sabe. Todos los funerales tienen viejas chusmas a quienes jamás les importó el muerto mientras estaba vivo, pero van de todos modos. Tienen que ver cómo es el cajón, cuantas coronas de flores le pusieron y a quien pertenece la corona más grande, hasta cuentan cuantos cínicos se acuerdan que el finado era “buena persona”. Eso tiene la muerte: hace que todos sean buenos al final. Aunque no sea así. Casi siempre no es así. La peor parte es cuando esas viejas chusmas se acercan a los hijos o a la viuda. Los abrazan dejando caer cínicas lágrimas y les recuerdan morbosamente algunos momentos que tuvieron con el muerto. Algunos son mentiras, pero necesitan llenar el silencio. Hay mucha gente que necesita llenar el silencio con estupideces. Mucha gente que desconoce el valor de un diamante de silencio.

Los funerales debieran ser sólo para los familiares directos y hermanos de la vida. El resto de la gente tendría que abstenerse. No es agradable ver una persona muerta, maquillada como si estuviera viva, acostada en su hierático lecho. Por más esmero que se le quiera poner, no le agrada a nadie. Visitar a una persona muerta no va a justificar no haberla recordado cuando estaba viva. Tampoco dedicarle poemas o cartas en las redes sociales como si el muerto pudiera leerlos. Lo escriben para que todos vean ¡cuánto amaba al pobre difunto o cuanto se acuerdan de él! Cuando alguien muere, muchas personas se vuelven bizarras.

Emma llamó a Zillah. Había llegado el momento. Un automóvil de la casa velatoria las llevaría a las tres. Todo era extraño desde el domingo. Un gran suspiro salió de la boca de la pequeña. Cuando el auto estacionaba dentro de ese extraño lugar, varias personas conocidas se acercaban a recibirlas. Zillah buscaba por todos los rincones, pero Iván no estaba.

«Tal vez no llegó todavía», pensó la pequeña.

Familiares, vecinos, trabajadores de la fábrica, amigos de la familia, mamás de compañeras de la escuela, la directora, mucha gente que tal vez habían visto a su padre una sola vez, estaban apostadas allí. Y el hombre sombra también. Su corazón se aceleró cuando lo vio en un rincón de la sala, justo al lado de la ventana, escondido detrás de las cortinas. Estaba nerviosa y buscaba entre la muchedumbre alguien que se acercara a saludarlo. Tenía que averiguar su nombre. El hombre sombra no se lo diría.

Zillah ingresaba a la sala velatoria junto a su hermana y su madre. Todos estaban de pie, formando una hilera como si esperaran un desfile de carrozas terroríficas. Sus caras eran patéticas. Algunos realmente querían a Blas y la estaban pasando mal. Otros estaban por compromiso. Una mujer tomó del brazo a Zillah y la detuvo para besar su frente. Jamás antes la había visto, pero le dijo:

—Hija querida, tienes que ser fuerte ahora y ayudar a tu mamá.

—No puede hablar desde que vio al padre muerto —susurró otra vieja que estaba al lado, toda arrugada y vestida de negro, como si quedar muda implicara quedar sorda.

Zillah forcejeó para soltarse de la desconocida y corrió al lado de su hermana. No quería estar allí. Miraba al hombre sombra y cuando lo encontraba mirando hacia donde estaba ella, bajaba la mirada rápido. Cuando comenzaron a rezar alrededor del cajón, Zillah se refugió en un rincón, donde estaba la máquina de café. Iván seguía ausente. Se sentía extraña. De repente vio que las paredes cobraban vida, se deslizaban hacia ella lentamente macabras, opresoras. La mirada de las personas se volvía burlesca y una sonrisa sarcástica se dibujaba en cada rostro. Le faltaba el aire. Su cuerpo experimentaba una sensación de asfixia desde los poros. Sentía que en segundos caería desmayada al suelo. Corrió con las manos en su cuello hasta la vereda y sintió cómo el aire fresco intentaba revivirla. Afuera había varios empleados de la fábrica fumando y conversando. Su casa no quedaba lejos. Decidió marcharse. No podía tolerar el funeral. No el de su padre. No después de todo lo que había pasado. Llamó a Yaco y se quedaron abrazados en el sillón del living. Él sí lo extrañaba. Aunque Blas lo regañaba siempre.

«Nadie vino a saludarte», pensaba Zillah acariciando su hocico con ternura.

En ese momento llamaron a la puerta. El hombre sombra la había seguido hasta allí.

—¿Alguien ha visto a Zillah? —preguntó su hermana tras un largo rato en el funeral sin saber de su hermana. Todos se miraban entre sí, pero nadie respondía nada. Para no preocupar a su madre, salió con Caro a buscarla.

—Seguramente fue a casa, vamos a buscarla. —dijo Erika intentando ocuparse de su hermana.

—¿Quieres que llame a papá?

—No, espera que nos aseguremos si está en casa. No puede haber ido lejos.

Cuando llegaron a la cuadra de su casa, Erika se dio cuenta que la puerta estaba abierta.

—¿Ves? te lo dije. —le dijo a Carolina soltando la respiración por el alivio. Pero Zillah no estaba en ningún lado de la casa. Yaco tampoco.

Llamaron a Alfonso, que sin decir nada a Emma, salió del funeral. Le envió un mensaje a Pablo Reyes y se pusieron en alerta.

—¿Desde cuándo no ven a Zillah?

—La última vez que la vi estaba sentada al lado de la máquina de café, en la funeraria.

—¿Y eso hace cuánto tiempo más o menos? —preguntó Alfonso preocupado.

—Media hora, cuarenta minutos.

Se miraron con Pablo. Media hora es mucho tiempo para no saber dónde se encuentra una

niña.

—Su amigo Iván no estaba en el velorio, quizás fue a su casa a buscarlo —dijo Erika.

—Ustedes dos vayan a la casa de Iván. Nosotros daremos una vuelta por el vecindario, a ver si la vemos caminando.

En el momento que tocaban el timbre, salía Gastón hacia el velatorio.

—¿Cómo que Zillah no está? —dijo preocupado.

—Pensábamos que estaba con Iván, como no lo vimos allí...

—Iván no entiende los velatorios. Le pone mal ver una persona quieta en un cajón y comienza a gritar. Por eso no lo llevo. ¿Avisaron a la policía?

—Sí —respondió Caro—, mi papá la está buscando también.

—¿A qué otro lugar pudo haber ido?

Erika lloraba. No toleraba la idea que a su hermanita le ocurriera algo. Se sentía responsable por ello y por no saber contenerla.

—Nunca debí dejarla sola en ese lugar.

—¿Habrá ido a la Quebrada? —preguntó Caro.

—¿Por qué iría allí? —preguntó Gastón.

—No lo sé. Se me ocurrió pensar que quizás volvió al lugar donde vio a su papá la última vez.

—No es mala idea, vayamos a ver. Avisa a tu padre que estamos yendo para allí.

Toda la entrada a la Quebrada estaba cercada con una cinta amarilla que decía: “Escena del crimen. No pasar”.

Erika sintió un golpe en el pecho. Como si la realidad la despertara de repente. Estaba en el lugar donde habían matado a su padre. Se estremeció y frenó dudosa de querer estar allí. Un policía se acercó a los tres cuando los vio caminar decididos al lugar de los hechos.

—Disculpe —dijo Gastón— buscamos a la hija de Blas Roth, la víctima. La pequeña estaba en el funeral y desapareció de repente. Pensamos que tal vez habría venido por aquí.

—Es mi hermanita —dijo Erika con lágrimas en los ojos— ¿Me deja ir a ver si está?

—Lo siento, pero nadie vino por aquí. ¿Tienen idea del tiempo en que la niña falta?

—La verdad no. Quizás haya pasado una hora.

El policía hizo silencio.

—Mi perro también falta. Suponemos que están juntos.

—Voy a llamar al detective Grew, él sabrá donde buscar.

—Ya lo sabe —respondió Carolina— es mi padre.

El oficial le sonrió reconociéndola.

Alfonso estaba junto a Pablo Reyes, tratando de ubicar a Zillah. Parecía que la tierra la hubiere tragado.

—Déjame en la casa de los Roth, tú sigue buscando por las calles del barrio, no pudo haber ido muy lejos, quizás caminó a la Quebrada. Veré si en la casa encuentro algo.

En el sillón había quedado el lazo negro del vestido que llevaba Zillah. Una taza de cerámica, personalizada por el cumpleaños de Blas había caído rota al suelo. Las huellas de las patas embarradas del perro indicaban que habían salido por la puerta trasera. Y seguían hasta el jardín, por una vereda improvisada de piedras, hasta que las huellas caían a la tierra y se perdían en el pasto.

«¿Dónde estás niña?», pensaba Alfonso preocupado.

Zillah caminaba junto al hombre sombra, en dirección al árbol hueco. Yaco no estaba con ella. Sentía tanto miedo que estaba arrepentida de haber salido de la sala velatoria. Nadie sabía

dónde estaba. Nadie la buscaría en esa parte de la tupida selva de montaña. El hombre la obligó a sentarse dentro del hueco.

—¿Sabías que tu padre criaba chinchillas?

Zillah lo miró con pánico y asintió.

—Eran mías y él tuvo el descaro de robármelas y matarlas para quitarles la piel.

Zillah temblaba, tratando de controlar su miedo. Giró la cabeza. Un crujido de ramas le hizo saber que no estaba sola. Parecían pisadas y el hombre le gritó:

—¡No mires hacia otro lado que no sea mi rostro! A no ser que quieras terminar como él.
—dijo aludiendo a su padre.

Zillah clavó sus ojos con odio en los ojos huecos del hombre sombra y en un esfuerzo por gritar, recibió una cachetada que le quitó todo mudo intento.

Alfonso caminaba hacia el terreno baldío detrás de la casa, por donde aparentemente la pequeña se había ido, cuando apareció Yaco, caminando rengo. Tenía una pata lastimada. Intentó revisarlo, pero el animal estaba molesto, dolorido. A simple vista parecía que alguien había clavado un cuchillo en el muslo, hiriéndolo de gravedad. Alfonso llamó a Pablo para que lo llevara a un veterinario.

—La niña está en peligro, pero no podemos decirle a la madre, hasta que termine el funeral. Voy a llamar a Ocampo para preparar un grupo y salir a buscarla. Lleva al perro para que lo suturen, por favor.

Lejos del paradero de Zillah, Alfonso caminaba preocupado, buscando el rastro por donde la niña podría haber escapado. Llamó a Gastón:

—No digas que soy yo quien está al teléfono, no quiero que mi hija o Erika sospechen nada. —Dijo en voz baja Alfonso cuando tomó la llamada Gastón.

—Ok —respondió Gastón alejándose unos pasos de ambas— ¿Ocurrió algo?

—¿Iván está en casa?

—Sí, lo dejé encerrado, ¿por qué lo preguntas?

—Porque la niña no aparece y es probable que esté con él.

—Espera, lo llamo y te confirmo.

Gastón corroboró que Iván estaba en la casa y envió un mensaje a Alfonso para que se quedara tranquilo. Iván había atendido el teléfono fijo y todo estaba aparentemente bien allí. Sin rastros de Zillah.

El hombre sombra seguía hostigándola.

—Cuando tu padre me llevó a conocer la fábrica de plástico me mostró el verdadero negocio que tenía detrás. Traté de convencerlo que no debía hacer eso, pero le importó más el dinero. A mí me usaba para darles de comer y limpiar las jaulas. ¡Pobrecillas! criaturas inocentes que vivían para que un hijo de puta tuviera más dinero. Tu padre se lo merecía y lo haría de nuevo si me dijeran que está vivo.

Zillah estaba aterrada. Inmóvil, con la respiración entrecortada.

—Te lo cuento porque sé que no hablarás. Y como se te ocurra escribir lo que dije, la próxima en morir será tu hermana y luego tu madre. Y te cortaré la lengua para que nunca digas nada. Eres una niña inteligente, por eso he decidido acercarme a ti y no a Erika. Además, conozco la historia del cordero y la de tus perros. No hagas nada que me perjudique porque terminaras como todos ellos. Tal vez Yaco ya lo esté. ¡Perro estúpido! se le ocurrió ladrarme sin descaro...

Se escucharon las campanas de la Iglesia. El hombre sombra hizo unos pasos de espaldas a Zillah. Ella pensó en salir corriendo, pero se dio cuenta a tiempo que no tenía adonde huir y esconderse. El hombre sombra conocía la selva mejor que ella. Eso era notorio y arriesgar tanto

en este momento no tenía sentido. Había amenazado con lastimar a su madre y a su hermana y no podía permitirlo. Tenía que callar hasta que alguien pudiera ayudarla.

—Debemos regresar al funeral o sospecharan que algo anda mal. Estoy observándote todo el tiempo, no hagas nada extraño porque lo lamentarás.

Acompañó a la niña hasta la esquina de la casa velatoria y desapareció. Maia la vio entrar y envió un mensaje a Alfonso y a Carolina. Zillah caminó con tanto sigilo que parecía ser invisible en ese momento. Se sentó en un rincón en el suelo y sacó su cuaderno de dibujos.

Maia se acercó para tratar de averiguar donde había estado pero la pequeña sólo atinó a darle la espalda y continuar con su dibujo. La dejó tranquila y fue a la puerta a esperar que llegara su esposo.

—Zil, no puedes estar aquí. La gente podría tropezar con tus piernas, ven vamos a la otra habitación. —le dijo Erika controlando sus emociones— Me asustaste mucho cuando no te vi. Te dijimos que no salgas sola, podría estar el asesino rondando por ahí. Vamos con mamá. Se va a poner mal cuando no nos vea junto a ella. —le explicó Erika pacientemente.

Zillah estaba inmóvil. No reaccionaba. Como si nadie estuviera a su lado. Mucho menos hablando. Ignoraba todo a su alrededor. Como si no importara nada. Ausente. Solo miraba la hoja sombreada de su cuaderno, mientras recordaba la tierra oscura que había absorbido la sangre de su padre. Con ojos inertes y vacíos dibujaba algo parecido a una montaña repleta de ojos.

Alfonso se acercó y se sentó a su lado. Hizo una seña con los ojos y Erika comprendió que debía darle unos minutos.

—Es difícil estar en este lugar con tanta gente desconocida, lo entiendo, pero debemos asumir la realidad y enfrentar lo que viene con ella. ¿Comprendes?

Zillah asintió.

—Créeme que soy el último en querer interrumpir tu momento de soledad, pero necesito saber dónde estuviste para poder ayudarte.

“¿Yaco está bien?”, escribió.

Alfonso decidió, en un primer momento, hacer como que no sabía lo ocurrido con el perro para sacarle información.

—¿Yaco? ¿Por qué le pasaría algo? Quedó encerrado en tu casa cuando salimos hacia acá.

Negó con la cabeza, y tras recordar las palabras del hombre sombra decidió no indagar más. Entonces Alfonso le contó la verdad.

—Yaco está mal herido, lo llevamos a la veterinaria. ¿Sabes quién lo lastimó?

Inmóvil y sin levantar la vista, siguió dibujando.

—Va a estar bien. —la tranquilizó. Zillah lo miró y suspiró aliviada.

Alfonso sabía que ocultaba algo. Como dice su esposa, los pequeños no saben esconder bien las cosas y, en su inocencia, tarde o temprano terminan diciendo la verdad. Le dio un respiro y caminó a tomar un poco de aire. Afuera estaba Emma.

—¿Quieres que te prepare un café?

—No, gracias. Creo que tomé unos cinco litros ya. ¿Cómo está Zillah? No quiero acercarme porque no sé cómo debo actuar frente a ella. La gente cree que soy débil.

—Débil no es la palabra adecuada cuando uno está sentimentalmente abatido. Quizás sea humano que ella pueda verte llorar.

Mucha gente entraba y salía del funeral.

—Blas era un hombre muy querido evidentemente. —dijo Gerardo Ocampo. — Sigo sin entender quien haría algo así y porqué.

—Las variables no cierran en este momento. ¿Y si tan solo fue un loco que dio con Blas en

el día y la hora equivocada? —planteó Pablo Reyes.

—Es una posibilidad, pero esa hipótesis se cae con el cabello plantado en la escena del crimen. Alguien nos está diciendo algo.

Maia se acercó a la pequeña, se puso de cuclillas a su lado:

—¿Me cuentas, princesa, por qué te fuiste sin avisar a nadie? —le dijo con dulzura mientras acariciaba su cabello.

Encogió los hombros. Luego escribió:

“Me faltaba el aire”

—Comprendo, pero tendrías que haberme avisado. Cuando necesites salir de aquí, me avisas y vamos juntas a caminar afuera. Nos preocupaste mucho.

¿A mamá también?, escribió.

—A mamá también. —mintió Maia. Emma estaba tan metida en su duelo que apenas percibía quien estaba allí y quién no. Pero la pequeña necesitaba sentir que su madre la había extrañado. De no ser así, no lo habría preguntado.

¿Vino Iván?, escribió.

—A Iván le hacen mal los funerales, por eso no vino con Gastón.

A mí también..., escribió triste.

Maia la miró entendiendo perfectamente su malestar. La ausencia de su único amigo en el momento que más dolor sentía no era ni cerca, un consuelo para la pequeña.

Capítulo VI - La decisión del diablo

Dos años antes

Erika y Zillah estaban ansiosas esperando el día de campo tan prometido por su padre. Habían preparado una canasta con frutas, jugos, sándwiches y juegos para que sea un día inolvidable.

—¡No olviden llevar un mantel y servilletas! —les recordaba Emma mientras dejaba medianamente ordenada la casa.

—Lleven a sus dos perros, nunca los hemos llevado a pasear. —Les pidió Blas, algo que sorprendió a ambas porque su padre era amante de los perros de raza, doberman, sobre todo, como su querida Duska y despreciaba de sobremanera a los mestizos como lo eran Pompón y Gitana.

—¿Hablas en serio? —preguntó la pequeña Zillah.

—Sí, que suban atrás.

Las hermanitas se miraron sorprendidas y, contentas, los fueron a buscar. Nada más emocionante que pasar un día de campo con sus mascotas.

—¿Podemos ir en la caja con ellos? —preguntó Erika. Amaban ir paradas en la parte trasera de la camioneta, aferradas a la baranda antivuelco, mirando el camino con el cabello al viento.

—Sí, no hay problemas. El camino a La Caldera tiene pocos policías, y la mayoría son conocidos. Pueden ir tranquilas, pero agárrense fuerte.

Pompón y Gitana eran dos perros mestizos que ambas hermanas habían rescatado de la calle. Pompón era blanco con manchas negras, largo como un perro salchicha, gruñón como un bulldog, corpulento como un pitbull y un poco más alto que un chihuahua. Su nombre era dado por su cola, nunca pudieron saber si nació con la cola corta al borde de su cuerpo, cubierta de pelos blancos, o si alguien se la cortó en sus días de vagabundo. Gitana, en cambio, era más esbelta: blanca con manchas siena, su cuerpo armonioso dejaba ver que en sus venas corría sangre de un ratonero andaluz. Sus patas traseras estaban delineadas por la musculatura de largos caminos andados y su alegría recordaba lo fácil que los perros callejeros olvidan los tiempos malos y la facilidad que tienen para disfrutar el presente.

—Los humanos deberíamos ser más como los perros. Quizás viviríamos menos, pero más felices. —solía decir Erika a su madre que vivía renegando por todo, aunque ella cuidaba más de Pompón, el gruñón y Zillah de la alegre Gitana.

Los ayudaron a subir a la camioneta y Zillah preguntó a su padre:

—¿No llevaras a Duska?

—No, ella viene conmigo siempre a cazar, es hora de los pequeños.

Lo cual era cierto. La doberman, que no dejaba por nada a Blas, era su fiel compañera de caza y pesca. Negra y elegante como los que son de pura sangre, había sido víctima del corte de cola y orejas que sufre la raza, “porque, además de verse, bien, enaltece y purifica la raza”, era la opinión cruel de Blas, en cambio a sus hijas ésta práctica les parecía todo lo contrario:

—En el canal de los animales dijeron que es una amputación innecesaria, que se trata sólo de apariencia y que trae problemas al perro en la comunicación, sin dejar atrás los problemas de equilibrio que les causa. —le comentaba la académica Erika.

—¿Qué van a saber de perros!, si dicen eso es porque no saben nada. ¿Acaso Duska perdió el equilibrio alguna vez? ¿La viste caer?

Pero Erika sabía que era inútil hacer entrar en razones a su padre, y prefería callar.

Camino a La Caldera, las niñas y los dos perros iban tan felices que contagiaban la alegría a los autos que pasaban y les devolvían el saludo con bocinas o con las manos. Con el sol a pleno, no había más alegría en aquella camioneta. Las niñas cantaban y los perros, uno a cada lado, con la lengua afuera y las orejas al viento disfrutaban el paseo como nunca. El paisaje cambiaba, el camino iba transformándose en pendiente, con un zigzag que divertía aún más el viaje, era una clara señal que ya estaban lejos de San Lorenzo. Media hora después la camioneta se detuvo. Un cartel indicaba que estaban cerca del dique Las Maderas. Bajó Blas y les pidió a las nenas que se quedaran arriba, que tenía que hacer un trámite. Levantó a los dos perros, uno en cada brazo y los llevó corriendo con él por el campo abierto. Emma bajó.

—Papá fue a hacer pis.

—¿Y por qué lleva a los perros?

—Por si quieren hacer algo también.

El sol abrasador comenzaba a quemar los hombros.

—Tomen protéjense —dijo Emma alcanzándoles una manta y regresó a su asiento.

De pronto apareció Blas corriendo, subió a la camioneta y aceleró tanto que una nube de polvo cubrió todo el camino, dejándolas a ciegas por un momento.

—¿Qué pasó? —gritó Erika— ¡Papá! ¡papá!, ¡frena, olvidaste cargar a los perros! —gritaba golpeando el techo de la cabina mientras miraba a Pompón y Gitana correr desesperados detrás de ellos. Pero Blas no se detenía. Zillah lloraba gritando que frenara. Los dos perros quedaban cada vez más atrás, sus cortas patitas no les permitían correr tanto ni tan rápido. Erika vio a su padre observar sonriente a los perros por el espejo retrovisor, como si fuera una broma de mal gusto. Primero pensó eso.

—Ya va a frenar, Zil, no te preocupes, le gusta hacer bromas malas. —decía abrazando a su hermanita. Zillah lloraba desconsolada, con un dolor seco que presionaba en su pecho de tal modo que parecía hundirse hasta aplanarle la espalda. Le faltaba el aire y un dolor en ambos lados de la garganta le hacían sentir el ancho absurdo de su lengua. La camioneta no se detuvo. Llegaron a un paraje cerca del dique y estacionó. Las hermanas se miraron sin entender qué pasaba.

—Si logran encontrarnos es porque vale la pena tenerlos. Vamos chicas, son dos perros de mierda. No sirven para nada, tendrían que estar contentas. Ni siquiera sirven para llevarlos a pasear de lo feo que son. Así van a aprender lo que es un perro de verdad. Duska es un perro con mayúsculas, no esas dos cosas que ustedes tenían en casa.

Erika lo miraba con odio. Tenía los brazos cruzados y un mutismo que revelaba todo lo que le haría a su padre si tuviera igualdad de condiciones.

Zillah no lo miraba. Lloraba desconsolada. Cuando Blas se acercó para ayudarla a bajar, escupió directo a sus ojos, actitud que ocasionó una gran cachetada por parte de su padre.

—¡Se terminó! ¡Desagradecidas igual que su madre! ¡No haremos ningún día de campo, ya hice lo que venía a hacer, nos vamos!

—Nadie quiere un día de campo contigo. —dijo entre dientes Zillah.

—¿Cómo dices?

—¡Nadie quiere un día de campo contigo! ¡Te odio! ¡Te odio! —gritó sin reparo.

—No entiendo porque hiciste eso. —dijo Erika mirando enfadada a su madre— ¿Acaso no harás nada? Siempre te quedas tan callada...

—Hay muchos perros en la casa. —respondió Emma sin mirarla a los ojos.

—¡Entonces que no haga tener crías a la doberman!

—Esto es increíble... dos mocosas inútiles diciéndome qué tengo que hacer. ¡Vamos! ¿o

quieres quedarte tú también? —le preguntó a Emma que sin decir más subió sumisa.

No regresó por el mismo camino en que había dejado a Pompón y a Gitana. Dio una vuelta mucho más larga. Las nenas los llamaban desconsoladas. Inútilmente. Llegaron a la casa y Zillah corrió hacia su bicicleta, subió con la decisión de regresar por sus mascotas. Pedaleaba sin escuchar a su madre que la llamaba insistentemente. Erika entendió lo que su hermana hacía y decidió subir a la suya y pedaleó detrás de ella.

—¡Vengan aquí! ¡Erika! ¿A dónde creen que van? —les gritaba Emma.

—Deja, están enojadas y quieren hacernos creer que van tras esos perros inservibles. Con esas bicicletas ni siquiera saldrán de Lesser. Ya regresarán.

Y entraron a la casa como si nada hubiera pasado.

Zillah y Erika pedalearon día tras día, cada tarde libre, luego de la escuela, hacia el camino de La Caldera. Quedaba lejos donde su padre había abandonado a sus mascotas. Pusieron carteles por todas partes, avisaron a los policías por si los veían, hasta emitieron un mensaje por la radio local. Los buscaron durante casi ocho meses, incansables, en vano. Nunca volvieron a tener la misma relación con Blas. Zillah no permitía siquiera que le diera el beso de las buenas noches. Erika, en cambio, como todo hermano mayor, acataba los mandatos y logró aceptarlo olvidando los aberrantes hechos.

¿Olvidando?

—Me tiene preocupada Zillah que no entiende que no debe salir sola. ¿Cuál será el lugar elegido para refugiarse de su soledad?

—Río arriba, en la Quebrada. Siempre va allí cuando se siente triste. —respondió Erika cuando llegaron del entierro.

—¿Al río? —preguntó Maia.

—Sí. No pierde las esperanzas de encontrar unos perritos que teníamos y...

—... y se perdieron. —interrumpió Emma que se acercaba por detrás de su hija mirándola fijo — ¿Ocurre algo que no sé todavía? —preguntó sorprendida.

—Zillah se fue durante el funeral y nadie sabe dónde. No sé porque pensé que tal vez haya caminado hasta allí. —respondió Erika.

—¿Peleaste con tu hermana justo hoy?

—¡No mamá! —respondió Erika enojada— Huye cuando algo la supera ¿o acaso lo olvidaste? —dio media vuelta blanqueando los ojos y regresó con Caro que estaba sentada en el umbral de la casa.

—¿Hay algo que quieras decirme? —preguntó Maia.

—Nada de tu incumbencia. —respondió molesta Emma.

—Es inútil que niegues lo que está pasando en la mente de Zillah. Me has pedido expresamente que forme parte del caso para que la ayude a superar esta situación tan perturbadora, pero si me ocultas información que, de una u otra forma puedan haber dañado la integridad mental de la pequeña, no hay nada que yo pueda hacer. Es apenas una niña, te pido por favor que me cuentes los hechos del pasado que pudieron haber dejado heridas en sus emociones.

—Si crees que eres perfecta, te equivocas. Todos tenemos errores de los que nos arrepentimos, y no creo que, por eso, se dañe la mente de una persona, mucho menos de una niña. Ellos tienen la capacidad de sobreponerse a todo, mucho mejor que los adultos.

—¿Es lo que crees?

—Definitivamente.

Maia se quedó mirándola. La muerte de Blas comenzaba a dejar al descubierto un matrimonio totalmente infeliz y una relación de familia lastimada. Lo peor, para Zillah, era la

negación en la que todos estaban insertos. Pasaban cosas aberrantes que eran minimizadas en extremo y Zillah era invisible para ellos.

Capítulo VII - Huellas

—Encontramos la camioneta dentro del galpón del viejo taller. —dijo Pablo Reyes respondiendo la llamada de Alfonso. —Los peritos están trabajando en ella para encontrar huellas.

—¿Fueron al viejo taller? —preguntó sorprendido— ¡Al fin una buena noticia! Terminó con un informe y voy por allí.

—Hicieron una ingeniería perfecta en este crimen. Pero nada es perfecto. —decía Ocampo mientras buscaba elementos testigos dentro de la camioneta— Algo tiene que haberseles pasado por alto —debajo de la alfombra de goma perteneciente al acompañante encontró una fotografía donde estaban Zillah y un cordero blanco— ¿Sabes algo de esto?

Pablo Reyes negó con la cabeza. Ocampo guardó la evidencia y siguieron buscando. En las paredes de la caja unas manchas de barro llamaron la atención de un oficial que tomó una muestra para el laboratorio.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Gerardo que quitaba completamente la funda de la butaca del conductor— parecen almendras... pero es un olor como si estuvieran podridas...

Un oficial de laboratorio se acercó para ayudar a Ocampo y pegando su nariz al asiento, sin dudar, dijo:

—¡Es cianuro! El cianuro huele a almendras amargas. Voy a cortar un pedazo para que lo analice Esteban.

—¿Cómo dices? —inquirió Gerardo que no había escuchado bien las palabras de su oficial.

—Cianuro. —repitió señalando el lugar.

—Entonces lo envenenaron aquí. Esteban dijo que murió envenenado, el corte en la yugular fue después. Lo que indica que llevaron el cuerpo muerto al lugar donde lo encontramos y allí hicieron toda la payasada de atarlo y degollarlo... ¿Pudieron averiguar dónde venden cianuro? No es muy grande San Lorenzo o la misma ciudad de Salta. ¡Necesito que alguien me diga dónde se compra el cianuro! —ordenó enojado Gerardo.

—En la fábrica del plástico se suele utilizar cianuro —respondió Alfonso Grew que arribaba al lugar— Estuve averiguando y Emma me dio esa información.

—¿Cómo estás Alfonso? —saludó Gerardo— Habría que ir a la fábrica para interrogar a los empleados que trabajan allí. Me interesa saber quien es el encargado de manipular esos líquidos.

—¡Perfecto! Si te parece puedo ir hoy.

—Ya envió una nota al juez para que nos alcance un permiso. Lo más probable es que el cianuro haya sido extraído de la fábrica. Averigua cuál es el uso específico en la industria del plástico y qué cantidades almacenadas tienen. La verdad, no tenía idea que usaran cianuro para el plástico. Ya nos acercamos a ese hijo de puta.

—Le pedí a la esposa que me acompañe para poder identificar a todos los empleados. —decía Alfonso mientras entraba a la cabina para corroborar lo que decía el oficial.

—Uno de mis hombres ira con ustedes a la fábrica, necesito que tomen algunas fotografías. —mientras contestaba, Gerardo notó que Alfonso realizaba movimientos extraños dentro de la cabina— ¿Ocurre algo?

—Nada, sólo estoy revisando para ver si hay algo más que nos ayude a encontrar a ese infeliz. —respondió mientras se bajaba de la camioneta.

—¿Sabes si este cordero sigue vivo? —le preguntó Gerardo mostrándole la foto.

—No. Esa misma foto, pero en fotocopia de muy mala calidad, vi en la casa de Iván Romano.

—¿El amigo loco de la niña?

—El mismo.

—¿Sabes si está vivo?

—No. No está vivo. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en particular. —respondió Gerardo pensativo— ¿Por qué tendría una fotocopia?

—No tengo la más puta idea.

—¡Un Cabello! —gritó otro oficial desde la cabina de la camioneta— Al fin encontramos un cabello que no sea largo ni castaño. —mientras levantaba la evidencia y la guardaba en una bolsa.

—¿Un cabello? —repitió con entusiasmo Alfonso.

—Ya estamos cerca. Va a caer ese hijo de puta. —dijo Gerardo acercándose a mirar exaltado.

El lugar donde hallaron la camioneta había sido un gran taller mecánico, abandonado tras la muerte de su dueño varios años atrás. A veces la policía acudía a separar peleas de jóvenes borrachos que salían del boliche pasados de alcohol y terminaban a las trompadas dentro de ese lugar. En otras ocasiones, la policía arrestaba jóvenes que iban a drogarse allí. El jefe de la departamental había logrado que los dueños se encargaran de cerrar las ventanas con ladrillo y colocaran rejas y candados en el portón de entrada para que nadie más se metiera allí buscando pleito. Era una pena ver semejante galpón abandonado.

—¡Qué desperdicio este lugar! —dijo Alfonso— aún recuerdo cuando mi padre traía su Ford aquí. No confiaba en ningún otro mecánico. —Caminó hacia la camioneta. No se veían choques ni rayones en la chapa.

—Encontramos el pasaje de avión que confirma su regreso el día jueves. —informaba Pablo Reyes mientras Alfonso registraba minuciosamente el interior de la camioneta.

—¿Por qué vendría a este lugar Blas Roth? —preguntó Ocampo.

—Es una buena pregunta. —Contestó Grew mientras caminaba alrededor del vehículo. Un taller mecánico de por sí es un lugar sucio, pero este lugar, había permanecido cerrado bastante tiempo y nadie se había dignado siquiera limpiarlo tras la muerte de su dueño. Se mezclaban olores extraños: aceite, grasas, abrasivos, líquidos que aun guardaban sombras en las manchas de las baldosas viejas y rotas de casi todo el lugar. En las paredes de algunos sectores, podían verse cuentas escritas con birome, almanaques de bolsillo de mujeres semidesnudas pegados con cinta, pedazos de paragolpes, piezas sueltas y oxidadas de motores viejos, tuercas, arandelas, tornillos, se podía encontrar de todo en el perímetro del gran galpón. «¿Por qué habría elegido este lugar el asesino?», pensaba Ocampo mientras barría con su pie derecho la tierra como tratando de descubrir algo. En ese momento Pablo Reyes les llama la atención:

—¡Huellas de pisadas! Traigan para medir el talle, me parece del 42, es el mismo largo de mi pie. —decía mientras se paraba de lado.

—Tiene que haber otra. Al menos dos personas llevaron a cabo esto.

Pero nada más. Se podía notar que antes de dejar el lugar, habían dado vueltas y vueltas con la camioneta, dejando marcas de frenadas y mucho polvo por todas partes, en un intento de borrar huellas que pudieran atestiguar en contra.

—Esperemos que así sea. Voy un momento a ver a la viuda. —dijo Ocampo y sacó una

foto de la camioneta con su celular.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Alfonso.

—No, quédate por si encuentran algo más.

En la casa de Emma, Gerardo dudó en mostrarle el pasaje. Pero lo hizo.

—Emma, disculpame nuevamente, necesito mostrarte algo.

Extendió su mano con la evidencia dentro de una bolsa.

—Es... ¿su pasaje?

—La fecha de regreso es del jueves anterior. ¿Tienes idea por qué mentiría en su regreso?
—no le quitaba la mirada esperando alguna reacción incómoda.

—No lo sé. Cuando habló conmigo el mismo lunes que llegó me dijo “nos vemos el domingo”. Por eso supuse que su regreso era el domingo. Jamás mencionó el jueves. ¿Dónde hallaron el pasaje?

—En la camioneta.

Abrió grande los ojos, sorprendida por el hallazgo.

—¿Apareció la camioneta? ¿dónde?

—En el viejo galpón.

—¿En qué estado? ¿Quemada? ¿Chocada?

—Impecable.

—Esto va a enloquecerme.

—No lo harás. Nadie hace las cosas tan perfectas. Tengo una orden para interrogar a algunos empleados de la fábrica. Si puedes acompañar a Alfonso y un oficial que sacará algunas fotografías, te lo agradezco.

—¿Tiene que ser hoy?

—Es mejor si es hoy.

—Seguro, le aviso a Erika y voy para allí.

Dos empleados de la fábrica estaban dentro de las personas que Ocampo consideraba sospechosas por la cercanía de éstos y la manipulación del cianuro, según lo conversado con Emma. Cuando la vieron llegar, junto al detective y al oficial, muchos empleados se acercaron a saludarla. Había incertidumbre de lo que pasaría con la fábrica luego de la muerte de Blas, pero ella se encargó de llevar tranquilidad a todos y estabilidad laboral, sobre todo.

—Necesito hablar con Alberto Gallardo. ¿Vino hoy?

—Si, señora, contestó un empleado de limpieza, ya lo llamo.

Entonces Emma le hizo dar un pequeño recorrido al oficial para que tomara las fotos de todas las instalaciones hasta que llegó a un sector aislado del resto, con un cartel de precaución y peligro por el tipo de sustancias almacenadas allí.

—Emma, buenas tardes, me dijeron que precisa hablar conmigo?

—Si Alberto, le presento al detective Grew, uno de los responsables en la investigación del... homicidio de Blas. Necesita hacerle unas preguntas.

—Si, venga por aquí, estamos más tranquilos.

—Un minuto, ¿puedo saber lo que guardan aquí dentro?

—Sustancias tóxicas que se utilizan para limpiar matrices, hacer colores o impresiones en algunos productos.

—¿Cianuro?

—Tenemos también allí. ¿Porque lo pregunta?

—A Blas lo envenenaron con cianuro.

Alberto Gallardo hizo un gran gesto de asombro y preguntó:

—¿Necesita saber algo específico?

—¿Quién manipula el cianuro?

—Soy el responsable del sector. Cuando se va a utilizar algún producto de aquí, deben llenar una planilla con la cantidad extraída y el uso específico que se le va a dar. Por lo general, cuando hacemos limpieza de algunas piezas o cuando buscamos tonalizar con azul. Se extraen pequeñas cantidades, en gramos generalmente, y luego se cierra la puerta por seguridad.

—¿Qué posibilidades hay que alguien haya ingresado sin ser visto dos semanas atrás?

—¿Dos semanas atrás? Imposible. Hace un mes se hizo la última compra de cianuro, yo personalmente le he almacenado y aún no ha sido abierto. Venga señor Grew, le muestro.

La habitación era un lugar ventilado, seco y limpio. Repisas de hormigón en un diseño vanguardista que acompañaba una graciosa figura desde el suelo.

—Muy ingenioso. —comentó Alfonso.

—Y seguro ya que debe estar aislado del suelo para evitar fugas y contaminación. El diseño fue idea de Blas. —comentó orgullosa Emma. En un perchero de pared, colgaban trajes especiales y máscaras de oxígeno, en caso de fugas o manipulación excesiva.

—Se utilizan por si hay que incinerar algo, también. —aclaró Gallardo mientras le mostraba los tachos metálicos sellados a Alfonso— Es imposible que alguien tenga acceso a este lugar sin mi consentimiento.

—¿Qué probabilidades hay que otra persona haya realizado alguna recepción anteriormente?

—Solamente Blas y yo lo hacíamos. A no ser que, en la recepción anterior, él mismo haya separado una pequeña cantidad para otro fin. Eso no sabría decirle.

—El señor alto de limpieza... —recordó Emma.

—¡Es verdad!, casi omito la limpieza. Se llama Céfiro y es el encargado de limpiar los sectores peligrosos. Alto, delgado y solitario. Casi nadie lo ve porque entra muy tarde y se retira en cuanto termina. Es un hombre muy cuidadoso de su trabajo. Además, es el único que tiene la llave de la pequeña puerta al final de la habitación, por donde saca la basura contaminada para recuperarla.

—¿Cuál puerta? —dijo Grew sin poder visualizar ninguna.

Gallardo caminó hasta la pared del fondo y señaló la puerta. Era una salida invisible, cuya llave era una combinación de figuras geométricas que solo don Céfiro conocía.

—¿Podemos ubicarlo ahora para hacerle algunas preguntas y que abra este lugar?

—Ya pedimos en administración que nos faciliten la dirección. —dijo Emma.

—Está bien, gracias.

Alfonso tomó nota y algunas fotografías del lugar y otros espacios de la fábrica, mientras aguardaban noticias de don Céfiro.

Emma habilitó una sala donde el detective pudo entrevistar a algunos empleados buscando un cable suelto en toda la maraña de conjeturas. Mas de una hora después decidieron marcharse porque nadie lograba ubicar al empleado de limpieza.

—Cuando lo encuentren, por favor llámame a este número. —dijo Grew delante del oficial a la empleada de administración extendiéndole su tarjeta personal y se marcharon.

Mientras llevaba a Emma al lugar donde había aparecido la camioneta, recibió una llamada del médico forense: tenían identificado el ADN del cabello encontrado.

—Emma tengo que ir urgente con el forense, parece que hay una pista. Te llevo a casa mejor.

—Está bien. Te ruego que me mantengas informada.

En el laboratorio, Esteban tenía datos de una tercera persona en la escena del crimen.

—Por fin algo que no sea de Blas o de la pequeña Zillah. —dijo Esteban extendiendo el informe nuevo.

—¿No puede ser! —dijo Alfonso al conocer la supuesta identidad.

—Vamos a tener que hacer una toma de sangre. No podemos implicarlo hasta estar seguros. Tenemos el talle de la zapatilla. Es un 42, las huellas de la pisada coinciden con un modelo de la marca Navi.

—Está bien. Voy a averiguar si tiene ese modelo de zapatillas y vamos achicando posibilidades. Necesito otra orden del juez para que se haga la extracción de sangre.

—Avísame cuando la tengas.

Una sonrisa extraña notó Esteban en la cara de Alfonso.

—¿Todo está bien? —le preguntó.

—Sí, todo bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Nada. —Esteban se quedó mirándolo. Como si Alfonso no fuera precisamente Alfonso.

Al salir del laboratorio, un mensaje le informaba a Grew la dirección de don Céfiro. Fue de inmediato a verlo. Vivía en las afueras de San Lorenzo, en una casa humilde, rodeada de árboles. Una pequeña huerta adornaba el costado de la casa y varios perros salieron a recibirlo.

—Buenas tardes ¿Usted es el señor Céfiro Rojas? —preguntó Alfonso a un hombre alto, nariz puntiaguda, ojos grandes, rodeados de enormes ojeras marrones que le daban un aspecto macabro y misterioso.

—Buenas tardes, ¿usted quién es?

—Soy el detective Grew, uno de los encargado del homicidio de Blas Roth.

El hombre hizo un paso atrás y miró de reojo como buscando algo.

—Necesito que venga conmigo a la fábrica y me ayude a ingresar en la habitación contigua a la sala de productos tóxicos.

—¿La señora Emma lo sabe?

—¿Saber qué?

—Don Blas no quería que ella se enterara de lo que guarda allí.

La curiosidad invadió a Alfonso.

—Emma no sabe nada aún. —mintió para lograr que el hombre confiara en él— podemos ir ahora a la fábrica.

—Ahora no puedo.

—Tengo una orden para interrogar a todos los empleados que necesite. Por favor, le pido colaboración. Será sólo un momento.

El hombre le hizo una señal para que esperara y entró a la casa. Alfonso se detuvo en la pequeña huerta, elaborada prolijamente. Cada tabla estaba delimitada con un piolín y un cartel indicativo con información completa: El tipo de verdura, cuando se había plantado, cuando se debía cosechar y la cantidad de agua que necesitaba cada una. Realmente impecable. La demora comenzó a ser demasiada y Alfonso entró en la casa. Don Céfiro se había escapado. Previendo tener al culpable, llamó urgente a Pablo Reyes y a Gerardo Ocampo para que enviaran un equipo de rastreo.

—¿Por qué escaparía?

—No lo sé, Pablo. Lo único que dijo fue que Blas guarda cosas allí que Emma desconoce.

—Según mi gente, este hombre no tiene antecedentes. Es activista y protector de los animales. Seguramente tiene que haberse asustado. Vamos a darle tiempo. —sugirió Ocampo que escuchaba la conversación en alta voz— La verdadera pista está en otro lado. Me gustaría

escuchar la grabación que tiene Maia de su visita a Iván Romano.

—Ya le escribo un mensaje para que te la envíe, Gerardo. Voy a ver si encuentro a Don Céfiro.

Alfonso siguió las huellas marcadas en la tierra. No debía estar muy lejos dada su edad y las condiciones de salud que aparentemente sufría don Céfiro. Su excesiva delgadez dejaba al descubierto lo mal que se alimentaba. Un recuerdo tenue de haber visto al hombre en el funeral vino a su mente. Pero no podía confirmarlo. Un sendero marcado lo llevaba a lo que parecía una cueva. Sacó su arma de la cintura e ingresó con sigilo.

—¡Don Céfiro, no quiero hacerle daño, por favor salga donde sea que se encuentre escondido!

Sonidos de pasos pequeños se escuchaban a la perfección. Muchos, como si fueran ratas caminando por todas partes. Sacó una linterna para iluminar la cueva y jamás imaginó lo que encontraría allí. Unas diez jaulas llenas de chinchillas asustadas.

—¡Don Céfiro, le repito, salga por favor! Podemos hablar tranquilos.

En ese momento, el hombre se asomó por detrás de la última jaula. Con las manos arriba.

—Yo sólo intentaba salvarlas, no me dispare, se lo ruego por mis perros, no tengo quien venga a cuidarlos.

—No le voy a disparar, hombre, pero usted salió corriendo. Venga, salgamos a conversar mejor y me explica qué es todo esto.

Fuera de la cueva, Don Céfiro le explicó que él tenía unas chinchillas y un día que Blas fue a buscarlo porque llovía torrencialmente, las vio y allí se enamoró de ellas. Pero no de ellas en sí, sino de su piel. Y comenzó a criarlas para negociar con los peleteros ilegales.

—Miles de ellas el señor Blas mató por mi culpa. Si nunca le hubiera permitido verlas... —se lamentaba con tanta angustia que Alfonso lo podía sentir.

—¿Y qué es lo que guarda en la fábrica?

—Allí hay muchas jaulas, aún. Desde que murió, comencé a tráelas de nuevo para salvarlas.

—¿Y usted dice que su esposa no sabía nada de todo esto?

—No señor. La señora Emma desconoce el negocio de las pieles. Por favor no le diga que lo sabe. Una vez, la niña de cabello castaño vino a la fábrica y yo le regalé una. Estaba contenta de llevarla, pero su papá la descubrió y la mató delante de la niña. El señor Blas no era tan bueno como parecía.

Alfonso lo miraba. Tenía conocimiento de los malos tratos. Algo le comentaba Emma, pero su extrema amabilidad hacía que pareciera difícil de creer.

—Esta información no va a salir de aquí. Y ya veremos cómo sacamos a esos animales de la fábrica sin que Emma se entere. —Lo tranquilizó.

Al marcharse, don Céfiro regresó a la Quebrada. Se quedó entre las sombras observando el lugar donde Blas se había desangrado. Luego caminó hasta la casa de Zillah y se quedó mirando hacia la ventana que pertenecía a la habitación de la niña.

Cuando Zillah se asomó para mirar el atardecer, algo que siempre hacía desde muy pequeña, vio la sombra del hombre que le hacía una seña indicando que debía buscar algo del buzón de las cartas.

Capítulo VIII - Desglosando capacidades.

Yaco se recuperaba lentamente del corte en la pata trasera. La preocupación de Erika por averiguar quién había lastimado a su perro era bastante grande. Sacaba conjeturas con Caro sobre un vecino maltratador de animales que tenía varias denuncias en la policía por lastimar sobre todo a los gatos.

—Los que rechazan a los gatos tienen problemas e inhibiciones sexuales —leía Carolina en una revista para teens y ambas reían con picardía.

—¿Te diste cuenta que Yaco no sigue más a Zil? —preguntó Erika.

—Aunque quisiera no puede, le debe doler mucho la pata.

—Sí, probablemente pero tampoco entra en su cuarto a dormir, como solía hacer siempre.

—Zillah cambió mucho después de lo que vio. Es comprensible me parece.

—Sí, puede ser. —respondió Erika sin convencimiento de las palabras de su amiga.

—Tampoco se juntó con Iván y cuántos días pasaron, ¿diez? ¿doce?

—Era impensable que estuvieran sin verse tanto tiempo. Deberíamos preguntarle a Gastón si sabe algo.

—No creo que le interese demasiado, de ser así ya habría venido por aquí a averiguarlo, es la única amiga que tiene su hijo y sin embargo la dejaron bastante sola en esta situación.

—Es cierto. Dicen que en los malos momentos se acercan los amigos de verdad. Iván hizo justamente lo contrario.

—Iván no entiende la realidad como nosotros —interrumpió Emma— dejen de hacerse las psicólogas y terminen la tarea. En un rato me voy a la fábrica y necesito que están pendientes de Zillah. Por favor Eri, que no escape de nuevo.

—¡Si mamá y ya te pedí que no escuches tras la puerta!

—¡Escuché el final! —gritó saliendo al jardín.

Allí estaba Zillah, sentada bajo el sol, dibujando siempre.

—¿Cómo estás, Zil?

La niña asintió devolviendo una sonrisa a su madre.

—¿Quieres que vayamos a ver a Iván?

Dudó en responder y en un costado de la hoja escribió: *“Iván es malo”*

—Iván no es malo, hija, hace lo que puede con cada situación. Debe tener mucha confusión con todo lo de papá y seguramente te extraña mucho. Voy a pasar por su casa para ver cómo está, si quieres ir me avisas.

Zillah siguió dibujando como si no hubiera escuchado nada.

Los días eran difíciles para Emma, pero trataba de sobreponerse por sus hijas. Le preocupaba el mutismo de la pequeña, una fonoaudióloga comenzaría a trabajar con ella en unos días, para ayudarle a modular la voz nuevamente. La tenía un poco cansada la directora de la escuela, que intentaba señalarla como una madre ausente y desinteresada, le imponía reuniones en horarios que eran imposibles de cumplir y como no asistía, los demás padres la habían rotulado como “la madre frívola y ausente”. Por este motivo, le había pedido a Maia que intercediera entre las maestras y ella porque no toleraba más críticas acerca de cómo había decidido ser madre.

Maia se había adelantado a esta petición y tras el funeral, pidió a la directora de la escuela donde asistían las hermanas Roth, una cita para desglosar un poco más el comportamiento de ambas dentro de la institución tras la pérdida de su padre y la ausencia emocional de Emma. Agendó las reuniones con ambas maestras que también necesitaban la contención de un

profesional psicopedagogo para ayudar en el comportamiento que los demás niños podían tener frente a ellas y sus preguntas incómodas o fuera de lugar, tan comunes en la infancia. También Maia pretendía obtener información de sus actividades antes de este acontecimiento y cómo se relacionaban con sus pares.

La primera en darle una cita fue Silvana, la maestra de séptimo grado.

—Erika es una nena muy madura para su edad. Tiene instintos maternos con su hermana. En todos los recreos está pendiente, le compra golosinas, gaseosas o sándwiches. Prefiere no comer ella pero que nada le falte a Zillah. En clases es participativa, muy aplicada, diría en exceso —mientras explicaba le mostraba las carpetas y realmente tenía una prolijidad monstruosa. Jamás, en su historia como psicopedagoga había visto algo similar. La letra grande, redonda y adornada en demasía, el paralelismo de las líneas trazadas en el subrayado de las palabras— le gusta sobresalir, y eso a algunos compañeros les molesta bastante. Se siente cómoda en el papel de mando y tiene varias y varios seguidores incondicionales.

—Veo que es una maestra muy observadora.

—Estoy estudiando la licenciatura en psicología. Me apasiona observar a la gente y sobre todo a los niños.

—Ven a verme cuando te recibas. Vas a ser muy competente. Una pregunta más: ¿cómo reaccionó Erika tras el crimen de su padre?

—La verdad a todas las maestras e incluso a la directora nos pareció extraño que retomaran las clases tan pronto. Con una pérdida tan grande y violenta, realmente creímos que faltarían varios días, ¡semanas! Llegamos a citar a la mamá para decirle que se tomen el tiempo necesario para hacer el duelo, que no les computaríamos las faltas y que les acercaríamos las tareas para que no se retrasen demasiado, pero nada de eso sucedió. El martes siguiente al hallazgo del cuerpo, las niñas estuvieron en clases como si nada hubiera pasado. En el momento que entró Erika, recuerdo que todos los niños se quedaron callados, mirándola. Apoyó su mochila como siempre e inquirió extrañada, porqué la miraban todos. Le pregunté:

—¿Todo bien Erika?

Y respondió:

—¿Y porque no habría de estarlo?

Los niños me miraron intrigados por su respuesta y comencé la clase normalmente. Sólo pasaron doce días y me queda pensar: o el padre era un estorbo en la casa, o un maltratador que se quitaron de encima o esta niña tiene una capacidad extraordinaria de superar las pérdidas.

—Realmente es fuerte tu exposición, Silvana. Me dejaste sin palabras. Erika es amiga de mi hija Carolina y fuera del colegio es sumisa, tímida y muy peleadora con su hermana. Siento como si fueran dos niñas totalmente diferentes. ¿Cuál fue la respuesta de su madre cuando le hicieron saber que las niñas podían faltar sin problemas?

—Nunca tuvimos una respuesta. Creemos que no leyó el comunicado. De todos modos, tengo entendido que la directora se comunicó con ella telefónicamente. Es probable que sea quien tenga esa respuesta.

—Gracias por tu colaboración, Silvana. Cualquier cosa que recuerdes y que creas que puede sumar al estudio del comportamiento de Erika, no dudes en contactarme. —Le extendió una tarjeta personal y se despidió con un beso.

Berta, la maestra de Zillah la estaba esperando en el salón de música.

—Tengo entendido que usted es la psicóloga de la niña Roth, tras el crimen de su padre.

Esta maestra era más estructurada. Su edad elevada denotaba el tradicionalismo de su enseñanza. «Espero que no sea de las que observan poco o nada a los niños en sus conflictos

personales», pensó Maia.

—Si, mi nombre es Maia Castelló, encantada —le dijo extendiendo su mano.

—Usted dirá en qué puedo ayudarla.

—Me gustaría saber cómo ha reaccionado Zillah con sus compañeros luego del crimen de su padre y cómo la recibieron ellos tras la pérdida de su voz.

—Zillah es un pequeña muy solitaria y esquiva. No tiene amigos en la clase, sólo espera los recreos para ver a su hermana. Supongo que Silvana le habrá comentado lo raro que nos pareció que ambas se reincorporaran tan pronto luego de semejante situación. Pero, pobrecillas, tienen una madre tan particular que nada le interesa de sus niñas.

—¿Porque lo dice?

—Pues el simple hecho de no dejarlas hacer un duelo como corresponde ya dice mucho ¿no lo cree?

—Si, probablemente... ¿Cómo tomaron sus compañeros la falta de habla temporal? ¿Se burlaron de ella?

—No se burlan porque se les explicó el único día que Zillah no vino a clases. Todos estaban muy asustados por el crimen, y hablamos una hora completa del tema. Les pedí que todas las preguntas que quisieran hacer, la hicieran y vino justo para explicarles que la niña había perdido la voz tras el susto que le provocó ver a su papá muerto. Que nadie se debía burlar y así fue. Los niños entienden mejor que los adultos cuando se les explican bien las cosas.

—Exacto.

—Me gustaría mostrarle un dibujo que quedó en el banco de Zillah un día que se retiró temprano de la clase. —La maestra se paró sobre sus piernas agobiadas por las várices y el sobrepeso, y caminó hasta un armario pintado de gris, le quitó el candado, y sacó una carpeta que extrañamente también tenía candado. La abrió, buscó entre folios hasta que llegó a uno y lo sacó cuidadosamente— Una niña de diez años no especifica ciertas cosas en sus dibujos ¿verdad?

Maia tragó un suspiro y acercó una mano a su boca, tapándola preocupada. Extendió la otra para tomar el dibujo que la maestra tenía guardado celosamente. Cuando un dibujo infantil tiene estos rasgos, generalmente hay algún tipo de abuso detrás de ese niño.

—No lo puedo creer. —dijo estremeciéndose— no puede ser.

—¿Es lo que creo que es?

—Me gustaría decirle que no, pero ambas sabemos que no es así. ¿Lo puedo llevar para analizar detenidamente? Esa niña mantiene mi cabeza ocupada todo el día desde el domingo. Sospechaba de algo así, pero no podía comunicarme con ella para lograr que plasmara algo semejante. Es tan pequeña... ¿Recuerda en qué circunstancias lo dibujó? Digo, ese día ¿estaba más ausente que el resto de los días?

—Zillah “es” una niña ausente. Pero no puedo decirle si la noté más ausente que otros días. Es una niña triste. Si usted quiere llevarse el dibujo, demás está decirle que lo cuide con su vida. Como verá, tengo una carpeta bajo llaves con las cosas que observo en mis alumnos y que tienen connotaciones graves. He intentado hablar con la madre desde que lo encontré y nunca respondió a mis llamados. Ni siquiera firmó las notas que le enviamos en el cuaderno de la niña.

—Esto es tremendo. Como profesional que soy y por todo el cariño que en poco tiempo le he tomado a la pequeña Zillah, le prometo terminar de analizarlo y devolvérselo tal cual me lo está entregando. El dibujo fue anterior al crimen, me dijo ¿verdad?

—Si, más o menos un mes atrás. Zillah siempre dibuja en su cuaderno que seguramente habrá visto lleva en esa mochila de nubes turquesas.

—Si y que nunca muestra a nadie.

—Jamás. Luego de encontrar el dibujo, comenzamos con la directora un seguimiento de su escritura y de los dibujos que la señorita de Taller le indicaba hacer. Cambiamos un poco el programa para tratar que ella muestre un poco más de su interior, pero está bloqueada y siempre, benditamente siempre, dibuja al cordero que se le escapó.

—Su cordero no escapó —aprovecho Maia para contarle a la maestra— lo mató su padre para Navidad.

—¡Oh, por dios! —Berta pensaba asombrada tan alto que Maia lo percibió.

—¿Qué ocurre?

—¡Cómo que lo mató su padre! —insistió incrédula, la maestra.

—Me lo confesó su madre días atrás. Le ruego discreción por este tema.

—No se preocupe, sé que parezco una maestra desinteresada, pero le aseguro que quiero más a esos niños que a mi propia vida. La niña sabe que su padre es quien mató a su cordero.

—¿Por qué lo afirma? ¿Acaso le dijo algo?

—Al comenzar las clases, cada año, tengo una rutina de preguntas para que los niños se conozcan más y les hago pedir un deseo que sea factible de cumplirse dentro del período lectivo. Cuando fue el turno de Zillah, su deseo arrancó risas a sus compañeros.

—¿Qué fue lo que pidió?

—Ver a su padre muerto.

Maia sorprendida, se puso de pie inmediatamente, como si la frase la hubiese desestabilizado. La maestra prosiguió.

—Lo hablamos luego, a solas y la pequeña sonrió. Primero pensamos que habría sido reprendida por algo ese día y estaría enojada. Los niños suelen pensar esas cosas cuando no se cumplen sus caprichos, pero luego del dibujo, la cosa se tornó más seria para nosotros. La mamá nunca hizo caso de nuestro llamado y bueno... Recuerdo que un niño le preguntó porqué deseaba eso, y la pequeña respondió: “Porque se llevó mi alma”.

—Alma era el nombre del cordero. —comentó Maia. La maestra llevó ambas manos a su cabeza.

El corazón de Maia se aceleraba mientras las palabras de Alfonso se repetían una y otra vez en su mente: “Las únicas huellas que encontramos son las de la pequeña Zillah”, “¿Quién querría involucrar a una niña?”. Todo era confuso ahora. Maia se despidió de la maestra y manejó directo a su casa. Estaba realmente consternada por las palabras que se sumaban catastróficas en el destino de su adorada Zillah. Pero ¿cómo era eso posible? «Una niña no podría manipular el cuerpo de semejante hombre», recapacitaba dando vueltas a la situación.

Capítulo IX - Desangrados

Seis meses antes.

Erika y Zillah estaban preparando unas galletas caseras para la merienda. Era un día soleado y el aburrimiento del domingo las llevaba a compartir las artes culinarias cuando no se estaban peleando. Atrás había quedado el abandono de Pompón y Gitana, aunque la búsqueda continuaba incansable. Zillah no había renunciado a perderlos y los buscaba desde entonces, jamás había dejado de preguntar por ellos, de postear sus fotos en las páginas de la web de mascotas perdidas o de llamarlos cuando salía en bicicleta con Iván. Más de una vez habían logrado llegar hasta La Caldera con Iván, en el autobús suburbano, pero nunca más los volvieron a ver.

Emma le pidió a Blas que trajera una mascota para ella, porque sentía que su tristeza nunca iba a terminar. Ese domingo, antes de que sacaran las galletas del horno, su madre las llamó al jardín delantero de la casa.

—Papá trajo algo para ustedes.

—Si quieren saber que hay aquí, primero me dan un beso enorme justo aquí —decía señalando sus labios. Erika fue la primera. Extendió sus brazos en un abrazo enorme y besó los labios de su padre. Zillah se quedó parada, mirándolo, sin dar un solo paso adelante.

—Vamos, pequeña, ven con papá, sino no hay regalo. Ya lo sabes.

Zillah alzó los hombros aludiendo un “¡Qué me importa!” y se volvió adentro de la casa para continuar con las galletas.

Blas miró enojado a Emma y con voz alta dijo:

—¡Está bien, tú te pierdes la sorpresa, niña tonta!

Erika sonrió y Blas le otorgó el derecho a abrir la enorme caja.

—¡No puede ser! —gritó entusiasmada— ¡Zil es un cordero! ¡Zil, papá nos trajo un cordero!

Zillah escuchó a su hermana y dudó en salir a verlo. Se asomó despacio y en ese momento Blas la sorprendió detrás de la puerta, la levantó por la cintura y le dio un beso en los labios. La pequeña se limpió con fuerza, refregando su boca en el antebrazo, con una expresión de asco que llamó la atención de Emma, y luego de unos segundos de observarla comenzó a retarla por despreciar a su padre. Zillah devolvió una mirada resentida a su madre y se acercó al cordero. Enseguida conectaron las miradas. El balido de la pequeña oveja ablandó el corazón de Zillah que se arrodilló a su lado y la abrazó.

—Es tuyo, Zil —dijo Erika— yo no quiero otra mascota —y mirando a su padre fijo, regresó a la cocina.

—Como siempre digo: son unas malditas desagradecidas. No tendría que haber traído nada y era igual. —Dijo enojado, refunfuñando a Emma, subió a la camioneta y se marchó dejando una nube de polvo sobre ellas.

—Aprendan a ser más agradecidas. Pobre papá, no sabe qué hacer para que olviden a esos dos perros y lo perdonen de una vez.

Ninguna contestó. Zillah llevó a su cordero a un patio interno, alejada de los doberman y tras pensar un rato dijo:

—Es tan blanca que se parece al alma.

—Las almas no son blancas —contestó Erika.

—La mía, sí —respondió Zillah— Se llamará Alma.

Excepto al colegio, Zillah llevaba a su cordero a todas partes. Había dejado un poco de andar en bicicleta y salían con Iván y Alma a pasear por todo San Lorenzo. Todo el mundo les tomaba fotografías y pedían acariciar al cordero. Zillah se sentía orgullosa de su nueva mascota y había logrado pensar menos en el destino de los perros. Aunque no los olvidaba. Su tristeza se apaciguaba poco a poco y el corazón sanaba más rápido.

Alma crecía hermosa. A Emma le encantaba tenerla por que mantenía el pasto del jardín a ras. No era necesario utilizar la cortadora de césped. Eso sí, Alma debía estar lejos de Duska porque estaba entrenada para cazar y era peligroso dejarlas juntas, por lo que las dos niñas habían logrado hacer una cerca para protegerla de la doberman y que pudiera pastar tranquila.

Se acercaba fin de año y Blas había puesto especial interés en la pequeña oveja. Traía granos de trigo, fardos de alfalfa y avena, para alimentarla mejor.

—Don Céfiro me dijo que, si le damos de comer esto, va a sacar buena lana. Él sabe esquilar, por eso quiero pedirle que venga a hacerlo así aprenden algo más.

—¿Pero eso le hace doler? —preguntó Erika.

—Para nada. Es como un corte de cabello. Así descansa un poco del calor de este verano.

Erika sonreía. Zillah no había vuelto a mirar a los ojos a su padre hacía tiempo ya. Tampoco festejaba sus bromas y odiaba tener que prestarle atención cada vez que se le ocurría contarle un cuento por las noches, en su cuarto. Eso era algo que odiaba, pero no podía remediarlo. No sin la ayuda de su madre, que jamás interfería en las decisiones de su padre. Era tan patético....

Cuando llegó el día que vendría don Céfiro, la expectativa superaba a Zillah. Una parte de ella no quería hacerla esquilar, temía que estuviera mintiendo y le hicieran daño, y la otra parte deseaba llevarla lejos de su casa.

La imagen del hombre atemorizaba a las dos hermanas. Don Céfiro era extraño y misterioso. Como salido de una película de terror. Erika sintió lo mismo que Zillah, pero no confrontaba a su padre. Emma apareció para tranquilizarlas y las llevó a la cocina para prepararles una taza de leche chocolatada mientras les mostraba un video de la esquila.

—Cuando papá termine las llamará para que la vean.

Y así fue. Por suerte en San Lorenzo es verano para Navidad. La pobre Alma estaba toda pelada.

—¡Se ve graciosa! —dijo Erika cuando regresó tras la esquila.

—¡Pobre Almita! —se lamentaba Zillah— ¡Estas flaca! —decía entre risas al ver que la oveja estaba bien.

—Hasta creo que debe sentirse más fresca. —comentó Emma.

—Eso es seguro.

Don Céfiro se había marchado llevando la lana para hilar y ovillar. Así después podía utilizarse en tejer alguna prenda.

—¿Y cuánto tardará en tener lana de nuevo? —preguntó Zillah.

—Se esquila una vez por año. Es como nuestro cabello. Cuando la lana está lista para esquilar, se desprende sola. Como un manto sobre otra capa de lana corta.

Al día siguiente su madre le pidió que no se acercara al galpón trasero porque unos señores tenían que hablar de negocios con su papá. Y basta que un adulto le pida algo a un niño para que haga justo lo contrario.

Al llegar el momento en que vio a su padre ir para el galpón, Zillah se quitó las zapatillas, dejó encerrado a Yaco en su cuarto para que no la siguiera y caminó sigilosa hasta la parte trasera de la casa. Cuando se acercaba, escuchó que alguien forcejeaba salvajemente con un animal que

gemía extraño. Zillah no podía definir lo que percibía hasta que se dio vuelta y vio que el corral de Alma estaba vacío. Un sentimiento de espanto se adueñó de ella y comenzó a correr. Estaban lastimando a Alma, eso era lo que escuchaba. Cuando llegó, la escena era espantosa. Alma colgaba de un tronco, atada de las cuatro patas, con la cabeza colgando. Cuando Zillah llegó, logró mirar a sus ojos tan asustados que parecían salir de su pequeña carita. Emma intentó frenarla para que no llegara al animal en el momento justo que su papá clavaba un cuchillo en el cuello.

—¡Noo! —gritó desgarrada Zillah— ¡Noo, noo, nooo! —logró zafarse de las manos de su madre y corrió a abrazarla, la sostuvo con sus brazos para que no colgara, intentando cerrar la herida —¡Qué fue lo que hiciste! ¡Te odio, hijo de puta, te odio! —gritaba llena de espanto, ira, odio y repulsión a su padre que se acercaba dando trancos largos.

Una enorme cachetada sonó en la cara de Zillah.

—¡Soy tu padre y me debes respeto, atrevida de porquería!

Zillah lo escupió. Estaba bañada en sangre, Alma agonizaba en sus brazos desangrándose lentamente.

—Es tu cena de Navidad. Deberías agradecerme en lugar de escupirme.

El dolor. Nuevamente el dolor abrazaba todas las cavidades internas de Zillah. No había lágrimas disponibles para tanto. Temblaba con escalofríos que le quemaban el cuerpo por dentro. Quería tomar el cuchillo y clavarlo en el cuello de su padre. Un chillido horrible salía de la garganta de Alma. Sentía que sus manos se convertían en frías garras capaces de sacar el corazón de su padre en ese mismo instante.

Emma forcejeaba para que soltara el cordero, Erika lloraba desconsolada asomada a un costado de la pared lateral. No se atrevía a presenciar la escena desde un lugar más cercano. Erika sentía temor por Blas. Prefería hacer lo que él decía, antes de enfrentarlo.

Zillah tenía una expresión deformada en su rostro. Una mezcla de odio, dolor, y repulsión. Por primera vez la mirada de Zillah quedó vacía. Los ojos de Alma se habían llevado toda la vida de la niña. Cuando el dolor excede los límites soportados, es difícil sentirlo. El cuerpo queda anestesiado, desalmado.

La niña estaba bañada en sangre y así se quedó varias horas. Cuando Alma dejó de latir, caminó hacia el jardín trasero de la casa y se quedó en silencio, sentada bajo un lapacho de flores rosadas. Alguien la chistaba detrás de los árboles. Con la poca fuerza que tenía en su cuerpo, alzó la mirada. El hombre sombra la llamaba. Pero no fue. Sus piernas no respondían. Su mente no procesaba. Su corazón había dejado de latir.

Ese instante de silencio duró apenas unos pocos segundos. Detrás suyo, la voz potente de su padre una vez más se hizo escuchar.

—Lo que acabas de presenciar es otra lección de la vida. Ayer te enseñé de dónde se obtiene la lana con la que te hace suéteres tu madre, y hoy aprendiste de dónde sale la carne que comes todos los días. Lo lamentas de ese modo porque sentías afecto por el animal, por eso no hay que encariñarse con nadie. Es el único modo que tienes para vivir feliz sin que nada te pueda hacer daño.

Zillah no lo miraba. Tenía los ojos clavados en una rosa blanca que formaba parte del hermoso jardín que cuidaba con su hermana.

—¿Acaso tu madre no te ha enseñado que debes mirar a los ojos cuando te habla un adulto? —le dijo forzándola a mirarlo tomando bruscamente su mentón entre sus dedos índice y pulgar. Aun así, Zillah no levantaba la mirada. —Una buena paliza es lo que te hace falta, como a tu madre. Erika, sin dudas, ha salido a mí. —dijo menospreciándola y regresando donde estaba el cordero. En ese momento un grito desgarrador se escuchó desde adentro. Era Iván.

—¡Alma! ¡quien le hizo esto a Alma! ¡Almita! ¡Zillaah! —gritaba aterrado de ver semejante imagen. Hacía trotes cortos en el mismo lugar por el espanto de ver en ese estado a la oveja. Emma se acercó corriendo. Sentía absoluta responsabilidad por él y su enfermedad, ver semejante cuadro, podía traerle un brote violento hacia quien lastimó a la mascota de su mejor amiga.

—Tranquilo, Iván, todo está bien.

—¿Todo está bien, dices? ¿Todo está bien? ¡No está nada bien! ¿Quién lastimó a Alma? ¿Por qué no la defendiste? ¿Zillah? ¿Dónde está Zillah? —preguntaba mientras caía de rodillas vencido por la desesperación de la impotencia de lo irremediable.

—Saquen a este estúpido de aquí. Es lo único que me faltaba. —refunfuñó Blas que en ciertos momentos no lo soportaba.

—Eres malo. Zillah siempre lo dice, un maldito monstruo. —murmuró Iván.

—Déjame explicarte. —interrumpió Emma antes que Blas sorteara otra cachetada— El cordero nunca se quedaría aquí como mascota. Eso lo hablamos con Blas desde un comienzo. Lo compramos para engordarlo para la cena de navidad.

—No puedes comer a Alma en la cena de Navidad. ¿Qué cosas dices? ¿Acaso comerías a Duska? —lo desafió desconcertado. Blas ni siquiera lo miraba. Su sola presencia lo irritaba demasiado.

—En Navidad se ofrece un cordero en sacrificio. Es una tradición. ¿Recuerdas lo que hablamos de la bandera? —explicaba Emma intentando poner razonamiento al momento tan nefasto.

—Alma no era una bandera. —no podía fijar la mirada en el animal muerto. Estaba nauseabundo. En ese momento vio a Zillah caminar hacia los árboles, toda ensangrentanda, fuera del terreno de la casa y la siguió. —¿Por qué le hicieron eso?

—¡Jamás se los perdonaré! ¡Primero Gitana y Pompón! ¡y ahora...! —no podía siquiera nombrarla— ¡Eres un hijo de puta, te odio, te odio! —gritaba Zillah dándose vueltas hacia la casa con los puños tan apretados que se lastimó las palmas de las manos con las uñas.

—¿Quieres que lo mate? —preguntó Iván corriendo hacia ella.

—¡Es lo que más quiero en el mundo! —respondió apretando con fuerza sus dientes.

Blas caminó furioso hacia ellos, tomó a Zillah del brazo y la llevó casi arrastrándola hasta su cuarto y la encerró con llaves.

—¡Y tú, loco de mierda, te vas ya mismo a tu casa!

—Sí, me voy, pero esto no quedará así. ¡Te colgaré igual que tú la colgaste a ella!

—Disculpa, ¿escuché bien? ¿Acaso me estás amenazando?

—Es lo que estoy haciendo. ¿Quieres que lo repita? —confrontó sin temor alguno y con la misma falta de respeto con la que él se dirigía a todos allí.

—Mejor desaparece ya de mi vista.

—¿O qué?

—¡Bueno basta! —interrumpió Emma— Iván, por favor vete a casa ahora.

Iván dio media vuelta y se marchó. Caminó cerca de Erika que lloraba tanto que parecía estar ahogándose.

—¿Quieres venir a mi casa? —le ofreció Iván.

—Es lo que más quiero, pero papá va a enojarse más.

—Entonces ve a tu cuarto y quédate allí.

—Sí, es lo que haré. Adiós.

Días después llegó la navidad. La peor navidad de las hermanas Roth. Al sentarse a la

mesa, se miraron con un sentimiento desconocido hasta ese momento.

—¿Costilla o pata? —preguntó Blas a Zillah que no respondió. —¿Costilla o pata? — insistió Blas levantando el tono de voz.

—Ensaladas. —respondió Zillah.

—Costillas serán —dijo ignorando la respuesta de su hija y colocó un trozo de costilla en el plato de su hija. Emma y Erika miraban en silencio. La tensión podía cortarse con el menor suspiro. Pero Zillah había decidido no callar más. Levantó su plato y lo tiró al suelo rompiéndolo en pedazos. Luego agarró los trozos de carne colocados en una bandeja decorada con verduras y los tiró en medio de los vidrios.

—¡Nadie va a comer esta carne! ¿Comprenden? ¡Nadie! —gritó llorando y temblando por la represalia que tendría su padre con ella. Lo miró con tanta frialdad que el mismo Blas quedó en silencio. Zillah temblaba y abandonó la mesa para encerrarse una vez más en su cuarto. Aunque esta vez, la llave la tenía ella y dio media vuelta dejando la puerta trabada.

Fue la peor navidad en la historia de los Roth. Blas era un enfermo, quizás más de lo que todos decían de Iván. Pero nadie se atrevía siquiera a mencionarlo.

Iván meditaba, en su cuarto, cómo hacer posible el pedido de su mejor y única amiga.

Capítulo X - Las apariencias engañan

Gerardo Ocampo estaba siguiendo una pista sin hacer participar a Alfonso Grew. Unos papeles rotos dentro de la basura de la camioneta habían llamado su atención y dedicó un par de horas para armar el rompecabezas. Blas no había ido a Buenos Aires por la máquina para la fábrica de plástico. Se había contactado con un traficante de pieles.

«Eres un maldito traficante de pieles y animales. La fábrica es la fachada del gran negocio», pensaba Gerardo que odiaba todo lo ilegal mientras leía el documento. Contrató un dron y decidió investigar desde el aire.

Grabó imágenes donde se podían ver, a lo largo de un pasillo unas cincuenta jaulas, «que seguramente están encimadas, por lo que debe tener el doble, como mínimo», pensaba. Nada coincidía con el perfil del hombre que Gerardo Ocampo conocía. Blas Roth parecía un hombre sencillo, amable y sobre todo buena gente. Pero las apariencias engañan y estaba más que seguro que su muerte tenía que ver con esto.

«Lo extraño es el cabello hallado en la cabina...». La idea daba vueltas en su cabeza. «No puede ser él», pensaba convencido que esa prueba había sido plantada.

En las imágenes recogidas por el dron apareció don Céfiro. Aparentemente alimentando a los animales en las jaulas. Gerardo decidió montar guardia esa noche y esperar que el hombre saliera de su trabajo. Eran las dos de la madrugada.

—Disculpe, necesito hablar un momento con usted— interceptó Ocampo. Don Céfiro se asustó primero y luego de ver la placa que le mostraba el policía, no tuvo más que detenerse y responder:

—Buenas noches, oficial, en qué puedo ayudarle.

—Soy Gerardo Ocampo y estoy al mando de la investigación por el crimen de Blas Roth. Necesito saber qué hay en las jaulas, detrás de la fábrica, supongo que no guardan las bolsas allí... —dijo en tono de broma.

El hombre se sorprendió que tuviera esa información y dudó en responder. Se quedó en silencio, dándole vueltas al tema dentro de su cabeza, hasta que decidió hacer lo correcto.

—Don Blas criaba chinchillas. Yo sólo vengo a alimentarlas.

—¿Chinchillas? ¿Puedo verlas?

—Sí, señor, ya le muestro.

Don Céfiro era enemigo de los uniformes. No por sentirse perseguido ni nada que se le parezca, sino porque consideraba que hacían poco para controlar como se debía. Cuando ingresaron por la puerta donde se guardaban los líquidos peligrosos, Ocampo advirtió:

—¡Aquí guardan el cianuro! ¿Usted sabe para qué se utiliza semejante veneno aquí?

—Por lo poco que escucho, limpian algunas matrices y también lo utilizan para hacer un colorante azul.

Ocampo reflexionaba rascando su barbilla.

Al atravesar la puerta trampa, un pasillo con tres filas de jaulas encimadas podían apreciarse abiertamente.

—Ciento cincuenta jaulas —dijo en voz alta.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó asombrado por la rápida exactitud del conteo.

—Años de experiencia —respondió Gerardo sin hacer mención del dron que había estado vigilando. — Están limpias y bien cuidadas.

—Porque están a mi cuidado. —dijo orgulloso don Céfiro. — Siempre estuve en

desacuerdo con que las matara, por don Blas era estricto con sus clientes. ¿No habló con el detective Grew? Estuvo en mi casa hace dos días.

Ocampo no sabía nada. Alfonso no había mencionado tal visita, pero simuló saberlo para no confundir al hombre.

—Si me comentó, por eso en realidad quise venir a verlo. Me dijo que es difícil dar con usted.

Don Céforo sonrió.

—¿Usted sabe a quién le vendía la piel?

—No señor. Solo me limito a hacer mi trabajo. No pregunto nada más allá de lo que me corresponde.

—Ya veo. —Caminó despacio observando cada jaula. Tenían etiquetas plásticas con números prendidas de sus pequeñas orejas y una cubeta con restos de un polvo blanco. —¿Qué diablos es este polvo?

—Es polvo de mármol. Se utiliza para que las chinchillas se den un baño en seco. Les deja el pelo más suelto y brillante.

—¿Y la señora Emma continúa con el trabajo ahora?

—La señora no sabe nada de este negocio. El señor me tenía prohibido hablar con nadie de esto. Usted, ¿cómo supo de las chinchillas?

—Soy policía, no lo olvide.

—Parece de los buenos.

—Trato al menos de serlo. Entonces ¿Cómo piensa continuar con esto?

—No las quiero vender. Odio a los tipos que matan animales para quitarles la piel. Realmente los desprecio.

Ocampo prestaba especial atención a los sentimientos expresados hacia Blas.

—Las voy llevando para mi casa. Encontré un veterinario que las puede reubicar en la naturaleza. Me dijo que se las llevan para Los Andes, por el norte de Chile y Perú. Las voy a devolver a todas, pero por favor no me lleve preso.

Ocampo sonreía ante la confesión del buen hombre.

—No voy a llevarlo preso por eso. Es muy noble lo que está haciendo por esos animales. Si quiere ahora mismo le ayudo a sacarlas todas y se las llevamos a ese veterinario amigo suyo.

Don Céforo no entendía bien lo que estaba ocurriendo, pero le agradó la idea de salvarlas a todas.

—Este negocio nunca existió... ¿verdad?, digo, es una fábrica de polietileno no un criadero de chinchillas.

—Así es, señor. Don Blas no quería que nadie sepa de esto. Ni la señora Emma. Cobraba mucha plata.

—¿Y le pagaba bien a usted?

Don Céforo soltó una risa fuerte e irónica.

—El señor Blas no paga por un negocio que no existe.

—Y ¿por qué se quedó?

—Nadie le da trabajo a un tipo como yo, señor Ocampo.

Gerardo se quedó sin palabras, mirándolo. Luego de unos segundos de silencio, le dijo:

—Vamos entonces que le ayudo a sacar los animales de allí.

—Hoy no, señor. La fábrica de poliestireno no descansa hasta el sábado por la noche. Se apagan los motores hasta el domingo. Entonces sí podemos hacer lo que usted quiere. Ahora está uno de los empleados más fieles a ellos, no sería recomendable si quiere mantenerlo en secreto.

—Está bien. Entonces nos encontramos aquí el sábado a la medianoche ¿le parece?

—Si señor. Aquí voy a estar.

Don Céfiro se quedó acomodando las jaulas, descartando en un rincón las vacías para hacer más fácil el traslado definitivo.

—Al fin van a ser libres. —les decía mientras las acariciaba jaula por jaula. Sentía alegría por ellas.

Ocampo buscaba entre todos los datos del caso, la conexión de este negocio con su muerte.

—Por el modo de colgarlo, es casi seguro que el asesino tenga relación con este negocio. Son mafia por donde se los mire. Pero ¿qué pasó en realidad? Quizás quedó algún pago sin cubrir o prometió más pieles de las que posee. —reflexionaba en voz baja mientras regresaba al departamento de policía.

Leyó todos los informes una vez más. El hecho de que Alfonso no haya hablado del tema lo inquietaba bastante. También había notado, la última vez que lo vio cuando encontraron la camioneta, que escondía algo en la cabina. Le preguntó al oficial que encontró el cabello, si había notado algo extraño y le respondió:

—Cuando Grew ingresó a la camioneta y me vio llegar, me pareció ver que guardó rápido algo en el bolsillo trasero del pantalón. Supuse que podía ser el celular y la verdad no le presté demasiada atención. ¿Por qué lo menciona?

—Por nada específico. Tenemos que prestar más atención a lo que hace. Algo me está molestando de su proceder. ¿Encontraron algo más?

—No por ahora, señor.

En ese momento, escuchó que Grew ingresaba a su oficina. Eran las tres de la madrugada, un horario extraño teniendo en cuenta que no le tocaba hacer guardia esa noche. Salió para sorprenderlo.

—¡Alfonso! ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

—Buenas noches, Gerardo. No puedo conciliar el sueño y siento que pierdo tiempo tirado en la cama sin hacer nada. Y tú, ¿Qué haces por aquí?

—Estoy de guardia hoy. También decidí volver a leer todos los informes para tratar de dilucidar algo. —Entonces Gerardo decidió hacer un comentario para comprobar la veracidad de los datos de su compañero— ¿Sabías que la fábrica es la fachada de un negocio paralelo?

Alfonso se sorprendió por la pregunta, pero respondió:

—Si. El día que le pedí a Emma que fuéramos a la fábrica para hacer preguntas sobre quien manipulaba el cianuro, me encontré con la puerta “invisible” detrás del gabinete de líquidos peligrosos. ¿Crees que el homicidio tenga que ver con las pieles?

—Estoy casi seguro. De ser así, no me cierra la muestra del cabello perteneciente a Iván Romano. Probablemente el cabello estuvo allí porque el chico es amigo de la hija y Blas pudo haberlo llevado en algún momento. No lo sé. También me dejan pensando las palabras que utilizó en la grabación que me hizo llegar Maia. El hecho de llamarlo “monstruo” o “demonio” y que él la ayudó a quitar algunos de la tercera habitación. Eso es extraño.

—Esa confesión es toda extraña.

—¿Conoces a don Céfiro?

—Lo conocí cuando buscamos al hombre encargado de abrir la puerta invisible. ¿Por qué lo preguntas?

—¿No te pareció extraño? Digo, odiaba el negocio de las pieles y Blas no le pagaba un centavo por ello.

—Ese dato no lo tenía. ¡Cómo que no le pagaba! ¡Qué miserable!

—Se aprovechaba de su apariencia. Percibí bastante odio en ese hombre hacia Roth. El tiene bastantes motivos para hacer algo así.

—Y no es para menos. Le tomamos las huellas y no aparecen por ningún lado. Si bien el asesino utilizó las falanges...

—Aun no entiendo quien plantaría el cabello de la niña allí. —reflexionaba Gerardo— Si el fin era despistar, lo ha logrado, pero no por mucho tiempo. Debemos pensar en las personas cercanas a ella, que pudieran hacer algo semejante.

—El único que viene a mi mente es Iván Romano.

—También lo pensé, a no ser que la niña no tenga idea que alguien le cortó el cabello. Tiene mucho y no creo que un mechón menos llegara a notarse. ¿Podrías pedirle a Maia que le hablara del tema? ¿Qué tal si su amigo le pidió que se cortara un mechón y se lo obsequiara?

—Si, lo voy a conversar con ella, pero no veo porque pediría algo así.

—Para despistar. No lo sé. Debemos descartar todas las posibilidades. Es un caso extraño. Todos lo amaban, pero al parecer a nadie le caía del todo bien. El sábado por la noche le prometí a don Céfiro ayudarlo a evacuar todas las jaulas. ¿Quieres venir?

—¿Es lo que acordaron? Cuando fui a interrogarlo a su casa, me mostró una cueva donde las tiene escondidas. No tengo idea el alcance ni la peligrosidad de la gente con la que trabajaba Roth, pero el negocio peletero ilegal es de lo peor que hay. El hombre tiene miedo de ser visto y se está aliando con nosotros para poder salvarlas. Me dijo que un veterinario las puede reubicar en su hábitat.

—No llegamos a hablar tanto, pero es muy noble su proceder. Definitivamente quiere mucho a los animales.

Con todas las declaraciones de Alfonso, Gerardo quedaba más tranquilo de la integridad de su compañero. Pero faltaba algo. Podía presentir que ocultaba información. Ocampo tenía olfato de viejo sabueso y rara vez se equivocaba.

Capítulo XI - El reencuentro

Por los pasillos agrietados y sombríos de la mente de Zillah sangraban la soledad y el miedo, sembrados por las amenazas del hombre sombra y la ausencia de su mejor amigo Iván. Era injusta su desaparición tras los hechos ocurridos.

«Tal vez no me quiere más», pensaba a menudo Zillah.

Se sentía desprotegida. Iván era el único en quien ella confiaba sus secretos, además de la tercera habitación. Y el hombre sombra era cada vez más visible. Él sabía todo y ella debía callar eternamente. Cada vez que caminaba hacia la escuela, el hombre la seguía. Un vago recuerdo le traía a uno de los empleados de la fábrica, pero no recordaba bien a cuál de ellos. De todos modos, no podía decir nada o su hermana saldría lastimada, y luego su madre. Seguían los encuentros con Maia y la fonoaudióloga. Ambas descosían sus neuronas tratando de interpretar los acertijos de Zillah para que la pequeña recuperara el habla.

El paso de los días se volvía asfixiante, sentía la presión de su entorno por hacerla hablar y la de su madre por saber hasta cuando iba a callar. Todo se había vuelto extraño. Un par de tazas usadas por Blas antes del crimen quedaron intactas en la cocina. Nadie se atrevía a cambiarlas de lugar o al menos guardarlas donde siempre habían estado. Aquellas tazas eran testigos del paso de Blas por esta vida y guardarlas significaba aceptar que no estaba más. Erika era la única que se oponía a sacarlas de allí.

Yaco esquivaba a Zillah cada vez más. Cuando la pequeña pasaba por su lado o lo llamaba, él metía la cola entre las patas y se quedaba quieto, en actitud temerosa y sin quitar sus ojos de encima. Si decidía salir en su bicicleta, no la seguía como antes. Se quedaba sentado en la galería, mirando como se marchaba.

—Una de las cosas que me llama la atención es la actitud del perro con la nena. —dijo Maia a Alfonso— Es muy extraño que no la siga más, ¿no crees? Siente miedo cuando ella se acerca. ¿Sabes algo de eso?

—No, pero es probable que se haya asustado mucho, no olvides que estaban juntos cuando regresó herido.

—Me preocupa que Zillah sienta que hasta el perro la dejó sola en su peor momento. Me molesta que Emma no se de cuenta de lo que le pasa, que la ignore tanto. Es una madre muy fría.

—Es muy reciente todo, querida. El tiempo debe pasar para que recuperen los afectos antiguos entre ellas.

—Hoy tengo que ir a verla. Siento mucha impotencia por no poder lograr que me entregue el cuaderno.

—Ese cuaderno no es más que un montón de tonteras de niña. —dijo restándole importancia— Estás pendiente de lo que escribe o dibuja allí, gastando neuronas en algo que no creo sea relevante.

—Definitivamente no sabes nada de niñas. Es la edad justa para confiar más en las hojas de un diario íntimo que en cualquier otra cosa o persona. ¿A qué hora te vas hoy?

—Salgo en un rato. Tengo que ver a Ocampo. Maia... tengo que decirte algo que seguramente no va a gustarte.

—Dime.

—Encontraron un cabello en la cabina de la camioneta y pertenece a... —tragaba saliva porque sabía que la noticia le dolería mucho.

—¿A quién?

—A Iván Romano.

—¿Me estás diciendo que Iván es el culpable de lo que le pasó a Blas? Un simple cabello no dice nada, teniendo en cuenta que más de una vez Blas lo llevó en la camioneta.

—Lo sé, pero apareció también una huella de la misma talla que él tiene y aparentemente las marcas dejadas por la zapatilla, son de un modelo de Navi que encontraron en la casa.

—¡Es imposible!, te pido por favor que no lo detengas ni hagan nada hasta que yo vea los informes y hable una vez más con él! ¡Por favor! Es uno de mis pacientes más queridos y difíciles. Debe haber una explicación para todo. ¡No hagas que mi trabajo de veinte años quede hecho añicos por una simple suposición! —Maia estaba angustiada y enojada.

—No es una suposición, hay pruebas.

—¿Puedes esperar, por favor?

—Lo frenare mientras esté en mis manos hacerlo. No olvides que tengo encima a Ocampo.

Sin poder creer nada de lo que decía su esposo, salió hacia la casa de Gastón apurada. Querían inculpar a una persona con discapacidad psíquica y el verdadero responsable quedaría suelto.

Como muy pocas veces, en la casa no había nadie. Luego marcó su número, pero no atendía la llamada. Se puso más nerviosa aún. Llamó a Emma.

—Emma, tengo que regresar más temprano al consultorio, ¿será posible que vaya ahora a ver a Zillah? Necesito adelantar la sesión —Preguntó porque quería pasar la agenda para liberarse rápido y poder hablar con Iván y Gastón, antes que su esposo.

—A ver espera que le pregunto porque estaba haciendo tareas de la escuela.

Zillah se puso contenta. No tenía ningún programa mejor que ver a Maia un rato antes. Amaba estar con ella, sentía que era la única persona que podía llegar a entenderla. Emma confirmó la visita.

—Gracias, en quince minutos estoy por ahí.

Maia tenía demasiadas hipótesis en su cabeza. La posibilidad de que Zillah haya intervenido en el homicidio le parecía absurda, pero la maestra había sido muy clara y el dibujo de la pequeña dejaba ver que sufría abusos y maltratos.

—De dibujar un maltrato a cometer un crimen, hay un largo camino, más en una niña. —murmuraba mientras preparaba todo para llegar a tiempo.

A eso se le sumaba Iván, que, con su enfermedad, sufría alucinaciones que podían o no relacionarse con Blas. Era sabido que no quería mucho al papá de su mejor amiga porque éste se oponía a dicha amistad por la diferencia de edades entre ambos, entre otras cosas. Pero nada tan complejo como para pensar que él podía ser el asesino. En ese momento recordó una reacción de Iván en una de las pruebas de violencia y soltó una sonrisa:

“La prueba consistía en colocar un animal pequeño, cerca de él y observar su reacción. La psicóloga compañera de Maia había quedado en llevar un ratón, pero lo olvidó y mientras estaba lavando sus manos en el baño del consultorio, una cucaracha apareció caminando lento debajo de ella. La encerró en un frasco y la soltó cerca de la silla donde estaba sentado Iván. Cuando detectó al asqueroso insecto, se paró alerta sin quitarle los ojos, totalmente concentrado, y caminó hacia ella, levantó al insecto entre sus manos, corrió el mosquitero de la ventana y la liberó como si fuera una mariposa. Tanto Maia como su colega quedaron sorprendidas por la reacción.

—¿Quién liberaría una cucaracha? —preguntó su esposo cuando ella le contaba la anécdota.

—Iván Romano.

Quedó anotado en el informe de violencia como el único ser que respetó la vida de una

cucaracha. Ese informe hizo historia.

Regresó con el pensamiento hacia las dos personas cuya responsabilidad mental incidía en su análisis, y estaban implicadas en el horror mismo. Tenía el deber de ayudarlas con urgencia antes que los inculparan injustamente. El tiempo se le acortaba, lo sabía, pero a su favor tenía a Alfonso que seguramente la ayudaría a salvarlos.

—¿Cómo estás, hermosa? —le pregunto a Zillah cuando abrió la puerta. La pequeña se colgó de un abrazo interminable que emocionó a Maia— Ven vamos a conversar, te traje un chocolate. —Se iluminó su carita cuando vio que era su favorito.

La niña, esta vez, no fue con su psicóloga al living, donde solían tomar las sesiones cada vez que se encontraban en la casa. Esta vez le tomó la mano y la llevó a su habitación. Maia miró a Emma esperando la aprobación de lo que ocurría y ésta asintió. Al entrar al cuarto, Zillah cerró la puerta y la hizo sentar en los pies de la cama. Ella se sentó en el escritorio, esperando que le dictara los ejercicios que solía traer su psicóloga y que tanto disfrutaba.

—Hoy no haremos ejercicios escritos. Necesito que hablemos. Han pasado demasiadas cosas, cosas que ya conoces y que aún lastiman dentro tuyo, pequeña. Me encantaría saber con quién compartes tanto, porque no es bueno soportar mucho dolor en soledad y menos a tu edad. — Le decía dulcemente mientras se acercaba y peinaba su cabello— Sabes que puedes confiar en mí, Iván lleva muchos días sin aparecer y no creo que todo lo puedas plasmar en tu cuaderno.

La niña tomó la lapicera y rápidamente escribió: “*Diario*”, corrigiendo a Maia. Por unos minutos de quedó mirándola, inmutable, inmóvil. Esperaba una respuesta o tal vez una pregunta, algo que la sacara de aquella situación que perduraba más que el incómodo silencio de una reunión con desconocidos. Por fin Maia dijo:

—¿Alguien te está persiguiendo?

Zillah, sin disimular su expresión, negó aturdida con la cabeza.

—Te pido por favor que no me mientas, sólo intento protegerte. Recuerda que trabajo contigo, no en contra de ti.

Zillah la miraba con muchas dudas. Quería contarle del hombre que la tenía amenazada, pero estaba segura que Maia le diría a Alfonso. Y Alfonso al resto de los policías, y si el hombre se llegaba a enterar que había hablado, su hermana sería la próxima víctima. Entonces calló una vez más. En ese momento alguien tocó el timbre de la casa. Dos veces seguidas. Zillah se puso nerviosa. Era el modo de tocar el timbre que tenía Iván cuando la venía a buscar para salir a andar en bicicleta. Se levantó de la silla con un salto y se asomó por la ventana. ¡Era él! Su amigo al fin había decidido visitarla. Los nervios abrazaron fuerte su estómago y se estremeció en un escalofrío.

—¿Quién es, Zillah?

La pequeña la miró solamente y Maia se dio cuenta que se trataba de Iván.

—¿Quieres que bajemos a saludarlo?

Demoró en asentir, pero al fin, con una gran sonrisa, lo hizo y justo en ese momento, alguien tocaba con dos golpes la puerta de la habitación.

—Zil, vino Iván a verte. ¿Quieres bajar a saludarlo? —dijo Emma interrumpiéndolas.

Zillah empujó suavemente a su madre para abrirse paso y corriendo llegó donde estaba su amigo del alma. Maia la siguió, necesitaba ver las reacciones de ambos.

—¿Cómo están? —saludó Maia a Gastón y a Iván.

—¡Maia, no esperaba verte por aquí! —dijo Gastón.

—Hace una hora estuve por tu casa. Cuando puedas, avísame, necesito hablar contigo.

—¿Pasó algo malo? —preguntó Gastón presintiendo la voz temblorosa de Maia.

—Luego hablamos.

Zillah estaba parada frente a Iván sin quitarle los ojos de encima, esperando un abrazo o alguna reacción de su amigo. Hasta que Iván se animó a hablar:

—Hola Zil, estábamos en casa aburridos y se nos ocurrió que quizás te gustaría ir con nosotros a tomar un helado. Hace mucho que no salimos juntos. No es obligación, está bien si no quieres, pero sería lindo que vinieras. —En medio de ese ataque de verborragia nerviosa que se había apoderado de los sentimientos de Iván, Zillah le tomó la mano, actitud que solía tranquilizarlo, y asintió con la cabeza. Todos a su alrededor podían sentir la felicidad que tenía la niña. Los ojos parecían haberse colmado de estrellas, lo mismo le pasó a Iván cuando sintió el calor de la mano de su amiga.

—Zillah estás terminando tu turno con Maia si quieres...

—... no hay problemas, Emma, si quiere ir por el helado, qué mejor opción, ¿verdad pequeña?

Zillah sonreía asintiendo.

—Los llevo por el helado y luego a jugar un rato a la plaza. Iván necesita hablar con Zillah. —informó Gastón el itinerario pensado.

—Está bien —dijo Emma— ¿Quieres cambiarte de ropa?

—¡Así estás preciosa! —opinó Iván acomodando un mechón de su cabello detrás de los hombros.

Zillah le dio un beso a Maia y con una seña le hizo entender que seguirían más tarde. En ese instante y por primera vez, Maia vio felicidad en su cara. Mucho tiempo llevaba sin presenciar algo tan maravilloso como el amor en su estado más puro. Dos amigos, tomados de la mano, reencontrándose tras vivencias terribles.

«¿Existe algo más maravilloso?», pensaba Maia mientras los miraba caminar hacia la heladería.

—Voy por mi cartera. —dijo Maia a Emma señalando el cuarto de Zillah. Cuando entró se dio cuenta que la niña había olvidado su mochila de nubes turquesas, encima de la cama. Primero atinó a levantarla y correr para entregársela, pero reaccionó y se dio cuenta que por fin podía saber lo que escondía la niña allí. Se sentó en la cama, al lado de la pequeña mochila blanca con nubes turquesas, y clavó sus ojos en ella, pensando si debía abrirla o no. La tomó entre sus manos dudando cada vez más en lo que era correcto hacer, hasta que finalmente lo hizo. Nerviosa, como si hubiera entrado a robar un banco, miró adentro. Se dio cuenta que guardaba demasiadas cosas como para echar un vistazo simple y nada más. Un cuaderno, un diario cerrado con candado, una pequeña caja plástica y varios objetos sueltos entre los que podía ver el cortapapeles, un sello, lápices, crayones, pedazos de tela y un anillo. No quería ser interrumpida por Emma, que en breve se asomaría a ver lo que estaba haciendo, y sin dudarle metió la pequeña mochila dentro de su holgada carretera y salió apresurada de la habitación. Emma estaba preparando café en la cocina, cuando la escuchó bajar.

—¿Quieres un café?

—Uno chico, por favor. —Aceptó y al segundo se arrepintió de hacerlo. ¿Y si Zillah decidía regresar por su mochila? Se puso nerviosa y Emma pudo notarlo.

—Estaba tan emocionada mi pequeña que no quise dejar que se fueran sin ella. Perdón si las interrumpí, pero creo que Zillah necesitaba salir con ellos.

—Tampoco te lo hubiera permitido. Es lo que más necesitaba, extraña mucho a su amigo y es lo mejor que le pudo haber pasado hoy.

—¿Crees que volverá a hablar?

—Estoy segura de eso. No tienes que presionarla. Cuando te enojas, siempre le dices que hable, y eso la hace sentir mal.

—¿Ella te lo dijo?

—Sí, lo escribe cada vez que iniciamos una sesión. De hecho, es lo primero que hace cuando llego. O me cuenta que Erika no le cree que esté muda.

—Erika piensa que se hace la muda. Cosas de hermanas.

—Sin dudas. ¿Hablaste con ella para saber porque piensa que Zillah se hace la que no puede hablar?

—Se lo pregunté ayer y me dijo que la vio hablar con Yaco.

—¿Con Yaco? ¡Qué graciosa Erika! Lo que debe haber visto es que module las palabras como antes, pero sin emitir sonido. De todos modos, es pequeña para sostener algo así. En algún momento tendría que haber respondido sin darse cuenta que lo hacía. No es fácil mentir que uno es mudo. Me parece.

—Estoy de acuerdo contigo. Erika le tiene celos a su hermana porque su padre siempre le dedicaba más tiempo a Zillah con los cuentos antes de dormir.

—Ahora entiendo porque habla a veces con Caro de ese tema. Los hijos siempre pasan facturas a los padres por querer más a uno que a otro. Por suerte tengo una sola. —comentó a modo de broma.

No era muy cómodo para ninguna estar a solas conversando. Emma no sabía con certeza si Maia alguna vez se había enterado de su historia con Alfonso. A pesar de lo que él le afirmaba, ella estaba segura que Maia tenía total conocimiento de la infidelidad de su esposo, pero no decía nada para no confrontar a las familias por la amistad que unía a Erika con Caro. Por otro lado, Maia, en su entereza y orgullo, jamás se lo dejaría saber.

—Exquisito el café. Gracias Emma, aprovecho para llegar antes al consultorio así termino unas cosas. Llámame cuando Zillah quiera que continuemos la sesión de hoy.

Maia caminó apurada a su coche. Necesitaba marcharse antes que Zillah se diera cuenta que había olvidado la mochila por la emoción que le provocó el reencuentro con su amigo, y decidiera regresar a buscarla.

En su consultorio dejó trabada la llave y le quitó el volumen a su celular. Sus manos temblaban como si tuviera entre sus manos una serpiente venenosa en vez de una simple y pequeña mochila. Sentía que estaba haciendo algo incorrecto. Y era así. Estaba violando la propiedad privada de un paciente. Pero no tenía otra alternativa, debía hacerlo, porque de otro modo, jamás lograría averiguar lo que guardaba Zillah tan celosamente dentro de ella.

Se colocó guantes de látex y al abrirla, leyó en el costado superior izquierdo, por el lado de adentro de la tela, un letrero escrito con fibra: “La tercera habitación”.

«Es lo que mencionó Iván, es el nombre de la mochila. Muy ingeniosa.», pensó sonriendo para sí.

Primero sacó la caja de plástico. La tapa cerraba ajustada. Intentó varias veces haciendo fuerzas con las manos, pero tuvo que ayudarse con la punta de un cuchillo para poder abrirla. Encontró un pedazo de tela ensangrentado. Parecía tela de camisa.

«¿Será la camisa que tenía puesta Blas aquel día?», pensó.

Un alicate para cortarse las uñas y un frasco chico con una pequeña cantidad de líquido transparente, que parecía agua y un papel de notas arrancado de alguna agenda, con un dibujo extraño: una persona desprendiéndose de otra por la espalda, sin ojos ni nariz, con un grito dibujado en la boca. Realmente era abrumador sabiendo que lo había dibujado alguien tan pequeño. Abrió el frasco y olía a almendras rancias. «Esto se está pudriendo aquí», pensó

llevando rápidamente la cabeza hacia atrás. Dejó todo de lado, acomodó lo que había sacado de la caja plástica y tomó una fotografía.

Dentro de la mochila quedaba un cortapapeles. Fijó su atención en la hoja metálica y se dio cuenta que tenía restos de sangre seca en el filo y lo tiró con impresión al suelo. Temblaba. Luego de unos minutos de mirar el objeto confundida y negando lo que tenía frente a sus ojos, decidió levantarlo y apoyarlo en la mesa. Tomó una muestra con un hisopo y lo guardó en una bolsa de prueba. Sacó otra foto. Nunca había vivido nada similar en toda su carrera. Comenzaba a transpirar y su corazón se aceleraba. Acababa de descubrir un quiebre en la mente de Zillah y sentía culpa por no haber ayudado antes, por no haberlo detectado. La excesiva presencia de abusos estaba contenida dentro de aquella mochila. Sin revisar todo podía sentirlo y ahora debía terminar de ver lo que su pequeña paciente le estaba mostrando sin siquiera sospechar que lo hacía.

Sacó el cuaderno. Maia transpiraba. La primera página estaba cubierta de rayones con lapicera negra. Tenía impreso tanto odio en el trazo que por partes había logrado romper la hoja. No se podía ver lo que había debajo. El objetivo de los rayones era justamente ocultarlo. Puso la hoja tras luz, pero era imposible lograr ver algo. Continuó con las demás hojas. Una figura fantasmagórica, sin pies, se repetía en casi todos los dibujos, con una boca derretida y oscura y ojos blancos que miraban en distintas direcciones. Dibujaba ojos, muchos ojos por todas partes, grandes y pequeños, de diferentes colores, mirando siempre al frente. Bocas grandes en la parte superior de la hoja, con dientes puntiagudos, como si alguien le gritara hasta aturdirlo. Personas cortando sus extremidades, bocas que lanzaban vómitos de diferentes cosas. Algunas eran vómitos de palabras dibujadas en rojo, como si estuvieran sangrando, en otras el vómito se transformaba en trozos de personas desmembradas. Las últimas hojas, en cambio, mostraban bocas cosidas, labios borroneados. Algo impedía que hablara. Era verdaderamente un espanto. Jamás se hubiera podido imaginar tanto dolor en Zillah, tanto silencio y tantas distorsiones de emociones básicas. Temía estar frente a otra víctima de esquizofrenia.

«¿Será, tal vez, que Iván ha llegado a imprimir en su mente, la esencia de su enfermedad e inconscientemente Zillah lo refleja en sus dibujos?», pensaba e inmediatamente sacudía la cabeza negando su propio pensamiento.

Otro dibujo que repetía era el de una niña dentro de una jaula de pájaros, con sus manos atadas a cuerdas que sostenían cuatro aves libres intentando hacerla volar. También había dedicado hojas enteras al diseño de cajones de muertos, cruces invertidas y ojos, en cada rincón del cuaderno se encontraban ojos. Los dibujos eran asombrosos, con una definición impecable para la corta edad de Zillah. Quizás eso era lo que los hacía maravillosamente terroríficos.

«El mundo está lleno de gritos que nadie escucha o los que somos capaces de escucharlo, llegamos indefectiblemente tarde», pensaba mientras continuaba mirando el cuaderno. Casi al final había dibujado a Blas. Un cuerpo colgado de pies y manos, un chorro de sangre saliendo grotescamente del cuello, ramas como si fueran látigos, alrededor del cuerpo, un grito desde su boca que decía: “*Perdón Zillah, no lo volveré a hacer*”, una placa sepulcral que decía *R.I.P.* y debajo “*H.D.P. al fin no me contarás tus sucios cuentos por las noches*”

Consternada y nauseabunda caminó hasta el baño del consultorio y se sentó en el inodoro con la presión baja, descompuesta de los intestinos. Comenzó a llorar, sentía culpa por no haber visto antes todos los abusos. Sentía asco y se culpaba por las noches en que había permitido a su hija Carolina quedarse a dormir en la casa de semejante bestia. Tenía que hablar urgente con Caro. Sentía culpa y ganas de saciar la ira en sus manos con alguien que ya no existía. Necesitaba más fuerzas para poder leer el diario. Si tenía candado era probable que las cosas allí se tornaran un

tono más profundo que la propia oscuridad. Pero primero se tomaría unos minutos para digerir tantos sentimientos ultrajados. Había tenido pacientes complejos, pero nunca en extremo como era este caso. Entender la fortaleza de Zillah para sostener una sonrisa junto a tantos abusos, era el concepto que no lograba fijar en su consciente.

“El hombre sombra te observa mientras duermes, se transforma en tus demonios y te ahorca para que no digas nada, porque no puedes despertar a los ángeles. Él vive en el bosque, entre las telarañas de mi mente y se va cuando repites que el amor siempre termina en odio y muerte”.

Este texto parecía ser una canción. Estaba decorado con notas musicales y claves de sol. Todo era macabro y nada tenía que ver con la inocencia que debía haber en los dibujos y las palabras de una niña de diez años.

Caminaba en círculos por el consultorio, los círculos que dibujaban en su cabeza un camino sin salida. No podía dejar de pensar en cómo salvar una mente tan maltratada. La muerte de su acosador era un alivio, sin dudas. Pero las relaciones de Zillah, a lo largo de su vida, se verían alteradas por las vivencias de su infancia. Estaba enojada consigo misma. No lograba comprender el modo en que Blas había engañado a todos con su comportamiento y su cara de niño de buena familia. Por donde se lo mire, era un caso para el espanto. Maia respiró profundo tomando fuerzas para seguir con la lectura.

Capítulo XII - La salida inesperada.

Zillah tenía la alegría desbordando por todo su cuerpo. Caminar al lado de su amigo nuevamente era lo que más había esperado los últimos días. Gastón los llevó hasta la heladería Del Bosque, donde hacen los helados más ricos de todo San Lorenzo. Eligieron los sabores y se sentaron en las mesas que formaban una hilera frente a una hermosa fuente de aguas coloridas. El día estaba espléndido y el sol de otoño calentaba lo suficiente como para disfrutarlo con un helado.

—Espero que no estés enojada conmigo, Zil. Es difícil esta situación porque nunca tuve una amiga a la que se le muriera el padre... de hecho eres mi única amiga —dijo Iván mirándola con la más cruda franqueza. —No sé cómo se mira a un muerto en el cajón, me asusta que se queden tan quietos, por eso no fui...

—Iván, ya está. —interrumpió Gastón para que dejara de soltar palabras que podían lastimar a Zillah— Vinimos a pasar una tarde tranquilos y a relajarnos un rato.

—Sí, perdón Zil. —se disculpaba con palmadas en la espalda.

La niña hizo una seña con la cabeza dejando ver que todo estaba bien.

—Quiero enseñarte a hablar de nuevo. Si quieres podemos comenzar por la a. Repite conmigo: a, a, a —decía Iván tratando de enseñarle a hablar. — Vamos, tú puedes hacerlo, repite: a, a, a.

La niña sonreía imitando silenciosa las voces de la letra a.

Gastón los miraba con ternura. Ese par, era lo más tierno que había visto en años.

—Un poco más fuerte —pedía Iván.

Aunque la niña se esforzaba, no salía ningún sonido de su garganta. Nada.

—Está bien. Vamos a practicar todos los días para que puedas volver a hablar. ¿Sabes? Quiero pedirte disculpas por haberte dejado sola el domingo. Quizás ahora podrías hablar.

Zillah hacía señas con su cabeza, señas negativas. Luego llevó su dedo índice a los labios de su amigo y le guiñó un ojo.

—Disfrutemos del helado —dijo Gastón.

Mientras pasaban los minutos, los dos iban recuperando expresiones y posturas que dejaban ver la confianza que sólo los amigos verdaderos imprimen en sus almas. No importa el tiempo o la distancia que haya pasado entre ambos, cuando se reencuentran todas las emociones están intactas.

Reían de nada, de mirarse simplemente a los ojos. Iván imitaba a las personas que le parecían graciosas y todo se estaba dando placenteramente. Pero últimamente, los momentos buenos en la vida de Zillah, duraban muy poco. Detrás de los árboles, estaba el hombre sombra. La miraba fijo, penetrante, hasta que su fuerza mental logró hacer la conexión con Zillah y volteó a mirarlo. Le hizo una seña llamándola. Se puso nerviosa y, por suerte, ése cambio de actitud alertó a Gastón.

—¿Estás bien, Zil?

—¿Pasa algo? —preguntó Iván mirando a Zillah.

No hizo ningún gesto, pero cambió su postura en la silla. Estaba tensa, incómoda. Gastón giró la cabeza buscando alguna persona que pudiera haber molestado a su invitada, pero no encontró a nadie detrás suyo.

—¿Alguien te está lastimando, Zil?

Negó sin mirarlo. Gastón no insistió. Era prudente, pero se quedó atento al entorno. La

experiencia de resguardar a un ser querido la había adquirido de las salidas con su esposa. Recordó cuando no hacía otra cosa más que controlar quien se acercaba demasiado a su mujer o le daba un empujón casi imperceptible en el brazo. Ese movimiento era suficiente para entregarle una bolsa con escasos gramos de cocaína que ella escondía entre su ropa creyendo que él no lo había notado. La expresión en el rostro de Zillah, le recordó a la actitud que tomaba la madre de Iván en situaciones engorrosas.

—¿Te alejaste de la tercera habitación? —interrumpió sus pensamientos Iván con una pregunta que altaría la paz del reencuentro.

—¿La qué? —pregunto al instante Gastón, mientras Zillah de un sobresalto en la silla, comenzó a hacer señas con los ojos preocupados como si algo realmente grave estuviera sucediendo.

—¿Qué ocurre, amiga? —Iván la miraba tratando de descifrar su nerviosismo— ¿te la olvidaste en alguna parte?

Asentía intranquila. Buscaba con las manos algo para escribir, caminó hasta el interior de la heladería, tomó prestada una lapicera y en una hoja de servilletas escribió:

“La olvidé en casa, ¿podemos regresar a traerla?”

—Tranquila, entonces. Nadie va a tocarla en tu cuarto.

—¿Podrías explicarme de qué están hablando? ¿Qué es la tercera habitación?

—Su mochila. Olvidó su mochila en la casa y ella nunca sale sin su mochila. Tenemos que llevarla para que la busque.

—Bueno, terminen el helado y vamos a buscarla.

Zillah escribió imponiéndose: *“¡Ahora, hay que irnos ya!”*

—Entendí perfectamente lo que quieres hacer. Pero, como ya les dije, terminen el helado y vamos.

La niña se enfadó con la intransigencia de Gastón e impuso su lado caprichoso: caminó hasta el cesto de basura y estampó con fuerzas en el fondo la mitad de su helado sin comer. La reacción no le gustó a ninguno de los dos. Se miraron y cuando Zillah regresaba con la mirada fija en los ojos de Gastón, le respondió:

—Si crees que con caprichos vas a lograr lo que deseas, no es conmigo con quien tendrías que estar. La mochila está en tu casa, no la olvidaste en la calle donde alguien podría tomarla y llevársela. Vamos a esperar que Iván y yo terminemos de tomar el helado y luego te acerco a casa.

—Está nerviosa porque nadie debe entrar a la tercera habitación.

—Es extraño ponerle nombre a una mochila. ¿Por qué una habitación?

—Porque allí están escondidos... —y antes de dejarlo continuar, Zillah dio un golpe de puño en la mesa para que Iván cerrara la boca. Gastón comprendió de inmediato y no preguntó más.

En el consultorio, Maia tomó coraje para continuar leyendo el diario. La extraña sensación de violar los secretos de una niña la perturbaba por cada minuto que decidía avanzar otra hoja, pero debía hacerlo. En la primera página, centrada, había escrito con letras tenebrosas: *“La tercera habitación”*, y pintado de negro el resto de la hoja, para resaltar esas tres palabras.

Lo que Maia estaba a punto de leer, en algún lugar de su mente, ya lo sabía. Los dibujos habían dejado imágenes muy claras y lo único que haría leyendo el diario, sería comprobar que todo era cierto.

La primera página tenía fecha de tres años atrás. Por el tipo de letra se dio cuenta que el nombre de su mochila había sido escogido más tarde. La transcripción del diario será literal, las mismas y exactas palabras que utilizó Zillah en su descarga.

5 de junio de 2016: "Hoy vino Papá y me contó un cuento. Cuando acomodó la sábana para que no me destape, metió su mano y me tocó raro". Un dibujo de una flor aparecía tímido en un costado de la hoja.

9 de junio de 2016: Papá me trajo caramelos y me contó otro cuento. No me gustó.

15 de junio de 2016: Papá cierra la puerta para contarme cuentos. Me da miedo. Siempre espera a que mamá se quede dormida.

Esta oración estaba acompañada por un dibujo que representaba la sombra de un hombre tomando del cuello a una niña.

25 de junio de 2016: No me gustan los cuentos de papá. Tampoco que se acueste a mi lado. Me molestan sus manos, pero me dice que no diga nada, que está bien, así acarician los papás. No entiendo por qué no quiere que le cuente a mamá.

5 de Julio de 2016: Erika trajo un perrito de la calle. Es gracioso, le puso Pompón porque no tiene cola. Pero papá nos pegó a las dos. No quiere perros ordinarios, dice, no sé bien que quiere decir, pero lo imagino. A él le gusta todo de marca. La gente lo quiere mucho y no sé por qué. Es malo con mamá, la golpea fuerte a veces. Ella no dice nada. Como yo. Estoy segura que un día lo mato. Odio que toque a mamá y que venga a mi cama. Te odio, Blas estúpido. jajaja.

Maia leía horrorizada. Todo el abuso estaba plasmado allí. «Tiene la suerte de estar muerto, ese hijo de puta», pensaba con toda la impotencia y el dolor que siente una madre cuando una noticia así se confirma. Avanzó varias páginas:

3 de enero de 2017: Papa es un monstruo maldito, como un orco. Pegajoso y violento.

10 de enero de 2017: Por suerte se olvidó de venir. Hoy escuché que van a matar unas chinchillas. Las busqué en internet y son re lindas, como conejos pequeños. No sé porque las quiere matar. Un día voy a matarlo a él. No es broma.

20 de enero de 2017: Hoy estoy feliz. Con Erika festejamos un año de haber encontrado a una perrita callejera. La cuidamos como nos gustaría que lo hiciera mamá. Es linda. Se llama Gitana, como la gitana de la esquina que me regala caramelos. Ella también es linda. Le hicimos una torta de chocolate y le dimos leche. Gitana sabe que papá es malo. A ella tampoco la quiere. Le gusta venir a mi cuarto a dormir conmigo.

...

1 de febrero de 2017: Me duele todo el cuerpo. Papá se enojó cuando vio a Gitana en la cama. Me quedé dormida y olvidé sacarla antes que llegara del trabajo. Dice que los perros de la calle no sirven, que hay que envenenarlos a todos. A él le gustan los doberman. Esos negros que parecen malos. La Duska no es mala, pero no la quiero porque es de él. Lo odio. Odio sus cuentos. no se entienden mientras me toca. No me gusta nada de lo que hace. Si le digo a mamá, lastimará a Erika. Lo odio.

2 de febrero de 2017: Casi le digo a Erika que odio a papá. Cuando recordé que no podía decirle la verdad, porque terminaría lastimada, le dije: ¿cómo puedes hacer desaparecer algo que odias? Y me contestó con una frase re linda, me dijo "El odio es el cadáver de lo que alguna vez fue la belleza. Deshazte del cadáver". Eri siempre tiene lindas frases en su cuaderno. Ahora comenzó a escribir en las paredes de su pieza, las frases que más le gustan de los libros que lee. Es lo que más le gusta hacer, como a mí me gusta dibujar y comer helado.

3 de febrero de 2017: Un hombre como sombra está sentado en un rincón de mi cuarto. No parece malo. Me mira callado y yo lo miro sin hacer ningún movimiento. No sé, pero me parece que no me va a lastimar. Si lo dejo que se quede, papá no me hará nada.

5 de febrero 2017: El hombre sombra aparece entre las sombras cuando papá viene por

las noches y me ayudó a quitármelo de encima. Siempre que estoy triste, viene a visitarme. Vive en la Quebrada, cerca del puente.

Aquí Maia dejó de leer un segundo. Repasó lo último que había leído y regresó al cuaderno de dibujos. Repetía varias veces el dibujo de una persona arrodillada, y por la espalda se despegaba el torso de otra. Como si fueran dos en una.

—El hombre sombra parece una alucinación. —murmuró reflexionando con algunas palabras y dibujos que aparecían repetidas en el cuaderno. Le tomó una foto y regresó la mirada al diario.

7 de febrero de 2017: cuando desperté hoy, vi muchos ojos dibujados en la pared de mi cuarto. Eso me tranquiliza. El hombre sombra los ha dibujado durante toda la noche, para que no tenga miedo y me sienta protegida. Me parece que no durmió ni un poquito. No sé dónde duerme, si es que duerme en algún lado.

13 febrero de 2017: ¿Necesito seguir diciendo cada vez? porque sucede cada vez... y parece que nadie lo nota. Una simple palabra vino a través de mi cabeza en nada más que un susurro. Ya no quiero estar así. Tener miedo de cerrar la puerta o dejarla abierta. De todos modos, llega igual.

15 de febrero de 2017: Hoy quiero morir. Todo lo que siento es vacío. Todo lo que veo es gris. El vacío crece a medida que mi alma disminuye, se achica ocupando un rincón en la tercera habitación. No quiero estar más. No importa lo mucho que trato de ser feliz, él siempre lo arruina.

...

24 de abril de 2017: Amo esta habitación. El hombre sombra me protege de él y también lo hace Iván. Iván es lo más. El me enseña a dibujar y a escribir esta mierda para estar mejor. Le llamamos la tercera habitación porque suena a protección. Aquí no puede entrar nadie que yo no quiera. Él no puede entrar. Hasta el diablo tiene permiso de hacerlo, es mejor persona que tú.

...

1 de Setiembre de 2017: El hombre sombra me mostró una parte de la fábrica que no conocía. Hay chinchillas allí. Se parecen a los conejos, pero son más pequeñas y suaves, como decía internet. Es triste verlas en jaulas pequeñas. El hombre me las alcanza y las liberamos. Pero nadie puede saberlo. Me dijo que el monstruo las mata y les saca la piel. Yo lo escuché hablando una vez y no miente. Algún día voy a matarlo y sacaré su piel, tal vez le guste.

4 de setiembre de 2017: Recién se fue. Me queda doliendo el cuerpo entero. Por la ventana está el hombre sombra que vino a salvarme, pero hoy no tengo fuerzas para abrirle. Si le digo algo, matará a mi hermana. Eso dijo Blas. Y nadie me creerá porque todos piensan que es bueno con esa cara de idiota que tiene. Otro día para estar muerta o para matarlo. Gitana se metió bajo la cama y por suerte no ladró. No soportaría que le hiciera daño.

Era repugnante la cantidad de abusos que Zillah había soportado. Maia salteaba los días donde las descripciones se tornaban escalofriantes y terroríficas. No podía tolerarlo, no conociendo a Zillah como ella creía que lo hacía. Quería terminar de leer porque necesitaba llegar a descubrir si la niña tenía que ver con el crimen, o Iván o alguien de su entorno. Se preparó una taza de café negro y revisó el celular, pero no tenía ninguna llamada perdida y ningún mensaje. Tomó un analgésico porque sentía que la cabeza le estallaría en cualquier momento, y continuó:

14 de octubre de 2017: Hoy fue el peor día de mi vida. El monstruo abandonó a Gitana y a Pompón en medio de la nada. ¿Porque aceleró tanto? ¿Porque los dejó atrás? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? A nadie odio tanto como a ese tipo. Me da asco que sea mi padre. Esa cosa no

es mi padre. Ojalá se muera podrido, reventado. Me duele todo, no sabía que el alma podía doler tanto. Me falta el aire. ¿Dónde estás Gitana? ¿Gitanita? te juro que nunca quise abandonarte, nunca, nunca, tampoco a ti Pompón. Perdónenme, les juro que ni Erika ni yo sabíamos que ese hijo de puta los iba a dejar en el camino. Yo solo quería un día de campo, no abandonarte, yo no sabía que iba a dejarte ahí, tirada, con Pompón. Nunca olvidaré tu carita sin entender porque la camioneta no frenaba. Me mirabas como pidiéndome que te salvara. Perdóname, perdóname, perdóname. Te juro que voy a matarlo. Voy a matarlo. Ya no quiero sentirme así. Es un demonio escondido dentro de un cuerpo. Eso es. Se me explota el cuerpo del odio que siento.

Había hojas que guardaban la forma de las lágrimas caídas. En particular, esta parte del diario parecía haberse mojado bastante. La tinta estaba corrida y varias palabras aparecían borroneadas, costaba entender lo que había escrito.

«Tanto dolor lleva Zillah dentro, por Dios, ¿cómo se puede ser tan bestialmente padre?», no dejaba de pensar y llorar, mientras leía sentía enormes deseos de correr a abrazarla.

Todos los días restantes de 2017 contaba lo mismo: salía en bicicleta temprano y pedaleaba buscando a Gitana y a Pompón. La desesperación la enloquecía. No podía perdonarse haberlos dejado. Lo que la niña no sabe es que ella no los dejó. Pero la culpa va a lacerar tanto su mente que no podrá contener el dolor que le provocó la imagen de sus perros corriendo detrás. Una bestia de hombre. ¿Quién imaginaría que Blas era semejante monstruo? Nadie. Su cara bonita, sos ojos claros, todo él era un maldito ángel satánico.

«Yo misma lo hubiera matado de haber sabido todo esto antes. Su vida no es más que una tragedia, después de semejante desastre», pensaba con mucha impotencia.

Erika casi no aparecía en su diario. Sabía que debía protegerla de las fauces de su padre que la mantenía calladamente amenazada. Maia regresó un instante a las paginas donde mencionaba a las chinchillas.

«No tenía idea que Blas traficara pieles. Esto termina de hacerlo repugnante. Abusador y cruel. Alfonso debe saber esto».

Maia se apresuró a terminar de leer. Sabía que debía regresar la mochila. «A estas alturas es probable que Zillah se halla dado cuenta que no la tiene», pensó y adelantó las paginas hasta mediados de 2018.

5 de agosto de 2018: Hoy papá parece estar bueno. Me trajo una oveja bebé de regalo. Es hermosa. Le puse de nombre Alma. Así me hace sentir mejor. Es gordita y blanca como la nieve. La adoro. Erika no la quiere. Después de Pompón no quiere más mascotas. Me dijo que yo la cuidara. Le voy a trenzar una correa lila para sacarla a pasear. Es realmente hermosa. Va a vivir en un corral pequeño para que los perros de papá no la lastimen. Esos perros me dan pena. Les enseñó a cazar y comen carne cruda. ¡Qué asco!

16 de setiembre de 2018: Alma crece hermosa. Todo su cuerpo está repleto de rulos, muchos rulos. Cuando abrazo su cuello parece un almohadón enorme. Es calentita y tierna. La quiero mucho. Con Iván vamos a La Quebrada a pasear y la gente nos mira y nos saca fotos. Estoy mejor. Papá lleva un tiempo largo sin contarme cuentos. Y eso me tranquiliza...

...

10 de noviembre de 2018: No puedo dormir. Siento que el monstruo viene otra vez. El hombre alto encontró una llave para sacar a las chinchillas y esconderlas en un agujero donde nadie las va a encontrar. Tengo mucha gente persiguiéndome, como pesadillas. Parece que alguien cose mi boca por dentro. Me duele y siento cómo las agujas atraviesan mis labios.

22 de noviembre de 2018: Papá le presta demasiada atención a Alma y eso me asusta,

porque pasó lo mismo con Gitana y Pompón. Esta vez juro que, si le hace algo malo, lo mato y ahora es en serio. Ya no aguanto vivir con él. Lo que más quiero en el mundo es no verlo más. Escuché la cachetada que le dio a mamá porque no le gustaba la comida y antes de llegar a casa, lo vi abrazado a ella. La abraza afuera de la casa, para que los demás crean que se llevan bien. Mamá es una tonta. Si yo fuera grande como ella, ya lo habría llevado con la policía. En la cárcel tiene que estar, con los otros presos. O mejor muerto.

18 de diciembre de 2018: Hoy no me gustó nada lo que le hicieron a Alma. Papá trajo un hombre que me parece conocido, de la fábrica, creo, y la hizo pelar. Esquilar, me dijo que se llama eso, y que era para que no tuviera tanto calor por la cantidad de lana que tiene en su cuerpo. Lo busqué en internet y es cierto. De las ovejas se saca la lana para los pulóveres. Quedó con un poco de lana, pero poco. Me da la sensación que le duele, pero no. Es como si yo me pelara la cabeza.

20 de diciembre de 2018: Este mes es Navidad y todos esperamos la llegada de los regalos. Mamá me pidió que no vaya al patio de atrás y me parece que es porque van a envolver los regalos que trajeron del último viaje a Buenos Aires. ¡Qué lindo! me encanta abrir regalos, romper los papeles en mil pedazos. Voy a ir escondida porque si me ven, se van a enojar mucho. En un rato vuelvo a seguir escribiendo, estoy nerviosa por saber que va a pasar.

¡Por qué!, por qué y por qué! ¡Malditoooo! ¡¡Es un grandísimo hijo de putaaa!! Me duele el alma, siento que voy a morir esta misma noche. ¿Por qué le creí? ¡¡Porque creí que se había vuelto bueno!!!! Los malos nunca se vuelven buenos. ¡NUNCA! Es mentira. Creo que tendría que inventar una palabra más grande que odio, porque siento que es poco para definir lo que siento por ese ¡HIJO DE PUTA! Lo quiero ver desangrado, lo odio como nunca. ¡Lo quiero muerto! Mató a mi Alma, le clavó un cuchillo en su cuello y no pude llegar a tiempo. Lo voy a matar, juro que lo voy a matar igual que te mató al Alma mía, te lo juro. Ese infeliz no va a lastimar a nadie más. Es un maldito monstruo. Quiero llorar, pero parece que se quedó vacío el órgano encargado de hacer lágrimas. Hace mucho que intento, pero no puedo. No puedo. Ahora viene Iván y vamos a planear cómo lo matamos. No vas a vivir otra navidad Blas Roth, te lo juro como que me llamo Zillah. Y cuando pueda voy a quitarme tu apellido asqueroso también. Te lo juro por mis mascotas a las cuales dañaste sin ningún sentido. Eres el ser humano más despreciable que jamás haya existido. Y pensar que todos te quieren. No sé porque, pero creen que eres una persona buena. Vomito en tu boca mil veces. ¡¡Te odio!! ¡¡Te odio!! ¡¡Te odio!!

Maia tuvo que dejar de leer otra vez. Respiraba profundo para cargar su cuerpo con aire limpio. Sentía que todo aquello realmente apestaba. Refregaba sus ojos mientras pensaba en cómo sacar a la luz tanto odio.

Enero de 2019: Estoy pensando seriamente en matar a mi padre. Anoche vino a contarme otro cuento y lo saque a gritos. Forcejeamos. Intenté que no me tocara, pero tiene más fuerza que yo. No sé si mi mamá no escucha o se hace la que no escucha. Me lastimó mucho. y yo lo voy a lastimar más. El hombre sombra me dijo todo lo que tengo que hacer. Escribimos juntos un plan. Iván me va a ayudar, lo sé porque hace cualquier cosa para verme bien. El también odia a Blas. Nos da asco. No puedo olvidar cuando me dijo que tenía que aprender de donde venía la carne que comía. Aun lloro por las noches, aunque lloro sin lágrimas. Desde ese día no volví a comer carne de ningún animal. Soy una inútil. No pude salvar a ninguno de los que tanto amo. Espero poder salvar a Iván y a Erika al menos. El hombre sombra a veces me dice cómo. A veces me mira, con sus ojos huecos. No sé si me mira o si quiere que mire a través de él. Tengo miedo, pero por sobre todo tengo mucho odio. Y cada

vez que veo a mi padre, mis manos se ponen pesadas, como si se cargaran de trompadas. Siento algo muy feo dentro mío. Y necesito quitármelo.

Febrero de 2019: El calor me pone de mal humor. Vamos con Iván todos los domingos a andar en bicicleta a La Quebrada. Es tan lindo ese lugar... Alma siempre iba con nosotros y le gustaba tomar agua del arroyo. Hoy comencé a juntar las cosas del plan. Robé el cuchillo del carnicero donde va mamá a comprar. El señor se distrajo conversando con alguien y aproveche el momento. Ese cuchillo tiene tanto filo que estoy segura sólo hará falta un solo corte. Estoy feliz porque se va a morir.

Vino otra vez a contarme un cuento. Cuando forcejeábamos me di cuenta que alguien me miraba por la ventana. Olvide cerrar las cortinas. Creo que era el papá de Carolina. Me vio luchando con él. Cuando me lo crucé en la vereda ese día, creo que besó a mamá. Él sabe y yo también. Ser grande es una verdadera mierda.

Maia se puso de pie rápidamente al leer estas palabras y soltó el diario como si le quemara.

—¿Alfonso lo sabe? ¿Cómo es posible? ¿Sabe que Zillah sufría estos abusos y no dijo nada? —estaba abrumada por haber leído semejante confidencia. Su corazón nuevamente comenzó a latir con taquicardias. Le faltaba el aire y no podía dejar de leer. No debía dejar de hacerlo. Además, volvió a leer la última oración.

«Creí que esa historia pertenecía al pasado», pensó molesta.

—¡Qué mierda! —dijo en voz alta. Estaba sola y podía descargar las rabias. Focalizó lo importante y continuó con la lectura:

Febrero de 2019: Hoy papá me llevó a la fábrica y el señor que cuida las chinchillas me llevó con él atrás. Me dio un frasco con un líquido transparente y me dijo que lo guarde bien, que no lo abra hasta que llegue el momento. Él también quiere matarlo, me parece. No le gusta lo que hace con las chinchillas. Además, me dijo que lo trata mal porque es feo. Pero es muy lindo conmigo. Como mi hombre sombra. El que me cuida de noche. Tengo el frasco conmigo y me parece que se lo tengo que hacer tomar a Blas.

Maia hurgó en la mochila. Era el frasquito que aún tenía allí. Entonces recordó que el cianuro huele a almendras.

—¡Oh, por dios, Zillah! —dijo en voz alta— ¿Fuiste tú, pequeña?

Marzo de 2019: El asqueroso se va a buenos aires la otra semana. El plan que hicimos con Iván va a funcionar perfecto. Siento tanta felicidad porque no lo veré más. Nunca más. Es un alivio saber que no vendrá una sola noche más a mi cama. ¡Al fin!

Marzo de 2019: Hoy llega el asqueroso de buenos aires. Con Iván vamos al aeropuerto a esperarlo. Como él sabe viajar en autobús, me va a acompañar. No esperaba que estuviéramos allí y se enojó, para variar. Nos hizo subir detrás de la camioneta y nos tapó con una lona y nos dijo que no habláramos. Antes de llegar a la casa tenía que ir a un lugar. Fue raro porque cuando estacionó, oímos las voces de unos hombres. Parecían enojados y le pedían plata. Millones. Papá sacó unos bolsos que tenía donde estábamos nosotros y se los entregó. Se fueron.

Aquí hizo un alto Maia. Llevó ambas manos a su boca para tapar el asombro que le provocaba estar leyendo nada más ni nada menos que el modo en que asesinaron a Blas. Respiraba entrecortado. Las lágrimas no dejaban de salir y un solo pensamiento vino a su mente, tras leer tantas aberraciones: «Todo el mundo tiene la capacidad mental para matar a alguien. No soy diferente, siento ganas de matar a ese monstruo por todo lo que hizo, pero lo que nos hace diferentes es cómo uno puede controlar sus impulsos y otros no. Todo depende de cuán lastimados

estemos por dentro».

Y continuó la lectura:

Entonces nos dejó salir de la caja de la camioneta y nos ofreció unas botellas de coca, para que calláramos. Él tenía una de agua y comenzó a tomar. En ese momento Iván salió corriendo, cuando algo lo asustaba, huía. Creo que se arrepintió de matarlo, por eso huyó. Papá fue tras él y en ese momento apareció el hombre sombra y me hizo seña de que hiciera silencio con el dedo índice en sus labios. Echó el líquido que tenía en el frasquito dentro de su botella de agua y como estaba nervioso, tiró un poco en el asiento de la camioneta. Yo lo miraba atenta vigilando que papá no apareciera. Cuando volvió sin Iván, agarró la botella y tomó toda el agua de un sorbo, como si se lo hubiéramos pedido. No pasó mucho tiempo cuando cayó al suelo desmayado. El hombre se acercó contento de saber que lo había matado. Lo movió con el pie y no reaccionaba. Me hizo una seña para que saque el cuchillo que le había robado al carnicero para cortarle el cuello como le hizo a Alma. En ese momento llegó mamá. Iván le había avisado que yo lo mataría. Lo bueno fue que me abrazó llorando. Yo creí que se iba a enojar, pero me abrazó y me dijo que no teníamos que decir nada de lo que había pasado. En ese momento sentí un tirón en la nuca. No sé porque me cortó un poco de pelo. Siempre le gustó mi cabello. Luego me llevó en su auto a casa y me dijo que ella se encargaría de todo. Me hizo prometer que no diríamos nada. Como en las películas, hicimos un pacto de sangre y de silencio. Nadie tenía que saber que papá había tomado toda el agua. Es linda mamá, ahora que lo pienso.

Maia se quedó sin reacción. A veces el diablo es mejor que el silencio. A veces ser cómplice de algo tan macabro confunde lo que está bien con lo que está mal. Encubrir a una niña maltratada y abusada por todas las formas posibles realmente ¿estaba mal? Miraba el diario como antes de abrirlo, con tanto temor de seguir leyendo como curiosidad por hacerlo. La oscuridad se cocina a fuego lento, debajo de la piel da tantos inocentes, pero la oscuridad es mala sólo si eliges que lo sea.

Zillah padecía algo parecido a una enfermedad conocida como Trastorno de identidad disociativa. Lo acababa de deducir. El hombre sombra era ella misma, su mente había creado ese personaje para salvarse, un poco, de la miseria en la que ese hijo de puta la había metido. Lo hacía como protección. Realmente estaba horrorizada y entendía a la perfección porque la niña jamás se separaba de su mochila. ¿Y ahora? ¿Qué tenía que hacer ella como profesional?

Un fuerte golpe en la puerta del consultorio interrumpió la concentración que tenía. Alguien en apuros golpeaba fuerte con los puños. Cerró el diario y escondió todo en un cajón de su escritorio. Le puso llaves y salió a atender.

—¡Alfonso! ¿Qué ocurre? ¿Por qué golpeas tan fuerte? ¿Ya se hizo de noche? —dijo Maia haciendo un tropiezo de preguntas al darse cuenta que el tiempo había volado aquella tarde entre las confesiones de Zillah.

—Son las 9 p.m. ¡Estoy tratando de comunicarme contigo y no contestas el teléfono ni el celular! ¡Pensé que te habría pasado algo! ¡Emma y Zillah te estuvieron buscando también! —gritó enojado.

—Pues aquí estoy. Bien, gracias a dios, tratando de terminar de analizar unos test de mis pacientes. Siempre bajo el volumen, lo sabes. —respondió con calma.

—Sí, disculpame, pero todo esto va a enloquecerme.

—¿Todo esto?

—Blas Roth y familia. ¿Tienes para mucho rato aún? Si quieres te espero y vamos juntos a casa.

—Tengo que terminar algunas cosas. Ve a casa, debe estar Caro sola, y preparen algo para cenar. No me tardo.

Alfonso le dio un beso en los labios y se marchó. Maia se paró frente al escritorio y mirando el cajón donde tenía guardada la mochila decidió que la dejaría allí por esa noche.

Los nervios traicionaban los gestos que Maia intentaba dibujar en su rostro, delante de su esposo. Cuando la cena terminó y Caro se fue a dormir, Alfonso le pidió hablar.

—También necesito hacerlo.

—¿Puedes decirme qué ocurrió en el consultorio? Cuando abriste la puerta, tu cara se transformó al verme parado allí, como si hubieras visto un fantasma.

—¿Y no fue así? —bromeó para quitar el hielo de la conversación.

—Ya, en serio, puedes decirme lo que pasa. —insistió con mesura.

—Siento culpa por no haber podido hacerme un tiempo para ir a hablar con Gastón. No me parece culpar a Iván por un simple cabello. Ese chico estará un poco loco, pero no es violento, y creeme jamás clavaría un cuchillo en el cuello de nadie. —mientras opinaba dispersa, en su cabeza rondaba la idea de decirle que tenía el diario de Zillah, que lo sabía todo. Pero, no lo hizo. El hecho de que su esposo le mentía en su relación con Emma, la llevaba a desconfiar. Ya había tenido ese sentimiento varios años atrás y no sabía por qué aún seguía al lado del hombre que la había engañado. Aunque sí, lo sabía, sostenía su matrimonio para no dañar a su hija. Era una gran psicóloga con sus pacientes, pero no podía serlo consigo misma.

—¿Puede ser, pero sí tuvo alguna alucinación propia de su enfermedad y mató a alguien que habita en su cabeza? No puedes culparte por todo lo que hagan tus pacientes, demasiada calidad de vida le has permitido tener a Iván con tu tratamiento personalizado.

—No hice ni más ni menos que mi trabajo. Vayamos a dormir, la verdad estoy agotada.

Quizás los sueños le devuelvan una respuesta acertada para actuar al otro día.

Capítulo XIII - ¿Quién se llevó la mochila?

Zillah entro corriendo a su habitación buscando su mochila. Estaba segura que la había dejado allí, debajo de la cama, o encima, pero en el mismo lugar que estaba hasta antes de salir a pasear con su amigo. Bajó afligida y le preguntó a su madre si la había visto. Emma estaba entretenida con un programa de televisión y no la miraba, hasta que colocó el papel con la pregunta delante de sus ojos exigiendo una respuesta.

—No tengo idea, hija. Debe haber quedado por ahí. ¿Cómo te fue en el paseo? — regresaste pronto, pensé que Gastón les dedicaría más tiempo a ambos.

—Esa era la idea, pero tu hija se puso nerviosa y quiso regresar —contestó Gastón entrando al living— Tiene un carácter podrido la pequeña cuando algo no se da como ella quiere.

—Me lo vas a decir a mí, que la parí hace diez años. —dijo blanqueando los ojos hacia el cielo— ¿Quieres tomar algo?

—No, se supone que vinimos a buscar la mochila y regresamos a los juegos.

—¿Zillah, cariño, Iván te está esperando! ¡Date prisa!

Iba y venia por toda la casa nerviosa. No podía ser que su mochila desapareciera. Estaba segura de haberla dejado en su cuarto. Entonces recordó a Maia y escribió:

¿Se la llevó Maia?

—No, estoy segura de eso. Cuando regresó por su cartera, tomamos un café, conversamos un rato y luego se marchó. Además, Maia jamás tocaría esa mochila. Es psicóloga y sabe más de esas cosas que nosotros tres juntos.

Gastón notaba la extraña actitud de Emma. La veía demasiado tranquila para haber perdido a su compañero de vida. Recordó, por un momento, cuando su esposa murió. El mundo se vino abajo por mucho tiempo y no fue fácil salir de allí.

—Si quieres le pedimos a mamá que la guarde cuando la encuentre y nosotros vamos a seguir con el paseo. —le propuso Gastón con ternura. Pero un gesto de ¡No! rotundo salió del rostro de la niña que fue por otro papel para escribir grande y claro:

“Quiero ir a ver a Maia”.

Emma conocía las reacciones de su hija y en un momento así, sabiendo todo lo que había pasado, decidió llamarla para preguntarle por la mochila. Pero no respondió el llamado. Entonces llamó a Alfonso:

—Si Maia no responde el llamado es porque está con un paciente. En cuanto termine, verá tu llamada perdida y se comunicará contigo.

—Está bien, gracias.

Pero Zillah insistía en ir a verla hasta que Gastón se cansó de la situación:

—La verdad no entiendo la urgencia por llevar encima esa mochila, si tienes algo que nadie puede leer, pues te aseguro que nadie lo hará. Quédate tranquila y regresemos con Iván.

Negó con la cabeza y se fue a su habitación.

—Perdona, Gastón, es difícil la comunicación con ella últimamente.

—Si, creeme que lo entiendo —dijo guiñándole un ojo— Vamos a estar en casa. Iván no querrá volver a la plaza sin su amiga.

—Lamento haber arruinado la salida.

—Tú no hiciste nada, y ¡deja de culparte por todo, mujer!

Emma subió al cuarto para conversar con su hija, pero ésta había cerrado con llave.

—¡Espero que esa mochila no tenga nada de lo que debemos arrepentirnos! Te pedí mil

veces que no escribieras nada y algo me dice que ese diario lo sabe todo. ¡No seré yo quien vaya presa, que te queda claro eso! ¿me oíste?

Zillah tenía la seguridad que Maia había llevado la mochila. Si leía todo, estaba perdida, pero no podía permitir que alguien como ella terminara con el plan que hasta aquí parecía perfecto. Esperó que su madre se marchara para salir a buscarla.

Un cariño especial sentía Zillah por Maia, y lo último que pretendía era lastimarla, pero si había osado abrir la puerta de la tercera habitación sin su consentimiento, no le quedaban demasiadas alternativas. Eso le molestaba porque no era como lo había planeado y no es lo mismo ser Zillah Roth con la puerta de la tercera habitación cerrada que ser Zillah Roth con la puerta de la tercera habitación abierta. Y justo eso, no sabía cómo manejarlo.

«Venía siendo fácil, ¿por qué tuvo que arruinarlo?», pensó la niña caminando hacia el consultorio.

Nerviosa y vacilante se paró frente a la puerta. Estaba enojada con ella misma por semejante torpeza. Juntó fuerzas para tocar el timbre, pero una voz la interrumpió antes de hacerlo:

—No creas que es tan fácil llegar al verdadero culpable. Recuerda que una niña no puede mover el cuerpo de un hombre tan robusto. Los papeles van y vienen, siempre hay un modo de solucionarlo, pero las emociones... las emociones quedan punzantes recordándonos cada uno de los episodios que rasgaron nuestra carne. Yo no llamaría a esa puerta. De hecho, no llamaría a nadie. Las cosas deben correr su propio curso, si intentas forzarlas, no llegarás a un buen final. — Las palabras del hombre sombra nuevamente susurraban detrás de ella. Desistió y se alejó del consultorio de Maia. Caminó sin rumbo y siempre que lo hacía terminaba en el mismo sitio: el hueco en el árbol. Su mejor refugio. Allí su mente comenzó a elaborar posibles respuestas a las preguntas que da algún modo, sabía que Maia le formularía cuando se volvieran a encontrar.

Al día siguiente, cuando Zillah regresó de la escuela, decidió ir a la casa de Iván a disculparse por haber arruinado la salida el día anterior. Gastón la invitó a almorzar y ella aceptó, pero antes fue hasta su casa, dejó la mochila del colegio, revisó que todo estuviera bien y entró a la habitación de Erika para avisarle que comería en lo de Iván.

—Uy, nena, a este paso vamos a tener que aprender el lenguaje por señas. ¿En serio no vas a volver a hablar? —respondió incrédula— Puedes ir, yo también me voy a comer con Caro. Mamá llegará más tarde.

Entonces Zillah escribió otra pregunta:

“¿Sabes donde está mi mochila blanca con nubes turquesas?”

—No, no he visto esa mochila sucia. Capaz que la llevaste ayer a la heladería y te la olvidaste allí. Es parte tuya, Zil y es probable que no hayas registrado que de verdad la tomaste. Quizás mamá la escondió porque ya está cansada de verte siempre con esa mochila horrible.

Era una opción que no había pensado. Menos mal que el hombre sombra la hizo recapacitar antes de hablar con Maia.

Entró al cuarto de su madre y se enojó mucho cuando vio que la mochila estaba debajo de su cama. La agarró y se la llevó a su cuarto. Abrió la puerta de la tercera habitación y vio que no faltaba nada. Soltó un suspiro de alivio y se fue con la mochila a la casa de Iván.

—Veo que recuperaste tu mochila. A veces reaccionamos mal demasiado rápido y culpamos, sin querer, a personas que no tienen nada que ver con lo que nosotros estamos pensando. Menos mal que no encontramos a Maia, se hubiera sentido mal que desconfiaras

de ella.

Zillah sonrió y se fue a sentar al lado de su amigo.

El almuerzo se desarrollaba normal hasta que el sonido del timbre interrumpió las risas.

—¡Alfonso, qué sorpresa! ¿Qué te trae a estas horas por acá?

—¿Qué tal Gastón?

—¿De qué se trata esto? —preguntó desconcertado al ver que extendía un papel para que pudiera leerlo.

—Traigo una orden para detener a Iván.

—¿Detener a Iván? ¿Bajo qué cargo? —Gastón se paró firme como negando el paso a su casa, en actitud de protección.

—Principal sospechoso del homicidio de Blas Roth.

—¿Me estás jodiendo? ¡Pero por favor! No tienen vergüenza los policías. No pueden encontrar al asesino y lo único que se les ocurre es arrestar a la única persona cercana a Blas con deficiencia mental. ¡Realmente son patéticos!

—Comprendo lo molesto que debes sentirte, pero hay evidencias en el laboratorio que, encantado, te mostraremos a su debido tiempo. —respondió el detective Grew.

—Déjame llamar a mi abogado. Ni loco llevarás a mi hijo detenido de acá. Si quieres hacer las cosas bien, por el bien de todos, incluso de la niña, que en este momento está sentada a su lado almorzando, no lo llesves arrestado.

—¿Y cómo tengo que hacer las cosas, según tu parecer?

—No de este modo. Deja que terminen de comer y que la niña se vaya y luego lo conversamos como adultos que somos.

—No podemos proceder de ese modo, Gastón.

—¡Déjate de joder, Alfonso! Nos conocemos todos aquí y sabes muy bien que puedes hacer las cosas como te las estoy pidiendo. ¡A cuantos malditos cretinos has dejado afuera sabiendo certeramente que eran culpables! ¿Acaso necesitas dinero? ¡Dime cuál es tu precio, anda, escucho la oferta! —le dijo con furia e impotencia, dándose cuenta que acababan de señalar a su hijo como el peregil de la causa.

—Si de verdad quieres hacer las cosas bien, déjame llevarlo ahora. Podrás seguirme en tu automóvil sin ningún problema.

En ese momento Zillah se levantó de la mesa y se acercó a la puerta para ver de qué se trataba. Llegó a escuchar la última frase de Alfonso y cuando lo vio se arrojó contra él y comenzó a golpearlo.

—Tranquila querida, sé que es tu amigo, pero en este momento necesito hablar con él. En privado.

—No vas a llevártelo a ninguna parte, Alfonso.

—Tendrías que agradecerme. Te estoy quitando un peso que no te corresponde.

En ese momento Gastón se puso en posición de pegarle una trompada, pero su templanza lo hizo recapacitar y se contuvo.

—No te pases, Alfonso. Yo no tengo ningún peso demás en mi vida. Creo que tú, sin embargo, cargas con él a diario.

Grew lo miró callado.

—¿Por qué dice eso, papá? —preguntó Iván desconcertado que se acercaba a la puerta.

—No lo sé, pero te prometo que haré lo imposible para separarte de todo este lío.

Alfonso sonrió irónicamente.

—Vamos Iván, debes acompañarnos a la oficina.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando? ¿Papá?

—Ve con él ahora, hijo yo los sigo en el auto.

Un oficial tomó a Iván del brazo, lo llevó al auto policial y salieron a toda velocidad.

Iván giraba la cabeza buscando los ojos de Zillah y la pequeña explotó en llanto. — Ven, vamos te llevaré con mamá y yo iré por Iván a la policía, no te preocupes. Todo va a estar bien. Es inviable lo que acaba de suceder.

En la casa, Emma no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿De dónde sacó que hay pruebas contra Iván? Este tipo está loco. Vamos, Gastón, yo te acompaño a la policía.

Emma entró a los empujones en el departamento de policías, pidiendo hablar con Alfonso Grew.

—Señora, espere no puede pasar así —le dijo la mujer que estaba en informes, en la puerta de entrada.

—¡Puedo pasar como yo quiera, estoy harta de que nadie pueda hacer nada creíble para apresar al asesino de mi esposo! ¡Todos aquí son un montón de inoperantes, inútiles y caliente asientos! —gritaba enfurecida mientras se abría paso hacia la oficina de Alfonso. No había nadie allí. Volteó subiendo aún más el tono.

—¡Dónde mierda está Alfonso Grew! ¿Alguien va a responderme?

En ese momento salió Gerardo Ocampo.

—Emma, tranquilízate, por favor, ven hablaremos en mi oficina.

—Con Gastón presente, es inadmisibile lo que hicieron con su hijo.

Gerardo hizo una seña para que los dos pasen a su oficina y cerró la puerta.

—¿Puedes explicarme qué es lo que está pasando?

—¿No se comunican los del departamento de investigación? Pasa que Alfonso detuvo al hijo de Gastón y el muy tarado eligió el mejor momento para hacerlo: delante de mí hija Zillah.

—¿Cómo que detuvo a Iván? —Ocampo no estaba al tanto de las maniobras de Grew. — Esperen un momento aquí, por favor.

Gastón y Emma se miraron desconcertados.

—Este destacamento de policía es una vergüenza. —dijo Gastón.

Gerardo salió enfurecido a llamar a Alfonso que justo entraba en el destacamento con Iván y otros dos oficiales.

—¿Puedes explicarme de qué se trata todo esto? No hay pruebas suficientes para detener a este joven.

—¿Las pruebas del ADN del cabello en la camioneta y una huella del 42 justo de la marca y modelo de zapatillas que trae puestas no son suficientes pruebas?

—Pues no. Iván es el mejor amigo de su hija y es probable que haya subido a esa camioneta más de una vez. El modelo de zapatillas es uno de los que más se venden en el mercado y el 42 es el talle que más rápido se termina en calzado para hombres. Vas a tener que soltarlo. ¡Ahora!

—No voy a hacerlo. Sal de mi camino por favor, te puedo asegurar que no es lo mejor que he hecho en años. Al menos quiero que declare como cualquier imputado en una causa. Me cansé de las coronitas.

—Su padre y Emma están en mi oficina.

—¿Cómo dices? ¿Emma?

—Si, Emma, por eso te pido que vengas y aclaremos esto de una vez.

—No tengo nada qué aclarar. Lo hará seguramente la justicia.

—¡Alfonso Grew! —gritó Ocampo imponiéndose en la situación— ¡Este homicidio está bajo mi responsabilidad y soy el único que da las órdenes de detención! ¡Creo recordar que aún no ha salido nada parecido de mi oficina, por lo tanto, te ordeno que liberes a Iván Romano ahora mismo!

Salió Emma que había escuchado los gritos y se acercó a Alfonso otorgándole una fuerte cachetada en la mejilla izquierda.

—No tengo idea qué pretendes hacer, pero no es justo todo este proceder. ¡Si no encuentras un culpable del crimen de Blas, deberías esposarte a ti mismo, no tienes vergüenza!

—Emma tenemos tres pruebas que indican que es el asesino.

—No sabes lo que dices —interrumpió Gastón— Iván es el menos indicado para cubrir el cargo de perejil. Si quieres, ponme a mi culpable, pero deja a ese chico en libertad. a menos que me muestres, realmente, que tienes las pruebas para imputarlo.

—En primero lugar encontramos un cabello en la camioneta de Blas que perteneces a Iván, en el mismo lugar, el viejo taller, se hallaron pares de pisadas de zapatillas Navi, iguales a las que lleva puestas y en tercer lugar, la propia voz de Iván en la entrevista que le hizo mi esposa. Entrevista que fue grabada y guardada como prueba.

—¿Maia sabe de esto? —preguntó Gastón.

—No aun, pero la veré pronto en casa y se lo haré saber.

—¿Y si la llamamos y comprobamos todos que lo que dices es cierto?

—Es claro que ningún familiar quiere aceptar la culpabilidad de un ser querido, y si bien, no podemos poner en dudas todas las pruebas que encontraron, me parece que se procedió erróneamente, Alfonso. Primero deberíamos discutir unas cuantas cosas que yo también encontré en el lugar del crimen y están lejos de incriminar a Iván. Te pido coherencia y por favor suelta a ese chico ahora. Hay muchas cosas que debemos analizar antes de un arresto.

Alfonso actuaba nervioso. Estaba enojado con el entorno por haber desautorizado su orden. Necesitaba cerrar urgente el caso y todo indicaba que Iván había estado allí. Su esquizofrenia puede dejarlo fuera de las rejas, pero no fuera de custodia. Temía por Zillah y ahora por él mismo. Además, el fin de semana que Blas murió, Gastón le dijo que había estado encerrado en su cuarto, que no quiso salir. Pero las ventanas no tienen rejas en esa casa. Fue él quien ayudó a Zillah a quitar los monstruos de su habitación. Lo había escuchado en el audio. Pero todo se volvía en contra. y decidió hacer lo que Ocampo le decía.

—Está bien. ¡Libérenlo! Voy a hacerles llegar una orden para que no se alejen de la provincia hasta que tengamos al culpable.

—No te preocupes, Iván no es. —respondió Gastón haciéndole unas palmadas en la espalda, actitud que detestaba Alfonso, pero no reaccionó.

Todo estaba escapando de las manos de Alfonso. Su apuro por hallar un culpable para Emma era mayor que la lógica con la que se desenvolvía el cuerpo policial en casos como éste.

—Jamás imagine que culparías a Iván. Debes replantearte algunas cosas. —le dijo Emma y se marchó.

Zillah sabía que todos estaban equivocados. Iván no tenía nada que ver. Era el hombre alto sombra el que había matado a su padre. El mismo que alguna vez cruzó en la

fábrica, cuando acariciaba las chinchillas. Tenía que correr, debía hacerlo para salvar a su amigo.

Emma llegó a la casa gritando:

—¡Zillah, Iván está en su casa! Fue un mal entendido. ¿Zil?

—Salió en su bicicleta hace un rato.

—¡Eri! ¡te pedí que no la dejaras salir sola! ¿Acaso no te importa tu hermana?

Erika blanqueaba los ojos resoplando harta de las acusaciones de su madre para con ella.

—Me imagino que ni sabes donde fue.

—Seguro a ver a Iván o a la Quebrada. ¡No lo sé mamá, yo recién llego de la casa de Caro!

—A la Quebrada no va desde lo de tu padre.

—Bueno, ¡qué se yo, entonces! Que... ¿pasó algo?

—Hubo un malentendido y detuvieron unos minutos a Iván.

—¿Cómo un malentendido? ¿Por qué lo detuvieron?

—Quisieron culparlo de ser el asesino de tu padre.

—¿Me estas jodiendo?

—No. Pero dicen que encontraron pelos de Iván en la camioneta.

—¡Obvio mamá!, siempre subía a la camioneta, es el mejor amigo de tu hija ¿no?

—Si lo sé. Eso les dije.

—Esos policías no sirven para nada. Están fuera de entrenamiento, como aquí nunca pasa nada extraordinario, no saben cómo proceder. Lo veo todo el tiempo con Alfonso. Va y viene de la guardia como si no estuviera trabajando.

—¿Proceder, dijiste?

—Bueno, no te burles, escuché esa palabra más veces que mi nombre en los últimos días.

—Es cierto. Espero que todo acabe pronto.

—Seguro que así será.

En ese momento sonó el timbre. Era Alfonso.

—¿Esta es la bicicleta de Zillah? —preguntó mostrando que tenía un gran golpe, como si alguien la hubiera atropellado.

—Si, ¿ella dónde está? —preguntó Erika temerosa de la respuesta.

—No lo sé. La encontré tirada a dos cuadras de aquí, pero ni rastros de ella. Le pregunté a una vecina y me dijo que no vio a nadie.

—Salió a buscar a Iván, seguro se fue hasta la policía.

—Voy para allá entonces.

—¡No, Alfonso, mejor dejame a mí! Ya tuvo suficiente con tus negligencias hoy. —refunfuñó Emma.

—De todos modos, voy tras de ti, es extraño que haya quedado la bici tirada.

—Mejor ve a tu casa. Hoy te mandaste demasiadas equivocaciones con mi hija.

—Pero Emma, necesito hablarte.

Emma salió sin responder nada más. Al llegar al departamento de policía, preguntó por su hija.

—Señora Emma, quédese tranquila porque su hija se acaba de ir. Venía a ver a su amigo y le dijimos que está en casa. —respondió un oficial que estaba al tanto de las cosas entre ambas partes.

—Si, te agradezco mucho. Adiós.

Esa noche Alfonso pasó un momento por la casa de Emma:

—¿Qué quieres ahora? —le dijo con soberbia.

—Debes decidir lo que quieres hacer. Hoy me hiciste quedar como un imbécil frente a todos en mi trabajo.

—Pero fue creíble mi actuación, ¿verdad? De ese modo nadie va a sospechar nada.

—Si, pero si insistes en que hago las cosas mal, pueden indagar por otros lados que no podré cubrir. Deja que detengan a Iván en estos días y no me metas más en problemas, o todo saldrá a la luz.

—Aprende a enviar mensajes, podrían verte aquí, no olvides que viven a tres casas.

—Un mensaje no se borra jamás, en cambio la duda de si era o no mi auto estacionado frente a tu puerta no indica nada, soy el oficial que lleva el caso.

Capítulo XIV - ¿Culpar o encubrir?

Maia se había levantado temprano tras una larga noche de insomnio. Desayunó un café negro y se marchó al consultorio para terminar de leer el macabro diario.

Tenía que hacer algo y lo haría en caso que quisieran involucrar a Iván injustamente.

Marzo de 2019: No tengo idea qué hizo mamá, pero de verdad me asusté mucho cuando vi el cuerpo de papá colgado entre los árboles. Seguro alguien la ayudó. Alfonso, quizás. Aunque él está del lado de los policías. Me gustó verlo colgado como si fuera un animal. Aunque no puedo comparar a un monstruo con un animal.

Por fin duermo tranquila. Estoy feliz que ese tipo no esté más. Siento que mamá también, aunque no lo diga. Es extraño no sentir dolor, saber que no habrá más horror en el pozo de los demonios hace que respire en paz. Mamá va a decirme hasta cuando tengo que actuar para los policías. Me cansa un poco, aunque la idea de no hablar es sólo mía. Y es una de las mejores ideas que tuve. No estoy loca, pero esto de hacerme la muda me está gustando cada vez más. Es más fácil vivir sin tener que responder a nadie. y creo que así voy a quedarme. Erika lo sabe, pero no voy a decirle nada. Peleamos menos así. Y en la escuela no paso a dar lecciones orales que me hacían poner tan nerviosa. Al fin la tercera habitación respira, ahora puedo dejar la puerta abierta.

Marzo de 2019: Los policías me cansan. Todo el tiempo buscan culpar a alguien. Tienen mis huellas, pero no se dan cuenta que soy yo. No sé cuándo va a parar Alfonso, tengo miedo que Maia descubra la tercera habitación. Se que va a entristecer mucho si lo hace. Ella es dulce. la quiero mucho. A Iván no lo he vuelto a ver desde aquel día. Él sabe todo. Hoy me encontré con el hombre sombra. Está enojado y quiere decir que fue él. Tiene miedo que culpen a un inocente. Si eso pasara, va a tener que hablar. Pero no debe hacerlo. Me llevó al bosque y se enojó con Yaco que no paraba de ladrar. A mí no me hacía caso y sacó el cuchillo más chico de mi mochila y se lo clavó en la pata de atrás. Pobre Yaco, no va a quererme más.

Era repugnante saber en lo que se había convertido aquella niña tierna y dulce que Maia adoraba. Si bien era el resultado de las bestialidades de su padre, no podía quedar libre en las calles. Su mente se había quebrado en mil partes y no conocía el límite de las emociones. Lo más doloroso para Maia fue saber que su esposo estaba al tanto de todo y, aun así, investigaba buscando un culpable. No sabía si Ocampo formaba parte de todo el circo. Le parecía que no porque era el único que no quería detener a Iván. Mientras pensaba, tomaba fotos de todas las hojas del diario y del cuaderno. Hizo un backup en su laptop y salió a la casa de Emma. Sabía que durante la mañana la casa quedaba sola y la puerta trasera tenía la cerradura rota desde hacía tanto tiempo que había perdido la cuenta.

«Seguramente la rompió Blas en alguno de sus ataques de locura», pensó razonando ahora varias cosas que antes no le cerraban.

Entró despacio. Yaco estaba durmiendo en la cocina. No podía dejarla en la habitación de Zillah porque estaba segura que la habría buscado incansable por cada rincón posible. Entró a la habitación de Emma y la revoleó debajo de la cama, para que cayera de modo descuidado. Llenó los platos de Yaco con comida y agua y regresó al consultorio.

Ni siquiera cuando murió su madre había experimentado tanta angustia. Todo estaba mal y se suponía que nadie debía saberlo. Pero ahora lo sabía y lo peor era que su esposo estaba justo en medio de todo. Para Caro sería tremendo, pero prefería que aprendiera a superarlo antes que

encubrir a su padre en algo tan terrible. En ese momento llamaron a la puerta. Maia se asomó por la ventana lateral desde donde se podía ver apenas quien estaba frente a la puerta. Era Alfonso y tenía llaves de su consultorio, si no abría estaba segura que entraría igual.

—¡Alfonso! ¿no tienes que estar en tu oficina?

—Sí, pero tenía unos minutos y quise venir a verte.

—Extraño... ¿necesitas algo? —preguntó tratando de disimular el momento.

—Me haces quedar mal, no necesito nada, sólo quería saber si estaba todo bien.

—Bueno digamos que te hago quedar como lo que es. Nunca viniste a verme si te quedaban unos minutos libres, de hecho, te encontrabas con otra persona —no pudo frenar la repulsión que sentía por saber que su aventura con Emma nunca había quedado atrás.

—No comencemos con esa historia de nuevo ¿quieres? Ya pasó y no me interesa que regrese.

—¿Estás seguro que paso? Porque la niña no dice lo mismo.

Esa afirmación le transformó la expresión de la cara.

—La niña no tiene que decir nada porque nada hay entre su madre y yo.

—Veo que sabes muy bien a qué niña me refiero.

Se quedó sin palabras. Su esposa lo estaba encerrando en su propia trampa, la misma de la que alguna vez le había costado tanto salir.

—¿Sabes qué? Mejor me voy, no vine a pelear contigo. Te veo luego, en casa.

Maia sabía que algo malo se aproximaba para ella. Se tomó unos minutos para reflexionar si le informaba a Gerardo Ocampo lo que estaba ocurriendo o si decidía encubrir la decisión de una niña abusada. El destino de Zillah, indistintamente, se tornaba oscuro y, aunque ella quisiera darle un poco de luz, la sombra era demasiado grande.

Recordó que tenía el dibujo de la maestra. Había realizado el análisis correspondiente y tenía los resultados guardados en la carpeta de archivos de Zillah. Esperó hasta el mediodía que la escuela quedaba vacía de niños para hablar con la señorita Berta.

—Le agradezco la confianza para entregarme el dibujo. —le dijo Maia devolviéndolo dentro del folio, en perfecto estado.

—¿Pudo averiguar algo?

—Mas de lo que imagina, Berta. Esa niña debe ser tratada con un psiquiatra urgente. Conozco mis límites profesionales y es un caso complicado.

—Lo imaginé. Si le parece puedo organizar una reunión entre usted, la directora, la madre y yo para tratar más seriamente el tema.

—De mi lado encantada de hacerlo. Cuando a usted le parezca, me envía un mensaje y coordinamos el horario.

—¡Excelente!, gracias por la devolución.

—A usted por involucrarse. Nos estamos viendo.

En la casa de Maia, almorzaban tranquilas madre e hija.

—¿Papá no viene a almorzar?

—Parece que no. No me dijo nada.

En ese momento entró apurado, directo al baño. Maia se levantó de la mesa y fue a ver que todo estuviera bien.

—¿Alfonso? ¿te pasa algo?

—No, ya salgo.

Tardó algunos minutos en salir, pero ninguna le preguntó nada.

—Tengo que contarte algo que no va a gustarte.

—Dime que no detuvieron a Iván.

—¿Cómo lo sabías?

—¿Detuvieron a Iván? ¡Qué sinvergüenzas son!

—¿A Iván Romano? —se metió Caro en la conversación.

—Al mismo.

—Pero ¿Por qué? —preguntó Caro desconcertada.

—Porque agarraron al perezil justo para cerrar el crimen de Blas Roth.

—¡Iván Romano no mata ni una mosca, y eso es literal, lo vi yo misma!

—En realidad están ahora deliberando en la oficina, porque Gastón quiere llamar a su abogado...

—... es lo que le corresponde. —interrumpió Maia.

—Y Ocampo le hace caso a Emma que insiste en que investiguen un poco más.

—No debe ser fácil lidiar con semejante cargo de conciencia.

Esa afirmación por parte de Maia encendió una luz de alerta en Alfonso que se quedó mirándola sin responder.

—¿A qué hora vas al consultorio?

—Tengo un paciente a las 16 hs. ¿porqué?

—Porque necesito hablar contigo a solas.

—Okey, sólo díganlo y yo desaparezco. —dijo Caro ante la petición de su padre.

Alfonso sonrió.

—No es por ti, solo necesito hacerlo fuera de casa. A veces nos escuchamos mejor cuando no estamos aquí dentro.

—Eso es verdad. Si te parece podemos vernos después de las 20 hs. Luego de esa hora no viene nadie a terapia.

—Bien, a esa hora nos vemos entonces.

Puras mentiras. Maia no tenía un solo paciente esa tarde, pero necesitaba tiempo para pensar en lo que debía hacer. Su sexto sentido le decía que Alfonso estaba al tanto de lo que ella sabía o al menos suponía que así era y debía preparar el terreno para que no se saliera con la suya.

«Siempre defendiendo a Emma, me tiene harta», pensaba mientras terminaba de ordenar la cocina y elaboraba ideas para enfrentar a Zillah.

Esa tarde, grabó en un pen drive todas las fotos que había sacado de la tercera habitación. Incluso había una foto de la mochila donde se podía leer el nombre. Gastón se había comunicado con ella desesperado para que elevara un informe de la situación de Iván y evitar así que lo enviaran a la cárcel. Consiguió el número de Gerardo Ocampo por medio de Pablo Reyes:

—Cómo estás Pablo, te pido que no le digas nada a Alfonso que te pedí el número de Gerardo. Estoy preparando una sorpresa. —Mintió para que no lo pusiera en alerta.

Maia envió un mensaje al móvil de Ocampo y le pidió que la llamara sin que nadie en el destacamento de policía lo supiera.

—Que tal, Gerardo, disculpe que lo interrumpa de sus tareas, pero necesito hablar con usted sin que Alfonso sepa nada. ¿Cuándo nos podremos ver?

—Si le parece mañana sábado entre las 17 y las 21hs. estoy libre. Podría adelantarme algo, soy muy ansioso, si no le molesta.

—Tengo al culpable del crimen de Blas Roth.

—¿Cómo dice? Eso es muy grave. Deberíamos vernos hoy mismo entonces.

—No es tan simple. Hoy tengo un par de pacientes y luego Alfonso quiere hablar conmigo.

Mañana está bien. Tengo toda la información grabada en un pen drive. Le ruego no lo comente con nadie. Hasta mañana.

Gerardo se quedó sin palabras. El proceder de Alfonso durante los últimos días, le dejaba algunas dudas y ésta llamada a sus espaldas confirmaba algunas hipótesis que tenía formuladas en su mente.

A las 18 horas llamaron a la puerta. Inesperadamente para Maia, era Zillah. Disimuló la sorpresa para evitar sospechas:

—¡Zillah, hermosa! qué sorpresa verte por aquí!

La niña tomó una hoja como últimamente acostumbraba hacer para comunicarse y escribió:

—¿Podemos seguir con la terapia que no terminamos ayer?

—Si, claro, siéntate aquí ya regreso.

Maia fue por un vaso de agua y un ansiolítico. Sentía que sus nervios iban a estallar.

—Cuéntame ¿cómo estuvo la salida con Iván?

“Linda, pero había olvidado mi mochila en casa y tuve que volver”

—¿Regresaste del paseo por una simple mochila? —formulaba la pregunta a modo de provocar alguna reacción de la niña, que finalmente logró.

“No es una simple mochila”, escribió devolviéndole una mirada molesta, *“es la tercera habitación”*.

—Si, perdona, sé que llamas así a tu mochila. ¿Puedo saber por qué? Realmente me parece muy original que una mochila lleve un nombre y más aún, ese nombre.

Zillah se detuvo un momento a pensar y escribió:

“En la tercera habitación pude encerrar a los monstruos que me lastimaban de noche. Cuando la puerta estaba cerrada, podía dormir tranquila, pero cuando la puerta se abría, un nuevo monstruo me pedía ser dibujado. La tercera habitación es el lugar donde vivo cuando tengo miedo”

—Y ¿a quién le temes tanto?

Dudó en escribir, pero al final lo hizo.

“A papá”.

Maia la miraba con tanta pena que no podía dejar de sentir lástima de ver en qué habían convertido a una dulce niña que hoy sólo tendría que estar pensando en jugar simples juegos.

—Pero papá no está más. ¿Aún así tienes miedo?

Asintió mirándola fijo a los ojos. La mirada de la niña dulce de repente se transformó en una mirada vacía y fría. Como si otra persona estuviera dentro de ella, y parándose al lado de Maia, con voz grave y extraña, dijo:

— Dijeron que podían arreglarme. Dijeron que podían hacer que las voces se detuvieran. No mintieron. Me arreglaron. Me rompieron. Me convirtieron en el monstruo que soy ahora. Todos han desaparecido en la tercera habitación. Hicieron que todos se fueran y no me fui con ellos. Me dejaron solo. Antes sentía dolor, sentía odio. Pero ahora no siento nada. Nada.

Maia la miraba sorprendida. Uno de las personalidades de la esquizofrenia acababa de hacerse visible frente a ella. Sabía que no podía nombrarla, porque los que padecen la enfermedad no tienen registro consciente de las diferentes personalidades que habitan en su mente. Maia recordó al hombre sombra que nombra en su diario y dibuja en el cuaderno. Pero no dijo nada. Se limitó a mirar qué reacciones podía adoptar con ese personaje. La niña se sentó nuevamente en el sillón, aflojó su postura como volviendo a ser Zillah y escribió:

“Creo que la mochila la escondió mamá. Apareció debajo de su cama”

Desconcertada con lo que acababa de suceder, Maia desvió la conversación y le ofreció un vaso de gaseosa que la pequeña aceptó. La hora en que Alfonso vendría se acercaba y quería esconder toda la información que tenía dando vueltas en su escritorio.

—Ven, Zillah, voy a llevarte a casa. En minutos comenzará a oscurecer y no quiero que andes sola en la calle.

—¿Por qué no?

—Porque es peligroso, amor —Maia le respondió a la niña sorprendida que hablara delante de ella, siendo Zillah. Parecía que la personalidad anterior le había hecho perder el miedo frente a ella o había la posibilidad que la niña ni siquiera se haya dado cuenta de lo que hacía. Maia la acercó a su casa y regresó a esperar a Alfonso.

Las piezas lentamente se comenzaban a colocar en su lugar y el rompecabezas, al fin, definiría el rostro del asesino.

Maia ordenó los papeles de su escritorio, envió un par de mails, guardó los libros que estaba releyendo para afianzar algunas dudas que surgieron de la esquizofrenia y preparó café para esperar su cita con Alfonso. Lo que Maia nunca imaginó fue que a la cita acudiría Emma. Su cara de asombro al verla parada en la puerta al lado de su marido fue totalmente indiscreta:

—¿Podrías explicar de que se trata esto? Pensé que hablaríamos a solas. —preguntó desconcertada.

—Hola Maia, siempre es un placer volver a verte. —saludó Emma con tono arrogante.

—Querida, sabemos que tienes alguna información que puede ser útil para la causa, pero necesitamos hacerte algunas aclaraciones para que todos quedemos en paz.

—No entiendo de qué están hablando.

—Me parece que entiendes bien. Estoy segura que tú fuiste quien se llevó la mochila de casa. Sólo quiero hablarte como mujer y como madre que eres y te pido que comprendas, por favor, y, sobre todo, que no denuncias a mi hija. Ambas hemos sido objeto de abuso del hijo de puta de Blas. Primero, pensé que sólo era conmigo, y lo soportaba por mis hijas y porque no tenía un trabajo independiente, siempre trabajé a su lado en la fábrica y nunca me creí capaz de hacer otra cosa. Cada noche me acostaba antes que ninguno en la casa, con un sueño que vencía mis ojos. Hasta hace un mes cuando me di cuenta que colocaba sedantes en mi bebida para mantenerme dormida. Entonces comencé a simular que la tomaba y llevaba un vaso con agua escondido para cambiarlo en cuanto se levantaba a llevar los platos. Siempre tenía la misma rutina y por suerte, nunca se dio cuenta de lo que hacía. Así fue cuando me di cuenta de lo que hacía con mi pequeña Zillah. —Emma se emocionó y comenzó a llorar— No tienes idea el odio que nació en mí. Cada palabra y cada movimiento suyo eran motivos para matarlo. Yo venía ideando un plan y en paralelo, Zillah también lo hacía. ¡Pobre mi niña! Si pudiera volver el tiempo atrás, te juro que lo mataba antes que le pusiera un dedo, y lo haría mil veces, de ser necesario.

—¿Por qué no acudiste a Alfonso? El es policía, podría haberte ayudado.

—Nunca quise involucrarlo en esto, fui débil y te fallamos, Maia, y eso es imperdonable, lo sé, pero comprende por favor lo que te pido ahora. No envíes las notas de Zillah, estamos muy mal las dos y quiero pedirte que me ayudes a buscar un buen psiquiatra. El día que Blas murió, me enteré por Iván. Él vino corriendo a avisarme que Zillah estaba dándole veneno a su papá. Le pedí que no dijera nada, así no iba presa su amiga y que se quedara en su casa hasta que yo le dijera que todo estaba bien. Cuando llegue al galpón donde ella estaba, ya era tarde. No pude más que abrazarla y pedirle mil veces que me perdonara. Le dije que todo iba a estar mejor y que yo iba a solucionar ese problema. Entonces la llevé a casa y las dejé a las dos mirando una película.

Cuando regresé y lo vi tirado en el suelo, un tremendo ardor se apoderó de mis manos. Estaba llena de ira y necesitaba descargarla. En el suelo había un alicate, supongo que era del taller, no lo sé, y lo primero que hice fue cortarle los dedos con los que tocaba a mi niña. —Emma parecía poseída en su relato— y luego lo até de pies y manos con precintos que tenía en su camioneta y caí vencida de dolor y de alivio a la vez. En ese momento entro Alfonso, que patrullaba la zona. Él no sabía nada de todo aquello. Y se quedó estupefacto. Sin saber qué hacer. Le conté todo lo que habíamos vivido las dos y me dijo que para el fin de semana estaba pronosticada una tormenta, en ese momento llevaríamos el cuerpo a algún lado, pero había que plantarlo, porque Blas era muy querido en el pueblo y la gente no se quedaría tranquila con algo simple. Y Yo quería desenmascararlo. Como él estaba metido en el tráfico de pieles, qué mejor tema para quitarle las vendas a los ojos de las personas que lo amaban, ¿no crees?

—Algo escuché de unas chinchillas, ¿puede ser? —dijo Maia absorta.

—Exacto, Entonces, a Alfonso se le ocurrió plantar el cuerpo como si fuera un crimen mafioso. En realidad, lo colgamos como él colgó al cordero de Zillah, a modo de mi última venganza.

—No entiendo porqué Zillah tuvo que encontrarlo, entonces. Era absolutamente innecesario.

—El hecho que Zillah lo encontrara fue fortuito. Eso no era lo que estaba pensado. En realidad, como es un lugar turístico, hacerlo allí le daba un tinte más creíble a todo.

—¿Ustedes se dan cuenta que no es normal nada de lo que hicieron?

Emma y Alfonso se miraron sorprendidos de las palabras de Maia.

—No entiendo porque no dejaron a Blas cuando Zillah lo envenenó. Eso era todo. Luego dar parte a la policía y listo. —meditaba en voz alta confundida por todo el horror que ambos habían creado sin ninguna necesidad— ¿Y porque Zillah no habla? Preguntó simulando que no sabía esa última verdad.

—No lo sé, yo le pedí que no dijera nada y creo que me tomó al pie de la letra lo que dije.

—¿Y porque no hay huellas en toda la escena? si ustedes dos lo manipularon por completo.

—Yo tengo dermatoglifia. Nací sin los patrones de las huellas digitales. —dijo mostrando las yemas de sus dedos completamente lisas. —siempre tuve problemas para hacer trámites digitales.

—¡Qué curioso! no había escuchado algo semejante. ¿Y tú? —le preguntó a Alfonso— ¿también tienes lo mismo?

—No Maia, yo usé guantes. ¿Puedes, por Zillah al menos, dejar de ser tan sarcástica?

—La historia realmente es tremenda y confieso que más de una vez terminé en el baño descompuesta mientras leía las confesiones de esa niña que ocupa el 80% de mi mente para saber cómo ayudarla a llevar una vida relativamente normal después de todo lo que tuvo que vivir, pero no olvido a Iván Romano, que acapara el 20% restante. No permitiré bajo ningún punto de vista que lo culpen por algo que ni siquiera estuvo de acuerdo en hacer, porque desde el primer momento escapó. Lo superó la situación y decidió no formar parte.

—Iván estará detenido un tiempo en un hospital psiquiátrico, ni siquiera va a ir preso y, además, esa idea fue pensando un poco también en la vida de Gastón que tiene derecho a dejar de esclavizarse por un hijo que no es suyo. —respondió Alfonso.

—Lo que Gastón decida hacer es problema suyo y nunca mas repitas que no es su hijo, porque no existe un padre más presente que él. ¿Ni siquiera tú lo eres o acaso pensaste en tu hija Carolina cuando decidiste acostarte con la madre de su mejor amiga?

—Veo que no entrarás en razones.

—¿Quién puso el cabello de Iván en la camioneta? ¿Fuiste tú para salvarte el pellejo? Ese chico confiaba en ti como su madre. ¡Son patéticos juntos! —Maia estaba totalmente fuera de sí. No podía encontrar la lógica para inculpar a Iván.

—EL cabello lo planté yo —dijo Alfonso— lo saqué de su gorra cuando lo fui a entrevistar luego de escuchar la grabación que le hiciste.

—¿Saben qué me da más asco? Me hicieron pasar por estúpida. Tenían todo planeado entre ustedes y nos usaron como sus marionetas para burlarse de todos. Están más enfermos que Zillah, al menos ella tiene un motivo para que su cabeza haya quebrado de esa forma, pero ¿ustedes? —Maia caminaba negando con su cabeza, estaba desilusionada, se sentía estafada, burlada.

—Maia, tienes todo el derecho a odiarme, pero por favor no culpes a mi niña. Si cae en Iván...

—¡Jamás entregaré a Iván para salvarte a ti! —gritó desenfadada Maia y en ese momento un sonido extraño la dejó completamente sorda y un extraño empujón la tiró hacia atrás.

—¡Noo! ¡Noo! ¡Noo!, ¿qué hiciste? ¿Qué fue lo que hiciste? —gritó Emma al darse cuenta que Alfonso había disparado a su mujer— ¿Qué hiciste? —repetía mientras se tomaba de la cabeza e intentaba sostener a Maia para que no se golpeará contra el piso.

Maia se sentía mareada, veía como la imagen de su esposo se borraba lento. Le costaba respirar y mantener los ojos abiertos. Llevó su mano al estómago y la sintió mojada. Cuando miró para ver que pasaba, la sangre había teñido su mano y el puño de su camisa blanca. El disparo fue justo en el estómago. Pero no sentía dolor, sólo sueño, demasiado sueño.

—No puedo creer que hicieras esto, Alfonso, no con Maia. —Emma estaba consternada. Habían planificado muchas cosas juntos menos una muerte más.

—Sabía que no iba a permitir que culpáramos a ese estúpido. Tuve que hacerlo, era ella o ustedes dos.

—Pero era tu mujer... ¿y Caro?, y ¿el arma? El arma es tuya, irás preso tú y no era lo que teníamos planeado para nosotros.

—El arma no es la mía. La encontré en la camioneta de Blas, el día que buscamos el cuerpo para llevarlo a la Quebrada. Y la guardé.

—De todos modos, ¿qué hacemos ahora? Alguien seguramente escuchó el disparo y vendrá pronto la policía.

—Yo soy la policía. Podemos tirar todo y llevarnos algo como si hubieran entrado a robar.

—No, esa idea no es buena porque seguirán buscando un asesino. Mejor hagamos como que ella se disparó sola.

—Un suicidio, eso es. ¡Qué buena idea Emma!

—Incluso podemos escribir una carta como si ella la hubiera dejado. Una carta de despedida.

—Pero ¿Cuál sería el motivo? Maia no tenía el perfil de un suicida en ninguna parte de su ser. Los que la conocieron lo saben.

—Puede no haber tolerado enterarse que Iván iría preso y ante la impotencia, se quitó la vida.

La insensibilidad con la que ambos se manejaban frente a la muerte de Maia, dejaba ver la ceguera que tenían ambos por estar juntos. O la locura de dos personas metidas en un papel delirante de mentiras y encubrimientos que parecía no tener fin.

Mientras Alfonso se encargaba de los detalles que los policías debían tener en cuenta para

caratular una muerte como suicidio, Emma había colocado la laptop en las faldas de Maia y tomando sus manos inertes, comenzó a redactar la carta. Cuando terminó, Alfonso colocó pólvora en los dedos de Maia, como último detalle para su suicidio y se marcharon con tanta frialdad que espantaba.

Alfonso dejó a Emma en su casa, tenían noche de pijamadas con Caro y sus hijas y el regresó a la oficina, esa noche tenía guardia.

Nadie extrañaría a Maia la primera noche. Los demonios siguen rondando mas allá de las sombras.

Epilogo

Hallar el cuerpo sin vida de Maia Castelló era tan inimaginable como el crimen de Blas Roth. Muchos la llamaban el ángel de los niños porque ayudaba, sobre todo, a aquellos con historias perturbadoras. Un trabajo que no era fácil pero que ella realizaba a la perfección. Comprendían las palabras que dejó escritas antes de tomar la decisión fatal. No debería ser fácil ver a uno de sus pacientes más queridos condenado, tras las rejas. Era como fracasar rotundamente en lo que uno hace. Pero la mente humana es el laberinto más difícil de atravesar. Irónico si se lo mira desde otro lugar.

Si hubiera esperado unos días más, su pérdida no habría sido necesaria ya que la muerte de Blas Roth fue adjudicada a la mafia de las pieles cuando Gerardo Ocampo presentó un informe del negocio paralelo que realizaba detrás de la fábrica de plástico, con papeles y fotografías que tomaba don Céfiro para delatarlo llegado el momento. Debía una gran suma de dinero y pieles que no llegaba a entregar en tiempo y forma. Ocampo logró ayudar a don Céfiro ese sábado, liberar, por fin, a todas las chinchillas era lo más soñado por aquel gran hombre. Sentía como si la naturaleza le devolviera algo de paz.

Le quedó la duda de lo que Maia intentó decirle en la cita que jamás se concretó. Aquella mujer había logrado captar su atención, pero ella solo tenía ojos para Alfonso Grew. Pensaba en que nunca supo la mujer que tuvo a su lado. Jamás la vio. Pero no era casual. Nada, de todo lo que pasaba era casual. No le cerraban los informes del disparo. Un suicidio, por lo general, deja plantada la bala en la cabeza colocando el caño dentro de la boca o apoyando la pistola en la sien. En toda la historia de él como militar, investigador y policía, jamás un suicida se había disparado justo en la boca del estómago. Además, el arma era de Blas. ¿Qué hacía Maia con un arma de Blas en su consultorio? Gerardo recordaba que habían pasado la cita para el sábado porque su estúpido esposo quería hablar con ella en el consultorio, ese viernes por la noche.

Carolina, desgarrada por no haber podido ayudar a su madre fue la primera en arrojar tierra sobre su cajón durante el entierro. Estaba desencajada por el dolor de haber perdido de aquel modo a su adorada madre. Le siguió Alfonso, que arrojó la tierra demasiado rápido, luego Gastón y Erika y así, toda la gente que quería a Maia, hasta que llegó el turno de Zillah. Ella se quedó varios segundos mirando el cajón que guardaba el cuerpo de una de las personas que más había querido. No era de este modo como debía terminar la historia. Lejos de saber lo que en realidad había ocurrido aquella noche, pensar que había sido la última persona en verla con vida, la perturbaba un poco más. Se sentó en el borde del pozo, con los pies colgando hacia adentro, mirando el aplique de bronce en forma de cruz sobre la tapa del cajón y sin pensarlo demasiado, antes de tomar un puñado de tierra, se quitó la mochila de tela blanca y nubes turquesas, y la arrojó junto a una rosa blanca:

«La tercera habitación se va contigo, eres la única que sabe detener a los monstruos que viven allí», pensó mientras una lágrima bordaba un pájaro en el aire.

El hombre sombra estaba parado al lado de ella, con una mano acariciando su cabello y en la otra la fotografía de Zillah junto a Alma. Dibujaba una sonrisa enorme en sus labios.

Luego del funeral, Gerardo regresó a su oficina. Estaba abatido, consternado. Sentía que había hecho poco por aquella increíble mujer. Sabía de la historia de Alfonso y Emma. Entre hombres, esas cosas se saben. Tenía un inexplicable malestar en el pecho. Aquel hombre nunca la había valorado por lo que ella era realmente: una mujer única y sensacional. Caminó hasta la cocina del departamento de policía, se preparó un café negro y regresó a su escritorio para

terminar con el papeleo y archivar la causa. Cuando abrió la casilla de mails, tenía un extenso listado por leer, pero uno especialmente captó su atención: llevaba el nombre de Maia Castelló con fecha del último viernes a las 19 horas, y en el asunto se podía leer: “En la tercera habitación.”